



REVISTA CHILENA

# REVISTA CHILENA

DIRECTOR:  
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XI

SANTIAGO DE CHILE  
1920

## LUIS CRUZ MARTINEZ

En este trigésimo aniversario de su gloriosa inmolación, cuando su pueblo natal le erige un monumento que perpetúe su recuerdo, quiero sacar del olvido aquellos actos de mi provinciano y compañero de armas que decidieron de su destino y que esplican la lógica relación entre su vida de niño y su muerte de héroe.

Eran aquellos días en que nuestras ciudades rivalizaban en nobles demostraciones de patriotismo: cada una de ellas quería llevar, en brazos de sus propios hijos al teatro de la guerra, la enseña azul, orlada con la blanca estrella de la patria, símbolo entónces de la guardia cívica.

Curicó, como sus hermanas del setentrión y del sur, preparó sus huestes; sus bizarros jinetes, aquellos que siguieron a Rodríguez y a Freire en los tiempos legendarios de la reconquista, formaron el regimiento Carabineros de Yungay; miéntras sus infantes ingresaban a las filas del cuerpo bautizado con su propio nombre.

Una mañana, a principio de Marzo de 1880, se presentó al cuartel un voluntario. Introducido a la Mayoría, se halló en presencia del jefe y de algunos de los oficiales que en aquellos momentos recibían sus órdenes.

Ni la edad, ni la fisonomía, ni el traje eran como los de los otros voluntarios; parecía más bien un estudiante escapado de la escuela.

Tenía entónces Luís Cruz quince años. De estatura ménos que mediana, de formas redondeadas y mórbidas, entraba a la pubertad, sin alcanzar aún el período del crecimiento y del despertar.

Su rostro era ovalado, sus cabellos castaños, su frente despejada, sus ojos, de largas pestañas, oscuros y sombríos, su

nariz recta, su boca de labios frescos y gruesos, sus mejillas llenas, su cutis lijeramente trigueña y sonrosada.

Cuando se le miraba fijamente o se le interrogaba con insistencia, el rubor cubría su semblante. Algo de inocente y de puro irradiaba de su persona y movía a tratarlo con delicadeza y con dulzura.

Este retrato es de la mas absoluta semejanza. Cierro los ojos y me parece verlo, como en aquella mañana en que trasponía acaso por primera vez los dinteles de un cuartel.

El comandante don Joaquín Cortés lo miró con aire de curiosidad.

—¿Qué deseas? le preguntó.

—Vengo a enrolarme, mi Comandante.

—¿Enrolarte? Acaso tocas la caja, los platillos o el triángulo? o deseas ser aprendiz de músico?

—Nó, mi Comandante,—replicó Cruz—quiero filiarme como soldado en el batallon.

—Vaya! exclamó Cortés entre irónico y benévolo. ¡Famoso enganche haríamos con mocitos tan desarrollados y tan fuertes! para cada uno necesitaríamos de un auxiliar que les llevara el rifle.

Cruz se puso rojo como grana.

—Vuelve a tu casa—continuó el Jefe—deja a los hombres el lugar que les corresponde.

—Yo soi capaz de llevar un rifle y batirme como los demás. ¡Póngame a prueba, mi Comandante!

Y al decir estas últimas palabras con tono de ruego, parecía a punto de soltar el llanto.

Vaciló Cortés un momento; y como notara entre los capitanes que con él estábamos el deseo manifiesto de complacer el patriótico empeño del muchacho, agregó:

—Vamos a ver las fuerzas del voluntario; si resistes media hora sin moverte con el rifle al brazo, te admito en el cuerpo.

Tomó Luis el arma que se le entregaba y la terció.

Empezó entónces una prueba curiosa. En los primeros minutos el semblante del jovencito revelaba confianza, despues incertidumbre, y, por último, desaliento, fatiga, desesperación. Oleadas de fuego coloreaban sus mejillas, el sudor inundaba

su frente, las piernas parecían flaquearle y el rifle medio caído, sobre el arqueado cuerpo, hallábase a punto de escaparse de sus manos. Cada instante que pasaba debía semejarle un siglo.

El comandante, entre tanto, comentaba con aire socarrón los apuros de Luis. Pero llegó un momento en que la angustia de este movía a lástima, como sus esfuerzos sobrehumanos por lograr su noble propósito despertaban en todos profunda simpatía. Cortés se sintió vencido, y dejando aquella broma de mano, exclamó conmovido:

—Descansen, arms!

La culata del rifle golpeó pesadamente el suelo, un suspiro de alivio se escapó de la boca del niño y su cuerpo tomó una actitud firme.

—¿Quién desea encargarse de este recluta? preguntó Cortés.

Todos nos ofrecimos; pero triunfó al fin la ley de la simetría: Luis Cruz fué incorporado a la sexta compañía, llamada entónces de «Cazadores».

Al día siguiente de la escena que acabo de referir, al abrirse la puerta del cuartel, se me comunicó, como capitán de servicio, que una señora solicitaba hablarme. Acudí al llamado; y, despues de oír sus primeras palabras, la hice entrar.

Era doña Martina Martínez de Franco, madre adoptiva de Luis.

La pobre señora, llorosa y afligida, llevando en su cara las huellas de una noche de insomnio y de inquietudes, me contó sus cuitas. Luis, su adorado Luis, había desaparecido del hogar desde el día anterior. Ella, recordando el entusiasmo que se había despertado en su hijo con la formación de nuestro Cuerpo, y sus ruegos porque lo permitiera sentar plaza de soldado, había llegado en su busca ántes de que amaneciera. ¿Qué sería de ella si Luis iba a la guerra? Cómo podría resistir a la separación, acaso a la muerte de su hijo? Ella lo había criado desde que nació; había cuidado de su educación, y, podía con orgullo decirlo, porque Luis cursaba ya cuarto año de humanidades y era el primer alumno de sus clases; desgraciada, muy desgraciada en su hogar, había concentrado todo el amor de su corazón en Luis, y ahora giría a perderlo?

Y la señora lloraba y sollozaba amargamente.

Yo le prometí deshacer aquel enganche; y como en esos momentos nada podía consolarla tanto como la vista de su hijo, lo hice llamar. Poco despues llegó Luis. Y entónces hubo una escena cómica; no bien el mocito divisó a su madre, sin ningun miramiento militar, volvió las espaldas y echó a correr. Yo salí en su busca; pero el muchacho se hizo humo. Sólo despues de mucho rato se le encontró escondido entre el bagaje de la tropa. Compareció de nuevo al lado de un cabo, que, con vara en mano, parecía hallarse dispuesto a desempeñar el mas ingrato de sus oficios.

Despues de una reprimenda disciplinaria y de aparentar un desagrado que no sentía, dejé a solas a la madre y al hijo; ellos debían arreglar aquel asunto. Cuando volví, la madre lloraba y el muchacho, muy colorado y afligido, trataba de consolarla y de arrancar con súplicas y reflexiones su consentimiento para que lo dejara seguir en el batallón.

Las vacilaciones, los llantos y los ruegos duraron varios dias, durante los cuales se impusieron todos en el cuartel de lo que pasaba. La tenacidad del niño, los sufrimientos de la madre, eran el tema de nuestras conversaciones cotidianas. No hubo, debo decirlo con franqueza, disparidad de opiniones: todos queríamos que Luis siguiera con nosotros. Su simpática presencia, su aire de dignidad y de pureza, su contracción al trabajo, su tenacidad por acudir a la defensa de la patria, despertaban profundo interés y cariño.

La madre quedó al fin vencida. Pero en compensación de aquel sacrificio, encontró cuantas facilidades fueran compatibles con el servicio, para verlo y tenerlo junto a sí.

La pobre mujer vivía, puede decirse, en el cuartel; y de guarnición en guarnición, siguió fielmente los pasos del hijo adoptivo hasta que el batallon, elevado ya a regimiento, abandonó las tierras patrias para incorporarse al ejército invasor.

Luis correspondió dignamente al amor de su madre: de su modesto sueldo de soldado impúsola una asignación de las dos terceras partes, y mantuvo esta misma proporción en cada uno de sus ascensos, hasta el día memorable de su muerte.

No fué Luis Cruz soldado raso mucho tiempo. No bien pudo desempeñarse medianamente en los ejercicios fué ascendido

a cabo. Nadie habrá llevado esa primera insignia de la autoridad militar, con más decoro, con más respeto de sí mismo, que el cabo Cruz. Los soldados, mirando sólo a las apariencias, al notar el contraste que ofrecía aquel niño pulcro y aun no bien desarrollado, con los compañeros rudos y fornidos que tenía bajo sus órdenes, lo apodaron cariñosamente «Cabo Tachuela».

Pero los conocimientos, del cabo Cruz lo habilitaban para grados superiores. Sus estudios, hechos a conciencia, su afición a la lectura seria (contraída bajo la sabia dirección de maestros tan distinguidos como Ramón Fredes Ortiz, precursor de la enseñanza concéntrica, ántes, mucho ántes de que se adoptara ese sistema; y Rubén Guevara, que despues de servir a la patria en el mismo regimiento Curicó y de alcanzar al grado de Teniente Coronel, volvió a sus tareas de maestros y es hoy rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui en Santiago); su conducta pundonorosa; y hasta su hermosa y clara letra,—le abrieron camino fácil en la carrera que el patriotismo lo indujera a seguir.

En el combate del Manzano, estreno de armas del Curicó, dió pruebas de serenidad y valor; y despues, en el reconocimiento de Ate; y mas adelante, en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Pero en ninguna de estas acciones de guerra se le presentó esa oportunidad que el azar depara a los héroes.

En Lima el sarjento 1.º Luis Cruz Martínez (apellido este último que llevara en reonomiento a su madre adoptiva; segun revelación que ella me hiciera cuando ya su hijo no existía) fué ascendido a subteniente. En este puesto concurrió a la campaña de la sierra, llena de peripecias, de sacrificios y de acechanzas, que aún no ha sido escrita, ni alcanzado por ello, la gratitud pública que merecen sus actores.

Ignoro a quien debió el subteniente Cruz pasar en igual grado al Regimiento Chacabuco, recién creado de línea bajo el número 6.º. En esa fecha habia yo regresado a Santiago a reanudar mis estudios de leyes.

De su vida íntima, posterior al punto relatado, sólo conozco un hecho, que no ha sido publicado aún: su primero y su único amor con una hermosa niña, que por misteriosa y cruel

combinación del destino tuvo el dolor de presenciar su heroísmo y su muerte. Y esta singular coincidencia me obliga a referir aquel episodio grandioso de la sierra peruana, de que habría acaso prescindido, ya que, antes de ahora, ha sido tan por extenso y con tanto colorido escrito.

A cinco leguas de Huancayo, donde acampaba por aquella fecha—Julio de 1882—el Ejército Expedicionario del Centro, bajo las órdenes del coronel don Estanislao del Canto, se levanta el pueblo de la Concepción. Tenía entónces, fuera de unas cuantas viviendas dispersas, cuatro manzanas asentadas en torno de la plaza.

A su rededor se levantan, en continuada y áspera ascensión, colinas y cerros que dejan al pueblo en el fondo de una hoya y que lo incomunican de los otros caseríos de la sierra. Allí se hallaba destacada una compañía del Chacabuco, compuesta de 72 hombres, más un soldado del Lautaro enviado al lugar por motivo de salud.

Mandaba esa fuerza el capitán Ignacio Carrera Pinto, nieto del general y Dictador de Chile en la época de la Independencia, don José Miguel Carrera, y servían a sus órdenes los subtenientes Arturo Pérez Canto, Julio Montt Salamanca y Luis Cruz Martínez.

Nada hacía presumir el acontecimiento que iba en aquel día a desarrollarse en la Concepción.

Retiradas las tropas enemigas después del combate de Marcabaye, en que rindieron bravamente sus vidas los oficiales José de la C. Retamal y Elías Garay (\*) vueltos a su campamento de Huancayo las fuerzas chilenas, prepararon aquellas un ataque inmediato a la compañía del Chacabuco, abandonada sin auxilio posible a su propia suerte.

El día 9 de Julio (1882) poco antes de las tres de la tarde, aparecieron de improviso en las crestas de los más altos cerros que dominan a la Concepción los montoneros enemigos. Mas de trescientos hombres de tropas regulares y cerca de mil quinientos indios,—armados aquellos de rifles Peabody y éstos de

---

(\*) El subteniente don Elías Garay era hermano del abogado y Defensor de Menores del vecino puerto (Arica) don Guillermo Garay.

hondas, picas y otras armas blancas,—empezaron a desfilas por las laderas de las serranías.

El capitán Carrera Pinto examinó con atención el camino que seguían los diversos grupos de asaltantes, y comprendiendo que trataban de rodear al pueblo, hizo salir su tropa del cuartel, situado en la misma plaza, y destacó partidas iguales en las cuatro esquinas de las bocas-calles.

Mucho antes de que los montoneros se hallaran a distancia de poder herir a los defensores del pueblo con sus disparos, empezaron a lanzar sus proyectiles y a descargar sus armas. Los chilenos aguardaron tranquilos en sus puestos. Entre tanto, el avance de los enemigos continuaba, sin que los nuestros respondieran a la agresión. Sólo cuando éstos se hallaban a una cuadra o menos de nuestras filas hicieron los chacabucanos una descarga cerrada, y desde ese momento continuó nutrido fuego graneado que derribó a muchos de los asaltantes. Al cabo de largo rato, en que algunos de los nuestros fueron muertos y otros heridos, la indiada empezó a arremolinearse y a ceder, hasta que, atropellando a las tropas de línea, se pronunció en desordenada fuga.

Al amparo de las tapias que ocultaba la retaguardia de los montoneros, fueron los prófugos contenidos por el coronel Gastó, comandante en jefe de la división, y sus oficiales. Allí se les dió de beber, alentándolos a proseguir el combate y representándoles la seguridad del triunfo, dado al escaso número de los chilenos. El licor hizo al fin su efecto, i no pasada media hora desde la fuga se reanudó la lucha en forma más y más encarnizada.

Por desigual que fuera aquel encuentro, la disciplina, el orden y el valor heroico de los nuestros habrían mantenido a raya a la indiada, si no cundiera en nuestras filas el temor de que las municiones faltaran: al empezar la acción nuestros soldados tenían sólo cien tiros por hombre y después de hora y media apénas si les quedaba la mitad. Ordenó entonces el capitán Carrera Pinto que sus tropas se replegaran al cuartel, lo que hicieron en el mayor orden, escarmentando a los que, más osados, se atrevían a estrechar la distancia. Una vez encerrados, la indiada ocupó la plaza.

Tomó el combate una nueva faz.

La tarea de los sitiados consistía en impedir que los asaltantes se acercaran al cuartel, pues dada la diferencia inmensa del número, forzada la entrada al recinto, sea por la puerta, sea por las tapias del interior, los primeros serían ahogados por éstos. La defensa del interior fué durante largo espacio relativamente fácil, pues los asaltantes concretaban sus esfuerzos a romper la entrada principal. Para derribar a aquella masa humana era menester estar al acecho y no perder tiro. Los cadáveres iban hacinándose en las proximidades del cuartel y los indios parecían amedrentados y sin aliento.

El capitán Carrera intentó entonces poner término a esa lucha titánica. A la cabeza de varios de sus bravos avanzó al centro de la plaza y a tiros y a bayonetazos puso en fuga a los más tenaces. En su atrevida exaltación avanzó hasta la callejuela más próxima, pero una nube de enemigos emprendía desde aquel reparo un nuevo y más formidable ataque. En ese momento también desde las azoteas de las casas y desde las entreabiertas puertas y ventanas, los moradores, antes pacíficos, en consorcio con los montoneros, coadyuvaban al asalto general. Por todas partes caían proyectiles y zumbaban piedras y balas, los garrotes se encruzaban y las voces enronquecidas por el aguardiente, la rabia y el cansancio atronaban el espacio. Carrera y sus chacabucanos, hubieron de batirse en retirada. Muchos de ellos iban quedando en el campo, y no bien caían cuando una banda de salvajes se echaba sobre ellos y los despedazaba. El mismo Carrera herido gravemente en el brazo izquierdo dió con su cuerpo en tierra y hubiera tenido idéntico fin si sus compañeros no hubieran logrado arrastrarlo al interior del cuartel.

Llegó la noche.

Nuestros soldados combatían sin tregua, pero escatimando las últimas balas de sus rifles. Las cananas de los muertos pasaban a manos de los vivos. Las armas caldeadas por los disparos eran sustituidas por las de los que dormían el sueño eterno.

Y ningún signo precursor de auxilio!

Y las hordas furiosas, penetrando por el interior de las casas, abrían forados para adueñarse del cuartel, o desde las azoteas de las habitaciones más próximas o por sobre las tapias, arrojaban al techo pajizo, parafina y otras materias inflamables.

Llegó un momento en que los nuestros se sentían desfallecer por el calor y la sofocación.

Era menester ahuyentar a los sitiadores o morir en la demanda. El capitán Carrera Pinto, dando como Prat el ejemplo, reunió a los pocos hombres que aún tienen un proyectil que disparar; y mientras que algunos de sus compañeros rechazan a los enemigos que pugnan por salvar las tapias o entrar por los forados y mientras los demás tratan de dominar el incendio por la destrucción, ya que no tienen una gota de agua,—él sale del recinto y carga a la bayoneta contra los sitiadores. Sus soldados no dejan a nadie en pié: la pujanza de aquellos hombres es irresistible como el huracán, temeraria como la desesperación.

La plaza queda por fin desierta.

Vuelven los nuestros al cuartel; más antes de que Carrera Pinto se junte a sus compañeros, recibe un balazo en el pecho y rinde la vida.

La tregua no dura largo tiempo.

A las dos de la mañana el subteniente Julio Montt Salamanca, que hiciera como Cruz la campaña en el Curicó hasta Lima, y a quien por su antigüedad ha correspondido el mando y la obligación de dar el ejemplo, dispone que sus compañeros intenten nuevas salidas, y él mismo, no obstante encontrarse herido pónese al frente de cuantos pueden empuñar un rifle y carga, por última vez, a la bayoneta sobre la indiada, hasta que sucumbe aplastado por el número.

Repléganse los últimos sobrevivientes de aquella tragedia, sin volver la espalda al enemigo, solo para recuperar las exánimes fuerzas y caer con el alma entera y ademán varonil como los gladiadores en el circo.

Eran ya las ocho de la mañana.

En medio de la plaza, entre la turba de indios ebrios, cinco frailes del vecino convento de Ocopa, animan a los embruteci-

dos y fanáticos asaltantes y los incitan a la matanza de los postremos adalides chilenos.

Arturo Pérez Canto aparece al frente de diez o doce hombres, pálidos de coraje y de fatiga, que arremeten a la chusma al grito de ¡Viva Chile! mientras en el patio contiene a los asaltantes Luis Cruz, con unos cuantos heridos. Cae Pérez Canto y a su lado desaparecen uno a uno, rifle al brazo, hasta el postero de los combatientes.

La resistencia parece agotada. Pero en aquel instante, cuando las masas embriagadas mutilan los cádaveres de los mártires de su honor y su bandera y se reparten como trofeos de victoria sus ensangrentados despojos, un niño, descubierta la cabeza, despedazado el traje, seguido de los cuatro últimos soldados de la inmortal compañía, ocupa el puesto del mando y del sacrificio.

Los frailes enmudecen; la chusma se detiene en su obra canibalesca; los jefes y oficiales de las tropas regulares levantan sus espadas en ademán de paz.

El heroísmo se impone.

De las azoteas de las moradas que circundan la plaza, llenas de curiosos de todas edades y sexos, sale una exclamación de horror y de piedad.

Cruz pasea sus miradas por sobre la multitud, luego avanza un paso, y, volviéndose a sus cuatro compañeros, señala con su espada, única insignia que aún conserva de su grado, hácia adelante, y en medio del silencio general, a la luz del sol que brilla con el esplendor de las diez de la mañana sobre un cielo sin nubes, grita:

—A morir, muchachos! A juntarnos con nuestro Capitán! Viva el Chacabuco! Viva Chile!

Y aquellos hombres, presididos por aquel niño, dan la última carga.

El asombro es tan grande que algunos huyen y otros abren paso. Las bayonetas entran y salen en la masa humana; la espada del héroe cae con furia sobre las cabezas.

—Morir matando!—grita Luis—Vengüemos a nuestros hermanos!

En aquellos momentos una voz juvenil, desgarradora como la locura, potente como la desesperación, domina el tumulto que empieza, acalla la voz del héroe y trastorna sus miradas.

—Piedad! grita.—Misericordia, Dios mío! No maten a Luis!

Sobre la azotea de la casa de la familia Valladares, una de las principales del pueblo, una hermosa joven, lanza aquellas frases de espanto y de perdón.

Los montoneros, vueltos de su estupor y próximos a concluir con los porfiados sobrevivientes de aquella lucha de dieciocho horas, se detienen.

La niña redobla sus ruegos.

—Ríndanse! esclama uno de los oficiales de la montonera. Yo respondo de la vida de ustedes!

—Nunca! grita Cruz. Queremos morir matando! Adiós! adiós! hasta la eternidad! dice mirando a la joven. Y como la indiana no responde a su desafío, alza de nuevo la espada en alto y reanuda el homérico combate.

Sus voces electrizan a los suyos. Los rifles se tiñen de sangre, la espada del héroe se rompe y con sus brazos parece ahogar a la hirviente marejada.

La rabia, adormecida por un instante, vuelve; los instintos salvajes se despiertan, y los cinco chilenos son acribillados por la turba. Absorvidos en su seno reaparecen como despojos informes, levantados en alto como emblemas de triunfo, en medio del discordante vocerío de los vencedores.

Y mientras el cadáver del héroe sufre odiosa mutilación, el cuerpo inerte de la niña, que fuera su primero, su único amor, es retirado de aquel sitio de desolación y de muerte.

ANSELMO BLANLOT HOLLEY.

## DON ANSELMO BLANLOT HOLLEY

Al borde de la tumba de Blanlot acaso pudieron pronunciarse estas palabras que, como una síntesis de toda su existencia, reflejan su paso por el puente de la vida: fué una alma ardiente, apasionada; tuvo un corazón de niño en la envoltura de un hombre grave y fué también, por sobre todo, un idealista, un peregrino soñador, que creía en el mágico poder de las quimeras con esa ilusión ingenua y candorosa de un adolescente de quince años. Era un romántico, un romántico extraviado en este mundo de concupisencia espiritual; un sensible corazón arrancado de la gran tela del cuadro del pasado ideal y arrojado por el turbión impetuoso de la vida, para sembrar en el presente, con cálido entusiasmo, el venero inagotable de su ilusión alada de muchacho. Porque llevaba en su fisonomía, animada de suave perfiles delicados, la expresión tranquila y serenada de un corazón sincero, impresionable; y en ese su modo de ser afable y amigoso, tiernamente amable, el afecto y las caricias con que sabía repartir las grandes efusiones que su corazón tenía desparramadas en todo el mundo.

En la dulce atmósfera de suave y apacible simpatía que rodeaba a su persona, en sus movimientos atildados y llenos de elegancia y exquisita compostura, en el sereno y claro decir de su lenguaje, acompañado de su voz lenta y ya desencajada por el cruel esfuerzo de su existencia entera, en todo eso, realizábase el gran señor de una pasada edad envuelto en la severa capa de los rancios abolengos, de los opulentísimos modales de un marqués venido a menos. Y en todo ese ambiente aristocrático que también cuadraba a su modalidad sencilla, había la nota de una viril entereza, de una firmísima constancia y de una voluntad extraordinaria.

Empero, Blanlot que llevaba en los labios la excelencia del decir, que tenía en su hermosa figura varonil ganada las voluntades, que irradiaba en su temperamento la simpática y tierna nota de una bella ingenuidad, que en sus modales llevaba el poder de una fuerte seducción, fué, por extraño contraste, un hombre cruelmente atormentado, a quien la imperiosa y dura necesidad de la existencia arrastrara ásperamente para hacerle hollar en más de una ocasión, la senda amarga del dolor. En esas horas supremas de apelación y desengaño, en esos días de cruel incertidumbre, desamparado en plena adolescencia, cargado con un mundo de responsabilidades como jefe de un hogar, ante ese espectáculo de desolación y miserias, Blanlot tuvo la firme entereza de sobreponerse a las ásperas luchas y buscar él mismo el puesto de peligro en la avanzada de la vida. El destino lo arrojó tempranamente y le hizo probar con hartura las desdichas consiguientes de esa amada esquiva que se llama la fortuna. Tuvo que abrirse brecha en un combate tenaz, en una lucha dudosa; tuvo que sentir la maliciosa sonrisa de los advenedizos y hundir con altivez esos espúreos fondos que se levantaban en su contra. Y ese hombre que así se erguía para doblegar los intereses brutales de un fatal egoísmo era un desconocido, un muchacho de aliento, que venía de una lejana provincia a probar en la voluptuosa capital las esplendideces risueñas de un porvenir más amplio, iluminado por el sol de los amores. Pero su herencia, aquello con lo que podía divertir a los bufones de la fama, era el talento, esa arma veleidosa que tanto cuesta dirigir al blanco de una aspiración máxima y fecunda.

En el correr de su existencia entonces aprendió esa prueba difícil de la vida que se llama resistencia, ese raro poder de la constancia que, al fin doblega voluntades y sabe avasallar con dignidad la barrera peligrosa de los intereses creados, que siempre deja en los heridos, al contacto de una individualidad más frecuente y poderosa, el despecho y el odio con la contradicción eterna del desprecio. Blanlot al pasar por esa prueba dignificó el sentimiento del deber, y nó en el sentido palabrero y utilitario con que se disfraza hoy ese esfuerzo, que es mentira. El sabía que detrás de la consigna imperiosa de aquel noble

sentimiento, hay una parte de la sagrada dignidad del hombre, ese otro altivo sentimiento del honor, que en Blanlot era de purísimos destellos, porque era un honor caballeresco, legendario de las dos razas que se mezclaron en él, y porque tenía también el eco de ese viejo concepto castellano del honor de la España medioeval.

El jóven ardoroso que a los veinte años,—a esa edad dorada del ensueño—avanzaba con un acto audaz y solemne, con su matrimonio, en el camino de las responsabilidades, fué después cuando hombre el mismo temperamento luchador y apasionado, suavizado, empero, con la noble serenidad que después dejan las vehemencias juveniles y que dan al carácter ese matiz de varonía mezclado con la tierna unción del corazón.

Aquel su matrimonio puso a su vida un cuadro pintoresco y exaltado de romanticismo de novela, que dió el relieve del temple de su alma y del clima entusiasta de su temperamento. Entregado en brazos de una pasión ideal, ese joven atormentado por el hado de la suerte amaba con una loca efusión a la mujer que iba a compartir con él mas tarde los anhelos del hogar; y esos dos muchachos, cuando iban a ver coronado el magnífico idilio de sus almas, fueron violentamente separados por un extraño suceso que entregaba al país al duro trance de la defensa de su honor. La guerra iba a envolverle en las filas de la muerte, y Blanlot en un arranque heroico de su patriotismo herido corrió a enrolarse en las huestes nacionales. Todo lo abandonó, entonces ante ese sentimiento generoso de los deberes ciudadanos; y como si un trágico presentimiento le anunciase la posibilidad siniestra de encontrar en los campos del acero, su tumba de soldado apuró su matrimonio, cortó sus estudios, abandonó su familia, y como un cruzado peregrino salió tras la espléndida ventura de la gloria. Fué a batirse en las batallas y a probar la sed de los desiertos, y henchido en alas de su amor, como en uno de esos casos estupendos de las leyendas germánicas fué a depositar ante su esposa, aquella ofrenda del deber con que los germáanos magnificaban soberbiamente la entereza del carácter y la alteza incorruptible de la inteligencia. Pero volvió como antes pobre, y lo que había ganado fué para robustecer el temple nuevamente, para seguir la lucha, esa lucha feroz

que se imponía ahora como jefe de un hogar con oscuras perspectivas.

Blanlot, no obstante, no tuvo nunca después el gesto infundido del amargado ni esa áspera apariencia que deja toda existencia trabajada en la primera juventud. Remontando en lo corriente de su existencia, el recuerdo de esos días le era grato y él se complacía en evocarlos como para dejar entrever la lección de esfuerzo que ellos entrañaban.

En sus mismas convicciones, en sus apreciaciones de los hombres y las cosas, había siempre ese cálido empuje con que sabía defender sus ideales. Y en la armonía íntima de su elocuencia, de su palabra persuasiva e insinuante, iluminábase su pensamiento que comunicaba a sus creencias ese fuego apasionado de su viejo liberalismo. Envuelto en una causa que tiene ante la historia un doloroso proceso, él amaba a su partido, él quería a sus adeptos, él levantaba un culto de piedad y simpatía a la memoria del Presidente caído en una fatal contienda. Ese cariño por un hombre del que fuera amigo en las horas en que se desarrollaba una tragedia, ese culto por los hombres de su fila, dignificaba en el concepto de los contrarios a ese hombre mismo que cayera, por un error de perspectiva, en las alternativas de la revolución o de la disolución social. Por eso también a su lado era más fácil transigir en los ardientes controversias sobre el valor histórico del partido que él amaba. Enamorado lo fué siempre de todo aquello que hablase de la epopeya que él quería, de la doctrina que él guardaba en el santuario de sus hondas convicciones. Al recuerdo de los días de la gran Revolución, en esos días de insólitas tormentas, el nombre de Blanlot se agiganta en la distancia de la historia y toma uno de esos vivos colores con que en el vasto cuadro del escenario humano, se iluminan los dramas de sangre de los pueblos.

De boca del más claro e insigne de nuestros parlamentarios que resumen en su vida la historia política de Chile en sus últimos cincuenta años, de labios de Mac Iver, ese gran símbolo de grandeza moral, oímos un día este recuerdo: «Anselmo, en los debates que precedieron a la Revolución fué el hombre de más entereza moral que he conocido en los Congresos».

Cierto; fué el tribuno, el apóstol, el adalid convencido de esa causa; y por eso mismo a la vuelta de algunos meses, cuando las instituciones se habían salvado de la Dictadura, fueron para Blanlot crudamente amargas las consecuencias de esa lucha. Desterrado, con la fé ardiente aun después de la derrota, herido en sus ideales, con el corazón lacerado, fué a buscar quietud al otro lado de los Andes, y si encontró la paz, acaso sintió también como ninguno, el eco melancólico y sombrío de la patria lejana y de la familia ultrajada por el odio y la venganza...

Cuando se estaba a su lado se sentía ese placer inefable de encontrar, al fin, tras larga senda, un hombre bueno, un corazón sincero, un hombre que amaba la juventud y sentía por ella esa fiebre loca de poder convivir con el ideal constante que una mente juvenil puede acaso comunicar al alma cariñosa de un hombre entrado en la edad serena.

Yo le ví en su ataúd. Sereno el rostro, con la frente tersa y los parpados debilmente entornados, dejando ver bajo el cristal, en el claro oscuro de la urna, esos ojos azules que irradiaron espléndida bondad.

Rendida el anima, perfilóse la nariz, y en la barba asomaba todavía un corte recio, algo así como una línea dura que indicaba el gesto de una poderosa voluntad.

Había empalidecido; un color claro trasparente le invadió entonces. Quedó como un mármol que tenía la suave serenidad de una escultura. En su boca, en sus labios, quedó el rictus amargo de la agonía, y una débil sonrisa, tenuemente dibujada, iluminó el semblante como un enigma cruel de ese reto fatal de la muerte hácia la vida.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

## LA SITUACION FINANCIERA DE GRAN BRETAÑA (1)

El 21 del corriente el Canciller del Exchequer presentó a la Cámara de los Comunes el Proyecto de Presupuestos para el ejercicio financiero que comienza el 1.º de Abril de 1920 y termina el 31 de Marzo de 1921.

### I

Según los cálculos presentados por el Honorable Austen Chamberlain en un discurso que mereció calurosos aplausos por su lucidez y elocuencia, el ejercicio financiero dejará, por primera vez desde que estalló la guerra en 1914, un sobrante considerable que permitirá comenzar la amortización de las deudas acumuladas en los últimos cinco años.

En efecto, los Presupuestos presentados estiman las entradas £ 1.418,300,000 y los gastos en £ 1.184,102,000, lo que deja un sobrante de £ 234.198,000. El ejercicio financiero anterior (1919-1920) cerró con un déficit de £ 326.202,000, pues las entradas alcanzaron a £ 1.339,571,000 y los gastos a £ 1.665,773,000.

Puede, pues, decirse que la Gran Bretaña pasa de un déficit de £ 326.202,000 en el ejercicio financiero que terminó el 31 de Marzo último a un sobrante que se estima en £ 234,198,000 para el ejercicio financiero que terminará el 31 de Marzo de 1921. La mejoría en las finanzas públicas de Gran Bretaña es, por lo tanto, de £ 560.400,000, de las cuales £ 78.729,000 co-

---

(1) Tomado de un oficio que la Legación de Chile en Inglaterra envió al Ministerio de Relaciones Exteriores el 27 de Abril del año en curso.

rresponden a un aumento en las entradas y £ 481,671,000 a una disminución en los gastos.

La consecuencia inmediata más trascendental de este cambio radical que hace pasar a la Gran Bretaña del régimen de los déficits al régimen de los sobrantes es que siendo las rentas públicas más que suficientes para atender las necesidades del Estado cesarán los empréstitos y comenzarán las amortizaciones. Al período de inflación constante y creciente en que ha vivido el Reino Unido durante la guerra seguirá, salvo acontecimientos imprevistos, un período de contracción que necesariamente debe entonar el crédito de la nación y el poder comprador de la libra esterlina. Ya en el ejercicio financiero que terminó el 31 de Marzo último el 80,4% de los gastos públicos se hicieron con las rentas ordinarias y sólo fué necesario levantar empréstitos para atender el 19,6% restante. En el año anterior, 1918-1919, sólo el 34,47% de los gastos públicos se había atendido con las rentas ordinarias y el 65,53% con empréstitos. En el ejercicio financiero que comienza ahora el 100% de los gastos públicos se atenderá con las rentas ordinarias y sobrarán fondos para la amortización de las deudas. Las finanzas de Gran Bretaña han ido, por lo tanto, equilibrándose rápidamente en una progresión que no ha experimentado retrocesos.

Para apreciar la solidez de la mejoría de las finanzas británicas debe tomarse en cuenta que—según las declaraciones hechas por el Canciller del Exchequer—en el Presupuesto para el ejercicio financiero que acaba de comenzar el 1.º del corriente se consultan alrededor de £ 300,000,000 de gastos transitorios ocasionados por la guerra. Si las entradas se mantuviesen para el año próximo y los gastos disminuyesen por este capítulo el sobrante para amortización de la deuda, crecería notablemente en el ejercicio financiero 1921-1922.

## II

El detalle de los presupuestos presentados por el Canciller del Exchequer es el siguiente:

## ENTRADAS

## CONTRIBUCIONES

Derechos de Aduana.....	£ 150.000,000
Impuesto sobre consumos.....	198.650,000
» » vehículos-motores...	4.500,000
» » herencias..	45.000,000
» de estampillas.....	25.000,000
» territorial.....	2.500,000
» sobre la renta.....	385.800,000
» » el exceso de utilidades.....	220.000,000
» » utilidades de corporaciones.....	3.000,000
» » avalúo de tierras...	500,000
<hr/>	
Total de entradas por contribuciones	£ 1.035,150,000

## EMPRESAS DEL ESTADO

Servicios Postales.....	£ 37.000,000
Telégrafos.....	5.750,000
Teléfonos.....	10.250,000
<hr/>	
Total de Empresas del Estado....	£ 53.000,000

## ENTRADAS VARIAS

Tierras de la Corona.....	£ 650,000
Rentas de préstamos diversos.....	9.500,000
Diversas entradas ordinarias.....	18.000,000
» » extraordinarias...	302.000,000
<hr/>	
Total de entradas varias....	£ 330.150,000

## RESÚMEN DE LAS ENTRADAS

Contribuciones.....	£ 1,035,150.000
Empresas del Estado.....	53,000.000
Entradas varias.....	330,150.000
	<hr/>
Gran total.....	£ 1,418.300,000

## GASTOS

## COMPROMISOS PERMANENTES DEL ESTADO

Servicio de la deuda Nacional.....	£ 345.000,000
Caminos.....	6.650,000
Devolución de impuestos locales.....	10.818,000
Colonización.....	12.000,000
Otros servicios.....	1.730,000
	<hr/>
Total de compromisos permanentes.....	376.198,000

## SERVICIOS PÚBLICOS

Ejército.....	£ 125.000,000
Marina.....	84.372,000
Fuerza Aérea.....	21.057,000
Administración Civil.....	497.318,000
Aduanas, Consumos e Impuestos Internos.....	10.468,000
Servicios Postales (Correo, Telégrafo y Teléfonos).....	49.689,000
Leyes especiales de Suplemento.....	20.000,000
	<hr/>
Total de Servicios Públicos...	£ 807.904,000

## RESÚMEN DE LOS GASTOS

Compromisos permanentes... ..	£	376.198,000
Servicios públicos.....		807.904,000
		<hr/>
Gran total.....	£	1,184.102,000

El resultado general del ejercicio financiero, con arreglo a este presupuesto, es, por lo tanto, el siguiente:

Entradas.....	£	1,418.300,000
Gastos.....		1,184.102,000
		<hr/>
Sobrante.....	£	234.198,000

Es interesante observar que el sobrante calculado es mayor que el Presupuesto total de la Gran Bretaña en el año 1913, es decir, el último año antes de la guerra. En efecto, el Presupuesto total de aquel año no alcanzó a £ 200.000,000 y el sobrante de este llegará a £ 234.198,000.

## III

Cabe ahora examinar someramente las principales fuentes de entradas consultadas en el Presupuesto. Desde luego debe observarse que las modificaciones introducidas en el sistema tributario representan en conjunto un aumento de entradas de £ 189.000,000 de las cuales corresponden £ 125,000,000 a contribuciones directas y £ 64.000,000 a contribuciones indirectas. Del aumento total de £ 189.000,000 no alcanzará a más de £ 76,650,000 lo que entre en el ejercicio financiero que terminará el 31 de Marzo de 1921. El rendimiento de los aumentos de contribuciones y de los nuevos impuestos no puede ser repentino, sino progresivo.

De todos los aumentos de contribuciones propuestos el que ha levantado mayores protestas es el que eleva de 40% a 60% el impuesto sobre el exceso de utilidades provenientes de la

guerra. Explicando esta proposición, el Canciller del Exchequer dijo en su discurso que estimaba justificado el aumento porque continuaban prevaleciendo las circunstancias excepcionales y transitorias creadas todas por la guerra. En efecto, había una escasez tal de toda clase de cosas que era difícil distinguir entre ésta y un monopolio que estaba dándole al capital invertido en la industria utilidades absolutamente anormales y aún extravagantes. Hizo presente que este aumento de 20% sólo se haría efectivo en el caso en que la Comisión que estudia la idea de una requisición de las acumulaciones de capital traídas por la guerra considerase esta idea impracticable. Si más tarde dicha Comisión o el Parlamento resolvía hacer esta requisición, el Gobierno podría revocar la resolución tomada de aumentar el impuesto en cuestión. Explicó el Canciller del Exchequer que este aumento de 20% sólo ingresarían £ 10.000,000 en el ejercicio financiero que abarca el presupuesto presentado pues la totalidad del impuesto calculado en £ 210.000,000 subiría con el 10% adicional a £ 220,000,000. Agregó, sin embargo, que el recargo aludido le reportaría a la Nación en conjunto £ 100.000,000 que entrarían a arcas fiscales en su mayor parte con posterioridad al ejercicio financiero actual. Tanto la prensa británica como los círculos financieros han atacado vigorosamente el aumento de esta contribución recordando que el propio Canciller del Exchequer, Hon. Mr. Chamberlain, declaró el año pasado—al proponer que se la mantuviera en 40%—que estimaba dicha contribución una medida temporal que esperaba derogar a la brevedad posible, pues la consideraba mala en su incidencia, injusta en sus cargas y llamada a desalentar el espíritu de empresa y la industria. Las críticas a esta medida han sido tan generales que no es aventurado suponer que habrá de dar lugar a un extenso debate en el Parlamento.

En el impuesto sobre la renta, que es la principal fuente de entrada del Reino Unido, el Canciller del Exchequer no propuso ningún cambio sustancial sino que se limitó a pequeñas modificaciones destinadas a graduar el impuesto en relación con las cargas de familia y con las pequeñas rentas. Anunció que no se introducirían cambios radicales en este impuesto mien-

tras no expidiese su informe la Comisión que está estudiando la materia. Un proyecto de ley que se presentaría posteriormente al Parlamento consultaría las reformas que esta Comisión recomiende. Los cambios introducidos en el impuesto sobre la renta pueden apreciarse mejor en los cuadros que acompaño con anexos a la presente comunicación.

La única contribución nueva propuesta por el Canciller del Exchequer es la que él ha llamado «Impuesto a las corporaciones» y que consiste en un chelin por libra esterlina que gravará los beneficios y las rentas de empresas de responsabilidad limitada. Este impuesto se cobrará conjuntamente con el impuesto sobre el exceso de utilidades, pero cuando una misma empresa deba pagar ambas contribuciones se considerará el impuesto sobre el exceso de utilidades como parte de los gastos.

Propuso asimismo el Canciller del Exchequer un aumento en el franqueo postal, en las suscripciones telefónicas y en el servicio telegráfico declarando que estos servicios habían dejado en el ejercicio financiero anterior una pérdida de £ 3.000,000, siendo que en el ejercicio financiero anterior a la guerra habían dejado un beneficio neto de £ 6.500,000. Agregó que con los nuevos aumentos de sueldos que se contemplaban, los gastos aumentarían en £ 8.000,000 y si no se aumentaban las entradas las pérdidas en este servicio llegarían a £ 11.000,000 en el ejercicio financiero actual. Los aumentos propuestos en el franqueo son: dos peniques para las cartas dentro del Imperio Británico, que no excedan de tres onzas, y medio penique por cada onza adicional, un penique, por cada diario hasta seis onzas y medio penique por cada seis onzas adicionales; un chelin por cada doce palabras de los telegramas. No indicó el Canciller del Exchequer cuales serían las nuevas suscripciones telefónicas pues los aumentos respectivos los estudia una comisión especial.

Propuso asimismo un aumento en el impuesto sobre alcoholes, cervezas y vinos. En los alcoholes se aumentó de 50 a 72 chelines seis peniques por galón; en la cerveza de 70 a 100 chelines sobre el barril y en materia de vinos propuso doblar todos los impuestos y además imponer una contribución especial sobre los vinos espumosos de 50% *ad-valorem*. El aumen-

to del impuesto sobre vinos ha sido objeto de críticas principalmente por el efecto que pueda tener la medida en las relaciones con Francia país productor de vinos que Gran Bretaña consume en grande escala y en seguida con Portugal y España, países que envían asimismo grandes cantidades de vinos a este su principal mercado.

Ha sido, asimismo, objeto de críticas que se haya consultado en el Presupuesto, como entrada ordinaria, la suma de £ 302.000,000 proveniente de la venta de material de guerra comprado con el producto de empréstitos y que, por consiguiente, ha debido considerarse como capital que se liquida y nó como renta que ingresa. En opinión de los impugnadores esta suma de £ 302.000,000 ha debido aplicarse íntegra y exclusivamente a la amortización de los empréstitos con cuyos productos se compraron los artículos vendidos. Contestando estas observaciones, el Canciller del Exchequer explica que en el ejercicio financiero actual se consultan gastos transitorios debidos todavía a la guerra—y que no habrán de repetirse en el año próximo, tales como empréstitos y auxilios a los aliados, enseñanza y reinstalación de soldados licenciados, costo de departamentos administrativos de carácter temporal, liquidación de contratos de guerra, y, por fin, auxilios para mantener bajo el precio del pan—que en total ascienden a £ 300.000,000. La entrada extraordinaria de £ 302.000,000 por venta de material de guerra viene a ser la contrapartida del gasto extraordinario de £ 300.000,000 por los capítulos enunciados.

#### IV

Cabe ahora examinar los gastos consultados en el Presupuesto presentado.

Ante todo llama la atención la reducción considerable que ha podido hacerse en los gastos públicos. Ya en el año anterior los gastos habían disminuído en un 60% sobre los del ejercicio financiero 1918-1919 y se comprende por haber cesado las hostilidades. En este ejercicio financiero 1920-1921 la reducción de gastos con relación al ejercicio financiero 1919-1920 es de 35%. Aun cuando las economías no llegan a la cifra que

la opinión pública reclama, no puede negarse que el Gobierno Británico ha hecho y sigue haciendo un esfuerzo constante y considerable para disminuir sus gastos.

El ítem principal de los compromisos permanentes del Estado es el servicio de la Deuda Nacional que alcanza, como se habrá visto, a £ 345.000.000. Como las entradas totales calculadas alcanzan a £ 1.418.300.000 resulta que el servicio de los intereses de la deuda absorbe un poco menos de la cuarta parte de las entradas.

La Deuda Nacional de Gran Bretaña, según los cálculos hechos por el Canciller del Exchequer al presentar los Presupuestos, alcanza a £ 7,835.000.000, de las cuales se adeudan en el exterior (EE.UU) £ 1,278.000.000. Esta última cifra revela que en el curso del año la Gran Bretaña ha reducido su deuda en Estados Unidos de América en la suma de £ 86.000.000. Como en el curso del año Gran Bretaña ha anunciado que cancelará su parte del Empréstito Anglo-Francés, que asciende en conjunto a £ 100.000.000, (\$ 500.000.000 oro americano), resulta que antes que haya expirado el ejercicio financiero actual, la Gran Bretaña habrá reducido su deuda exterior en £ 136 millones.

Para apreciar, sin embargo, la situación de Gran Bretaña en lo que respecta a Deuda Exterior es menester tomar en cuenta por otro lado los créditos de que dispone en el exterior y que pueden sintetizarse así:

Empréstitos hechos a las Colonias.....	£	119.500,000
Id a los Aliados £ 1,767.000.000 estimado por el Canciller del Exchequer en la mitad de lo adeudado tanto porque no puede recuperarse lo que debe Rusia, como por las dificultades que puede haber para obtener el reembolso en otros países, en. ....		883.500,000
Empréstito a India... ..		21.000,000
<hr/>		
Total de los créditos de Gran Bretaña en el exterior.....	£	1,024.000,000

Estas cifras revelan que los compromisos de Gran Bretaña en el exterior están casi contrabalanceados por los créditos de que dispone.

Entre los gastos públicos el más fuerte es el de la administración civil, que absorbe la tercera parte de las rentas públicas. Es a esta partida, que sube a £ 497.318,000, que se dirigen principalmente las críticas de la opinión pública. Se cree, en general, en Gran Bretaña que los gastos de la administración civil se pueden reducir considerablemente.

Viene, enseguida, como partida principal de gastos el mantenimiento del Ejército, que en el año financiero en curso absorberá £ 125.000,000 y después la Marina, que costará £ 84.400.000. Cabe observar de paso que, según estas cifras, Gran Bretaña gasta casi 50% más en el mantenimiento de su Ejército que en el mantenimiento de la Marina. En ambos servicios ha logrado el Gobierno Británico hacer reducciones considerables respecto del ejercicio financiero anterior. En efecto, los gastos del ejército en el ejercicio financiero de 1919-1920 alcanzaron a £ 405.000,000 y ahora quedan reducido a £ 125 millones, o sea una economía de 280.000,000. La economía en la Marina es menor, pues de £ 157.000,000 que costó su mantenimiento en el ejercicio financiero de 1919-1920, baja a £ 84.400,000 o sea una economía de £ 72.600,000. Esto indica que en la defensa nacional de Gran Bretaña la Marina es un servicio más permanente que el Ejército.

En el mantenimiento de la Fuerza Aérea se ha efectuado asimismo una economía considerable pues de £ 54.000.000 que se gastaron en el ejercicio financiero de 1919-1920 ha bajado la partida a £ 21.000,000, o sea una economía de £ 33 millones.

En suma, los gastos militares de la Gran Bretaña han disminuido en £ 385.600,000 con respecto al ejercicio financiero de 1919-1920, pues de £ 616.000,000 que alcanzaron en el ejercicio financiero anterior han bajado a £ 230.400,000 en el ejercicio financiero actual.

## V

El Canciller del Exchequer terminó la exposición que hizo ante el Parlamento al presentar los Presupuestos con estas palabras:

«Tengo la satisfacción de decir que después de una guerra como aquella en que nos vimos envueltos y después de sacrificios financieros tan gigantescos es esta una situación de fuerza sin igual y sin ejemplo. Es cierto que para alcanzarla nos vemos obligados a imponer nuevas contribuciones y a solicitar nuevos sacrificios. Puede que esto no traiga popularidad para el Gobierno o para el Ministro. Tengo el orgullo de decir que no la hemos buscado. Nuestro objeto ha sido levantarnos a la altura de nuestras grandes responsabilidades por manera que cuando entreguemos nuestros puestos le dejemos a nuestros sucesores una renta amplia y a nuestro país un crédito nacional que no sea inferior a ninguno».

AGUSTÍN EDWARDS.

## EN TRANVÍA

(CONCLUSIÓN)

No recuerdo a quién le preguntaron una vez:

¿Y porqué dice usted siempre lo mismo?

Y el respondió:

—Porque las cosas son siempre las mismas, especialmente las malas.

En el mismísimo caso me encuentro yo con respecto a estos carros urbanos, que no tan sólo me amargan la vida, sino que me la acortan y hasta tengo el presentimiento que he de morir de carros urbanos, así como los canónigos mueren de gota, ya que no conozco enfermedades y alguna ha de haber para que uno se muera.

Para esto no es menester precisamente que me atropellen los carros locos que la Empresa dispara contra la población.

Ello le pasa a cualquiera.

A los vecinos de la Recoleta, y por consiguiente a mí, los carros nos matarán de empacho de contrariedades, que es empacho que no se quiebra.

Diciendo toda la verdad, los carros son para nosotros un parche poroso, pegado a la raíz de nuestra paciencia, y que de Enero a Enero nos pica, roe y come la vida lentamente, como quien dice a viajes.

¡Cuánto más feliz no ha sido un niño que un domingo vi sacar de entre las ruedas de un carro, en plena Plaza de la Independencia, a eso de las 5 de la tarde de este mismo invierno.

Por fortuna no presenciaron el caso más que unos cien ex-

tranjeros que habían venido a conocer a Santiago, los cuales, desde los balcones del Hotel Francia, no perdieron detalle del suceso.

El número del carro no hace al asunto, desde que, cual más cual menos, todos deben alguna muerte.

El que digo pasaba por el frente de la Catedral a todo el trote de sus caballos.

De pronto, trepidando sobre sus ejes, saltó y volvió a caer.

Oyóse, primero un ¡riu! ¡riu! de serrucho mellado que tropezaba con el hueso, el *Tum ferri rigor atque argutae lamina serrae...*

Y al propio tiempo, un grito que parecía llevar a la rastra las entrañas de un cuerpo humano.

—¡Jesús! gritaron los pasajeros, amarillos como la cera.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? preguntó una señora.

—¡Un muchacho que no se quitó! contestóle la conductora con ese aplomo que sólo da la costumbre.

En efecto, luego se vió que dos caballeros conducían un tronco inerte, que una mujer que lloraba a gritos, la madre seguramente, iba sujetando las tripas del cadáver, que otra, alguna tía talvez, llevaba el hígado, y que un suplementero corría a ofrecer un brazo recogido en el suelo.

Todo eso había sido poco antes el muchacho que no se quitó de la línea!...

Porque esta es otra de las especialidades de la Empresa: fabricar inválidos y surtir de ánimas benditas al purgatorio.

Después de 1881 por todas nuestras calles veíanse hombres sin brazos o sin piernas.

¡Ah! exclamaba la gente, con orgullo: son los héroes de Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores.

El Gobierno recogió al cabo esos retazos gloriosos de su carne de cañón, y no volvieron a verse durante algún tiempo.

Ahora hay más inválidos que en aquel entonces; pero los transeúntes se limitan a decir, como quien habla del barro después de un aguacero: ¡Algún carro urbano!

Con la circunstancia muy particular de que las víctimas de los Ferrocarriles del Estado cobranle al Fisco el menor desper-

fecto de la persona, y tratándose de los Carros Urbanos ni los herederos reclaman a la Empresa por la vida del finado.

Ahora tiempo, la Corte Suprema obligó al Fisco a pagarle a una señora la suma de 15 mil pesos, valor de tasación de una pierna que le cortó un tren, y el Fisco pagó, callado la boca, dándose a santos que no le hubieran cortado otra cosa.

Lo cierto es que los difuntos hechos por la Empresa en las calles de Santiago pueden ya llenar un calendario. En cuanto a los niños que no se quitan de la línea, este accidente se repite con tanta frecuencia y va adquiriendo tales proporciones, que si el Municipio actual prorrogara por diez años más el término del permiso de los Carros Urbanos, se puede asegurar desde ahora para entonces, que al fin de ese plazo la Empresa quedaría en situación holgada para tutearse con el mentado Herodes.

Obra de ocho años a lo menos, a que le escribí a un amigo una carta en que le apuntaba a la ligera algunas aventuras de este trance de viajar en carro. ¡Cómo si fuera ayer!

Nada hay que variar en ella: porque hoy todo es lo mismo que en aquella fecha, salvo que los carros, los rieles, los empedrados de las calles, la ropa, usos y costumbres de los cocheros y conductoras, tienen al presente ocho años más de trajín diurno, nocturno y cotidiano.

Ustedes verán si encuentran algo que variar.

Decía en aquella carta:

Un respetable antojo de vivir en la Recoleta me ha dado obligada ocasión para estudiar larga, profunda y pacientemente, cuanto se relaciona con los llamados *Carros Urbanos*, o *Tranvías*, como dicen en Lima, donde a todas luces y aún a oscuras, hablan más y mejor que en nuestro querido Santiago.

Sobre este punto inicial de los nombres, no he consultado lo que dispone la Academia de España; porque además de que prefiero un bacalao al Diccionario, no soy yo tan académico ¡a Dios gracias! para vacilar un segundo entre lo que ella predica y lo que cantan las limeñas con su boquita flor de granado.

Las limeñas dicen tranvía y a ellas me atengo.

Lo de la autoridad de la Academia me deja tan fresco como cuando a alguno lo gritan:

—Tú abuela la tuerta!

Dígole, pues, que en punto a tranvías, me los tengo sabidos de memoria, y que ya que a Ud. se le ha ocurrido cobrarme la palabra, hablaremos de ellos mientras viene uno que nos lleve a la ciudad.

Desde luego, mi amigo, cuando a Ud. le nombran los tranvías, lo primero que le asalta la memoria es la dentadura de las conductoras; pero yo no tocaré este detalle.

Verdad es que juntando a todas las niñas del gremio, acaso no llegara a enterarse un teclado completo para una docena de mandíbulas. Empero, de esto, como de otras cosas, culpe Ud. si quiere a las aguas de Vitacura, al solimán fino, a la grasa de la comida, a las travesuras de los padres o a quién le dé la gana, pero no a la Empresa, en modo alguno. Seamos justos.

Lo que más se podría hacer sería pedirle a ésta que por las vías de la caridad y del buen parecer, encargara a Norte América una factura de dientes con sus muelas y colmillos para una remonta general por año nuevo, ya que ahora, a causa de la mucha demanda, no es posible conseguir sino a precios muy subidos las dentaduras postizas que venden en los hospitales junto con la ropa, el pelo y demás prendas de los que allí mueren: medida que me parece muy bien, y muy propia del discurso de los administradores gratis de los Establecimientos de Beneficencia; pues, cualquiera vé que peor sería que la tierra se comiera todo eso, como suelen decirle a las niñas regodeonas.

Creo, por lo demás, que mediante un buen arreglo, con un taller de hojalatería podría conseguirse sin mayor costo, que algunos buenos maestros soldadores se hicieran cargo de las tapaduras a lo menos.

Sin embargo, que allá se vaya la falta de dientes por lo que esas pobres hacen por la Patria. Y si no cree lo que le insinúo, puede Ud. pedir más noticias en la Providencia o a cualquiera que se dedique a los estudios demográficos.

Pero esto se lo indico de pasada solamente; porque mi presupuesto es hablarle de otros puntos más directamente relacionados con el interés general, lo cual, no quiere decir cierta-

mente que no nos interese a todos el que la población crezca y se multiplique en esta ciudad, en la que mueren tres niños de cada cinco que nacen, que cuenta con cien iglesias y no tiene un sólo hospital para la infancia, así como los templos tienen de miles de miles de renta y nadie ha oído decir que den abrigo al desnudo, pan al hambriento, ni un grano de trigo al gallo de la pasión.

Estas son cosas de Santiago, mi amigo, que Ud. irá viendo poco a poco, si es que los tranvías nos prestan vida y salud.

Y a propósito de tranvías, Ud. me preguntará que de adonde ha podido venir el antojo de llamarlos *carros*, nombre que ha prevalecido durante tantos años.

Pensando y pensando no le encuentro más que este origen:

El nombre de *carros* se los dió el pueblo, no en cuanto los vió correr por las calles, acontecimiento que fué muy celebrado y aplaudido. Se los vino a colgar cuando comenzó a sufrir con ellos y dentro de ellos.

Entonces un triste recuerdo, transmitido de una generación a otra, en las leyendas populares, trajo a la memoria los antiguos *carros* del Ministro Portales.

Como Ud. sabrá, no existía entonces la penitenciaría ni había cárceles que merecieran tal nombre. Portales, a quien le dolía, como al corregidor Zañartu, que los presos comieran el pan del Estado a la bartola, ideó la compensación de hacerlos trabajar en las calles.

Para esto sacaban a los presos con grillos y en jaulas rodantes, que el pueblo llamó los *carros*.

Muchas personas que aun viven alcanzaron a verlos.

¿Puede ser otro que éste el origen del nombre? Yo encuentro que la cosa cuadra.

El pueblo tiene su imaginación, sus leyendas y una excelente puntería para la piedra y las palabras.

Ud. que viene llegando, mi señor, ha juzgado, sin duda, de la hacienda de la Empresa por el estado de los vehículos que conoce y por otras pobreza no ménos indecorosas que ha visto en ella, y no se habrá parado para criticar a Santiago por caso tan extraño, atribuyendo tanta miseria a falta de protección de las autoridades y del público favorecido.

Pero, buen chasco se llevaría Ud. si por tales apariencias no quisiera Ud. admitir una docenilla de acciones. Pues sepa, mi amigo, que debajo de esa malísima capa y tras de tantísima peladura, vidrio roto, asiento desvencijado, rueda cencerro, riel carcomido, caballo cuyano, cochero insolente, conductora sucia y respondona y otras cien mil del mismo tenor, hay un privilegio que vale algunos millones y por ende un negocio, que puede apostárselas a una salitrera de Tarapacá. ¿O le parece a Ud. que es chuchoca el monopolio del tráfico en Santiago?

Entre sus dividendos, la Empresa repartió una vez uno de acciones por igual valor del capital pagado, con lo que éste quedó de hecho duplicado *in nomine*, de modo que cuando a Ud. le digan que esos dividendos apenas alcanzan a un *catorce* por ciento, debe Ud. entender que los accionistas reciben el 28% del dinero cubierto en realidad.

Y pregunte si las ventosas de *La Bola de Oro*, *La Casa Roja* y *La Estrella Negra* y otros *Montes de Piedad* levantan ampollas más grandes.

Y aquí me apresuro a advertirle que no soy yo de aquellos que no pueden ver espuelas de plata en talon ajeno, y que olvidándose de los bienes que ha hecho la Empresa, sólo tienen presente sus marranerías actuales.

Dígole que nó—Reconozco como el que más que, gracias a ella, ya no hay, se puede decir, grandes distancias en la ciudad; que facilita la vida al pobre, permitiéndole vivir en los afueras en condiciones ventajosas de salud y baratura, y, en fin, que Santiago llegará a duplicar su área poblada, mediante estos mismos maldecidos tranvías que llevan la corriente humana a los últimos rincones.

Injustamente olvidan algunos que hoy por diez y por cinco centavos se puede andar la mitad de la población,—viaje que antes valía treinta y cuarenta centavos, a menos de entrar en dimes y diretes con los cocheros, gente de suyo articulante y tan dada a las travesuras que suelen escaparse con las pasajeras.

Sin embargo, como Ud. lo ha podido ver, la Empresa viene

siendo el tema de una antipatía pública, que tiene ahora descansando de otra igual que padecía la del Gas.

No sé si Ud. alcanzó a ver los modales que usaban las dueñas de casas con el infeliz que cobraba la cuenta del alumbrado casero.

—Pero si esto es un salteo! Aquí sólo se enciende un mechero y Ud. cobra lo mismo que en el Pasaje. Trabajamos para el gas únicamente.

—Escape, señorita, algún escape que tendrá!...

¡Su abuela!

Y el hombre iba por la esquina y todavía se oían los gritos de:

—¡Ladrones!—¡Facinerosos!

Pero con la Empresa de los tranvías no corre el socorrido recurso de los tales escapes.

Ud. me preguntará y con razón:

—Que cómo se maneja aquella para que se produzca tal racimo de ingratitudes?

¡Feliz Ud. que viene llegando, mi Señor y Don!

Pero ya que desea Ud. pormenores, véngase conmigo a dar una vuelta en el primer tranvía que pase.

Por lo pronto, aquí tiene Ud. silla para que espere sentado. Esta cortesía es de regla en toda la Recoleta, como la de poner loro en la puerta de la calle para que avise cuando venga el carro, a fin de que Ud. se ahorre un chavalongo en verano o alguna pulmonía en invierno, y es cuanto cabe decir del espíritu hospitalario de la gente de esta calle.

En casi todas las puertas me ha ocurrido este caso:

—¿Espera Ud. carro?

—Sí, mi señora!

—Pues voy a traerle un asiento.

Y lo de entrar a *sombrear* en el verano al zaguán de las casas, mientras viene el tranvía, es aquí de derecho público.

—Pero ya que no viene ninguno, dice al fin Ud., vámonos andando despacio, y andando, andando, llegamos hasta la plaza.

Aquí desea Ud. ir a la estación. Pues parece cosa del mal-dito: éste es San Pablo, aquél Catedral; ese va para el Carmen, el otro a la Providencia y en el que sigue dice Matadero. Al cabo, ahí viene un Alameda! Haga Ud. señas por si lo ven de adentro. Ya está!

Como los caballos son de Mendoza, el tranvía no se detiene sino media cuadra más adelante; echa Ud. a correr para no demorar a los viajeros; llega con la lengua afuera y al subir lo recibe la señora conductora como al cobrador del gas:

—La calma de su merced! le dice socarronamente, tirando la correa del timbre por encima de su sombrero.

Y con esto todos quedan notificados de que Ud. es de provincia o de la acequia grande para allá.

Pero Ud. que no se acorta por tan poco, se sienta muy cómodamente sobre un pedazo de tabla y un retazo de cojín con lauchas adentro, y en el espacio suficiente para que quepa la mitad de su persona entre dos pasajeros que retienen la respiración para darle cabida.

Afortunadamente, el tranvía se detiene como para que Ud. respire: no es cosa mayor: al que va adelante se le han empacado los caballos y como el de Ud. no ha de pasar por encima, sacan de aquel la pareja y se la enganchan al suyo. Es un simple endoso de la empacadura.

Y aquí entra en escena el postillón.—Al cabo de un buen rato y con la calma de un doctor de mucha clientela, llega un huaso a caballo, montura redonda y espuelas, *apeguala*, clava las nazarenas y arranca con la pareja a la rastra en medio de un chivateo de esos que Ud. oye en los campos cuando una carreta se pega en el barro hasta el eje.

Ud. se preguntará por qué la Empresa no tiene algo así como un curso de primeras letras para sus caballos, especialmente para los que vienen de la otra banda. Sí, que tiene y para eso está la línea de la Recoleta; pero como los caballos son pocos y las necesidades muchas, apenas saben algo los sacan de nuestra escuela, mediante lo cual nos pasamos amansando para las líneas del centro. Lo mismo nos sucede con las conductoras.

Entre tanto, su tranvía ha salido del mal paso, una señora que no esperaba mas que esto para apearse, ordena que paren una vara más allá. Vuelta a la de gritos y huascazos. Por fortuna, el postillón no nos ha abandonado.

En la esquina próxima, una viejecita con una bolsa de ropa, hace detenerse de nuevo el tranvía de Alameda para preguntar si va para el Matadero.

La conductora bufa, el cochero patea y los caballos por no ser menos, vuelven a empacarse.

Finalmente! llega Ud. sano y salvo a la Estación de los Ferrocarriles, y si es que va a tomar algun tren, nunca su atraso será de mas de diez minutos, a pesar de todos los contratiempos del camino.

No es cosa desusada que al pararse Ud. del asiento una tachuela que se ha ido descarnando por lo gastado del tapiz, le sujete una tira de pantalón o del forro de la levita; pero, como le digo, esto no sucede siempre, sino cuando Ud. va de levita y el pantalón es de los nuevos.

Al regreso, los pasajeros de los trenes repletan la fila de tranvías que tienen allí su estación como en lo propio.

Pasan cinco minutos.

—Niña, diga Ud. y éste porqué no sale?

—Acaba de salir otro, porqué no se fué en el de adelante...

—Pero si éste ya está lleno.

—No es la orden, y si anda tan apurado tome coche...

Cuando ya es la orden, el tranvía comienza a andar a tranco de calesa quebrada. en razón de que el de adelante va lo mismo, y así sucesivamente los anteriores.

En la Plaza bájese Ud. para buscar un Recoleta que nos conduzca a nuestras casas.

—¿Y porqué nos hemos de bajar? pregunta Ud.

—Porque los de Alameda no llegan sino hasta aquí, y no hagamos cuestión como tampoco lo ha hecho la autoridad.

Al principio y según contrato, la línea de la Recoleta llegaba hasta el Matadero; pero un buen día la Empresa la cortó en la Alameda, haciendo allí un paradero, para lo cual echó abajo

ocho o diez árboles de ese paseo, que contaban cuarenta y cuatro años de vida.

El Intendente no reclamó por el asesinato de árboles públicos, sino que hizo ver que el corte dado en la Universidad a la línea Recoleta-Matadero aumentaba en ciento por ciento el valor de ese viaje.

En respuesta, la Empresa determinó, entonces, que los tranvías de la Recoleta llegaran hasta la Plaza únicamente.

Por fortuna el Intendente no insistió, que si insiste, la Empresa nos deja en la caja del río.

---

Felizmente, no son más que las seis de la tarde.

A las seis y cuarto llega un Recoleta; un inspector revisa la pizarra y el marcador; partimos, y Dios mediante, cruzamos el puente al golpe de las seis y media.

En la puerta de las caballerizas se cambian caballos, y aunque no vamos ni en la mitad del camino, la conductora pasa a la garita a dar cuenta del dinero recogido.

Esto no dura más de siete a diez minutos, salvo cuando los caballos son de segunda posta o a la conductora le aprietan los zapatos u otra diligencia.

Entonces se agrega un ítem cuya duración varía, según las causas, y mientras tanto Ud. absorbe una media onza de amoníaco natural y las señoras disfrutan a sus anchas de la charla de los truhanes que allí se juntan.

Invariablemente, la escena pasa de este modo:

La conductora no llega; los pasajeros se impacientan, el cochero, entonces, toma la palabra por todos y a lo que le dá la boca, canta estas tres amonestaciones:

—Esa chiquilla Recoleta, qué hace que no viene?

Pasa un minuto.

—Qué venga esa chascona de Recoleta!

Transcurre otro minuto.

—Qué hace esa hijuna de la grandísima Recoleta?...

Por bien del pudor, la conductora llega a cortar ese animado crescendo.

—Qué tanto grito! exclama la niña, en actitud de quique.

—Pero hijita, responde el cochero, me tenía aquí esperándola tanto rato.

—Es que no podía salir...

—Pero si le tengo dicho que no coma tanto queso!...

A la cuadra y media el tranvía hace alto; pero esta vez solo se trata de que el cochero apriete la palanca, ate las riendas y se baje para arreglar el cambio y dar la última mano a los arneses.

Al pasar por la plazuela, el reloj de la Iglesia da las siete, y minutos después, yendo con bien, está Ud. en su casa muy fresco con la noticia de que ya comieron, en la creencia de que a tales horas estaría Ud. de mantel largo en otra parte.

---

Pero de noche las cosas pasan de muy distinta manera, afortunadamente, pues no ocurren sino los lances de el día y los que son propios de la noche.

Ud. sube al tranvía y a tientas se deja caer, mitad en el crin de los que fueron cogines, y mitad en las faldas de una vecina que se hizo cargo del percance por haber viajado mucho.

Una señora mayor, que pastorea a unas niñas que van al centro, reclama de la falta de iluminación, temerosa de que allí las salteasen como en despoblado.

—Pero hija, arregle Ud. la luz, dice la señora con su voz más suave.

—No se aflija por eso, responde la conductora.

—Pero es que la lámpara va boqueando!

—Es su modo de ser! concluye la conductora.

Y no hay remedio que ponerle al caso: porque es condición universal de todas las lámparas el apagarse cuando les falta el aceite. Luego, por otra parte, los tranvías no se han hecho para que las niñas vayan a lucir composturas.

Para eso están el Pasaje y el Teatro.

Poco antes de que Ud. se baje, llega la conductora, a prevenirle con todo comedimiento que no siga en el asiento que ocupa, porque el lamparín tiene además la manía de gotear para fina. Si esto se lo advierten al entrar, de fijo que libra Ud. su ropa de tal percance; pero Ud. debe hacerse el cargo de que la

pobre niña no puede atender a todo, máxime que un caballero que va al lado de la puerta, le pellizca las piernas cuando pasa.

A eso de las once de la noche diga Ud. su gracia en la visita en que esté, por más que le duela, si es que Ud. desea venirse al barrio en carro, párese en la Plaza, a riesgo de que crean que Ud. anda buscando tapadas de mala muerte, encomiéndose a los santos de su devoción para que no le toque góndola.

Por los clavos de Nuestro Señor, dígame Ud. ¡góndolas de noche y con este inviernito! ¿No es como andar en bandeja, recogiendo pulmonías para el consumo de los pasajeros?

Con todas las escritas y otras tantas que no le cuento, dirá Ud. que más vale largarse a pié, aún cuando uno viva en los quintos infiernos; pero no es así, mi amigo.

En primer lugar, el tranvía vale un cinco, y Ud. va en él como en un salón, digo salón de esos en que se meten los pies dentro de la estera.

Después, gracias a los rieles salientes ha llegado a ser un verdadero suplicio andar en Santiago en carruaje. En lo poco que Ud. ha visto ya se habrá convencido de que sólo los municipios que hemos padecido han podido permitir que inutilicen nuestras calles con tal clase de rieles, que ya no se empleen ni en provincia.

Pero la Empresa sabe muy bien de que pié cojeamos y así vé Ud. las calles, sacrificadas a las conveniencias de aquella, y seguirá viendo, a menos que se muera, los vehículos que usa actualmente, los caballos, los cocheros, las conductoras y todo lo demás que le he contado con la experiencia que tengo del asunto; pues a causa de vivir aquí en la Recoleta, hágo hasta seis viajes al día.

¡Dígame si no me iré al cielo con calamorros y mamelucos!

DANIEL RIQUELME.

## LA CAPTURA DE LA "ESMERALDA"

(5 de Noviembre de 1820) (1)

Poco después de las diez de la noche del 5 de Noviembre de 1820 se hallaban reunidos al costado de la fragata «O'Higgins» catorce botes, tripulados por doscientos cuarenta voluntarios armados de pistola y sable, destinados al asalto de la fragata española «Esmeralda», que se hallaba fondeada en el recinto del puerto del Callao, al abrigo de los castillos, que montaban trescientas piezas de artillería y con una guarnición completa de artilleros adiestrados. La «Esmeralda» y los demás buques anclados en el recinto, se hallaban resguardados por cadenas gruesas, boyadas con palos de balsa de Guayaquil, formando así un cierro completo con sólo una entrada de suficiente anchor para un buque, colocada en el punto norte del cierro.

Este cierro lo vigilaban veinte y ocho lanchas cañoneras, que montaban un cañón de a veinte y cuatro, cada una con tripulación de treinta hombres.

La «Esmeralda» montaba cuarenta y cuatro cañones y tenía una dotación completa de trescientos setenta hombres y se hallaba en un todo perfectamente tripulada y pertrechada; y sólo esperaba una oportunidad favorable para hacerse a la vela, con destino a las Filipinas y España; la gente, supimos después, dormía sobre las armas en la batería del buque, pronta para cualquier evento.

La expedición asaltadora se formó en dos filas, encabezada por la falúa del almirante Lord Cochrane, y en ese orden siguió hasta llegar al cierro referido, que fue minutos antes de las

---

(1) Don Pablo H. Délano, último sobreviviente de la captura de la Esmeralda, escribió esta relación en Junio de 1879 a petición de don Benjamín Vicuña Mackenna.

doce. Allí se les dió el ¿quién vive?, lo que en el acto fué contestado por el almirante, con las palabras *silencio o mueres!* y al mismo tiempo apuntaba a la cabeza del que lo había dado, con una pistola de dos cañones: fué bastante esto para que toda la tripulación de la cañonera se dejase caer al fondo de la lancha; entonces el almirante gritó con voz fuerte. «¡Hurrah, muchachos, bogar fuerte y vamos al asalto!».

Hasta ese momento habíamos estado bogando suavemente y con los reinos frizados en lona en las chumaseras para no dar la alarma a los españoles; pero al oír el grito del almirante, todos prorrumpimos, con voz atronadora, en el grito de «hurra!» que duró hasta que llegamos al costado de la «Esmeralda» que se divisaba a poca distancia, y en llegando ahí la abordamos por ambos costados. El almirante fué el primero en subir por el costado babor pero un culatazo que le dió el centinela, lo volteó al bote, de donde volvió a subir con presteza, y mató al centinela de un balazo; y seguido por los tripulantes de los botes, subió a bordo donde se trabó una lucha terrible de hombre a hombre que apenas había durado quince minutos cuando los españoles volvieron cara y buscaron salvación, algunos en las bodegas del buque, otros en las cofas, y muchos, en su desesperación, tirándose al mar para escapar a nado. Durante la confusión, alguien cortó los cables de la fragata; visto lo cual por el almirante, mandó desplegar las velas, pero había muy poco viento y las velas estaban sin drizas ni escotas; pero luego se remedió esta falta pues ya nuestra gente se hallaba en las cofas y en un abrir y cerrar de ojos colocaron drizas y escotas provisorias con algunos cabos que encontraron, a pesar del diluvio de metralla que los españoles nos mandaban desde tierra, y que, como nube de granizo, nos rodeaba por todas partes.

En la lucha el almirante recibió una herida de bala en el muslo derecho pero no por esto se abatió, y luego que yo le amarré un pañuelo fuertemente en la pierna para estancar la sangre, siguió atendiendo a todo con la calma y serenidad que le eran características. El buque marchaba con lentitud con dirección a la salida, gracias a una ventolina suave de tierra que soplabá. En estos momentos una bala de cañón cortó las drizas del pico de la mesana que cayó sobre cubierta; y otra en-

trando por las ventanas de la popa, dando con un pié derecho de fierro lo arrancó de su lugar haciéndole volar por el entrepuente, atravesado y horizontalmente, de modo que, al pasar por un pequeño grupo de nuestros hombres, mató a algunos e hirió a otros. Entre los primeros había un joven inglés que tenía la bandera del jefe español envuelta en su cuerpo, y fué cortado medio a medio muriendo en el acto: este joven había sido parte de la tripulación del corsario «Maipú», armado en Valparaíso dos o tres años antes, y habiendo sido capturado por una fuerza española mayor, fueron confinados en los castillos del Callao donde recibieron un tratamiento brutal durante todo el tiempo que permanecieron ahí; así es que él juró vengarse, y ese mismo día cinco por la tarde, indicándome con el dedo la bandera del jefe español, juraba que la había de bajar con sus propias manos, así es que en llegando al costado de la fragata, subió por la jarcia, a pesar que la metralla y fusilería mandaban las balas como granizo: acababa de bajar y estaba refiriendo a sus compañeros cómo lo había hecho cuando recibió la muerte.

Había fondeadas en el recinto del puerto dos fragatas de guerra extranjeras. La una era la «Macedonia», buque de los Estados Unidos, cuyos oficiales simpatizaron con nosotros e hicieron toda la obra de apartarse de ahí con mucho silencio y al pasar los botes por cerca de ella, expresaron en voz baja sus deseos que saliéramos con buen suceso. La otra fragata era la «Hyperion», inglesa, cuyo capitán no simpatizaba en nada con nosotros, y al hacer la maniobra para apartarse, la hizo con todo estrépito.

Lord Cochrane, a pesar de haber sido herido, y a pesar del diluvio de metralla que volaba en su derredor, se trepó sobre un cañón para dirigir desde allí toda la maniobra y dar la dirección al buque y se mantuvo allí hasta que salimos fuera. Seguimos alejándonos lentamente en medio del fuego horroso que nos hacían de los castillos y lanchas cañoneras, y después de una hora fondeamos fuera del alcance de los cañones españoles, para recoger los muertos, atender a los heridos y hacer algunos reparos a las velas que eran necesarios.

Encontramos que dos de los oficiales y once marineros habían sido muertos, y treinta y tres heridos solamente, mientras que de los españoles recogimos ciento cincuenta muertos; faltaba también una de nuestras embarcaciones con toda su tripulación: después de atender a los heridos, levamos ancla y fuimos a fondear al costado de la «O'Higgins», donde llegamos poco antes de amanecer; estaba la fragata en la isla de San Lorenzo, terminando así esa jornada, la más gloriosa de todas las del almirante Cochrane, según lo oí de su misma boca.

El cañoneo de los castillos continuó toda la noche, ignorando nosotros cual sería el motivo, pero cuando amaneció divisamos en el horizonte en dirección al Callao, dos bultos negros, uno grande y el otro más chico, los cuales cuando aclaró descubrimos ser la embarcación que nos faltaba, tirando a remolque una lancha cañonera enorme que había capturado a viva fuerza, y luego mandamos auxilio para traerla; el bravo que era jefe de esa embarcación era el pilotín Ouley, norteamericano, que posteriormente fué muerto en el ataque hecho a las fortalezas de Chiloé por la escuadra chilena;—valiente muchacho! que con doce hombres de su bote, abordó y capturó esa lancha que llevaba treinta de tripulación.

Para demostrar la calma y sangre fría del noble jefe, mencionaré un incidente que ocurrió. Luego que se principió el combate, las fragatas «Macedonia» y «Hyperion» pusieron un farol en el pico de mesana y suponiendo que tenía alguna significación, Lord Cochrane mandó colocar uno en el pico de la «Esmeralda» para o cual sobraban faroles, pues entre cada dos cañones en la batería había un farol colgando preparado con vela: mediante esta astucia se confundían los españoles en los castillos y no atinaban a cual de los tres dirigían sus punterías, así es que tiraban indistintamente sobre los tres de modo que más ofendieron a los neutrales que a nosotros, pues dos balas de cañón tocaron a la «Esmeralda», mientras que los otros recibieron varias.

Yo en aquel entónces sólo tenía catorce años y medio, pero el almirante me honraba con distinción, así fué que me confió e puesto de ayudante en esa ocasión y puso a mi cargo su propio bote tripulado con cinco jóvenes, uno de los cuales fué don

Tomás K. Sanders, honorable vecino de la ciudad de Concepción, donde falleció en 1878.

P. D.—Cuando dictaba la carta que precede se me olvidaba decir, que en el momento del abordaje de la «Esmeralda», su comandante con un amigo estaban tomando mistela y bizcochuelos en la cámara y como la sorpresa fué tan completa, no tuvo tiempo para dar órdenes algunas, ni salir fuera siquiera, así es que fué apresado en su misma cámara, donde permaneció durante toda la acción. Yo fui a la antecámara cuando terminó la lucha sobre cubierta y estaba arrodillado aplicando un torniquete a la pierna del teniente Grenfell (posteriormente, almirante de la escuadra brasilera, y subsiguientemente Cónsul General del imperio en Inglaterra hasta su muerte) que tendido en el suelo se iba en sangre por una herida de metralla en el muslo derecho, en cuyo momento entró una bala por la popa y dió en una viga en que descansaba uno de los pies del comandante Coig, lo que le causó una contusión tan grande que no la podía soportar sin gritar, oído lo cual por el teniente referido, éste le dijo «Calla boca!» y en inglés le preguntó si se creía él el único herido.

Tan completa fué la sorpresa que no alcanzó a subir ningún oficial sobre cubierta, pues cuando asomaron algunos en las escaleras, encontraron a nuestra gente vigilando con sable y pistola en mano y tuvieron que volver a bajar.

Un sargento de tropa era quien encabezaba la defensa, hombre muy animado y valiente, que animaba a la gente con su voz y con su ejemplo; pero luego murió de un balazo en el pecho y entonces fué cuando los españoles cedieron.

Al día siguiente se canjearon los prisioneros por algunos patriotas que había presos en los castillos.

Era mucha la sensación que causó en Lima y Callao la toma de la «Esmeralda», y no creían posible que nosotros solos pudiéramos haberlo verificado, pues atribuían al buque americano el habernos ayudado. Con este motivo, cuando al día siguiente un bote de dicha fragata fué a tierra para hacer el rancho, el populacho furioso se echó sobre ellos y asesinaron al oficial y doce o trece más que iban con él, no dejando vivo a ninguno.

El comandante se hallaba de paseo en Lima, y habiendo lle-

gado a su conocimiento que lo buscaban, quiso disfrazarse para escapar, para lo cual se estaba raspando sus bien pobladas patillas, y ya tenía una raspada cuando llegó un coche escoltado por 25 coraceros que le enviaba el virrei para que se fuera inmediatamente a Chorrillos a embarcarse.

No esperó para rasparse la otra patilla, sino que metiéndose en el coche partió a todo galope y llegó a Chorrillos donde encontró a uno de sus botes esperándolo y se embarcó, salvando así la vida.

Abí tiene Ud., mi amigo don Benjamín, el relato sencillo de cómo fué tomada la «Esmeralda». De manos de Ud. espero ver una magnífica exposición de ella. Si todavía quisiera Ud. averiguar algo más, tendría mucho gusto en satisfacerle, para lo cual si Ud. me hiciera el favor de pasar a mi casa el día que guste, me hallará pronto, y le mostraré el cuadro magnífico pintado por el coronel Wood que representa esa grande acción.

Deseando a Ud. toda felicidad, me suscribo de Ud. atento amigo y S. S.

PABLO H. DÉLANO.

## ANTOFAGASTA. - LOS DERECHOS CHILENOS Y LAS PRETENSIONES DE BOLIVIA

Se ha constituido en Bolivia — y parece estabilizarse — un Gobierno de facto en cuyo programa de acción internacional aparecen unas líneas sugestivas y amenazadoras: la reivindicación de Antofagasta.

Creo oportuno, por lo tanto, que en el primer número de un nuevo diario que aparece en Antofagasta, se dedique un comentario a esta pretensión boliviana, que si ayer era apenas la plataforma electoral de un partido político y la opinión particular de algunos expatriados en Buenos Aires, se ha convertido hoy en la aspiración oficial del Gobierno de Bolivia.

El estudio que sigue no contiene ideas originales ni documentos inéditos. Se comprende que un debate diplomático que se prolongó durante sesenta años, haya agotado los argumentos en favor de las tesis contrapuestas. Pero, de algún tiempo a esta parte, la palabra reivindicación, repetida por la prensa y los propagandistas bolivianos — y amparada ahora por sus gobernantes — es recibida en Chile con incrédula sorpresa. A partir de 1904, en que se firmó el Tratado de Paz entre ambos países, los chilenos pensamos que la cuestión de Antofagasta había desaparecido definitivamente. Dicho tratado representaba para Chile grandes sacrificios pecuniarios y para Bolivia vastas franquicias y perspectivas económicas. La opinión pública dejó de pensar en el asunto y toda la tinta gastada antaño en defender nuestros derechos hasta el paralelo 23 empezó a palidecer, entre el polvo de los archivos y en el olvido de las bibliotecas.

Pero, llegó la guerra europea y, mientras Chile permanecía neutral, Bolivia rompió en 1917, sus relaciones diplomáticas con Alemania.

Al sentirse, siquiera fuera nominalmente, dentro del grupo de los Aliados, la idea de obtener una salida al mar, bajo el amparo de los principios invocados por los países que luchaban contra el imperialismo germánico, cruzó de nuevo por la mente de Bolivia. El general Montes, el primero de sus estadistas, no pensó en Antofagasta. Comprendía el absurdo que significaría pretender la conquista de una provincia chilena, produciendo la solución de continuidad en nuestro territorio. Dirigió, pues, su inteligente mirada hacia Arica o algunas de las caletas de más al norte, reanudando una gestión ya iniciada por él en Santiago poco antes de asumir por segunda vez la Presidencia. El Gobierno del señor Gutiérrez Guerra siguió las negociaciones, más o menos o en el terreno escogido por el general Montes.

El partido republicano y sus prohombres levantaron bandera contra esta política, proclamando que Bolivia debía reivindicar su antiguo litoral de Antofagasta: el doctor Escalier, candidato derrotado a la Presidencia; el señor Villazón, ex-Presidente y ex-plenipotenciario en Argentina; don Juan Manuel Sainz, ex-millonario, arruinado en la Bolsa de Santiago especulando con Llallaguas y, con este curioso motivo, gran enemigo de Chile; el caudillo don Bautista Saavedra, desterrado en el Perú; don José Carrasco, Ministro en el Brasil. Todos erigieron la reconquista de Antofagasta en bandera y enarbolándola, derribaron al Presidente Gutiérrez y al partido liberal del general Montes. Y hé aquí al señor Saavedra convertido en Presidente de hecho; al señor Escalier en Ministro de Relaciones; al señor Villazón en agente confidencial en Buenos Aires y al señor Sainz ministro en Lima; al señor Carrasco en consejero del Gobierno. Todos son reivindicacionistas, todos son enemigos de Chile, todos conspiran o conspirarán con el Perú en nuestro daño.

Ha llegado, pues, el momento de que los chilenos recordemos lo que habíamos echado al olvido después del tratado de 1904—los tratados, ya se ha visto, son pedazos de papel—que refresquemos nuestra historia, y leamos en ella que Antofagasta fué siempre nuestra, porque nuestros títulos sobre estos territorios se remontan a los siglos de la Colonia; porque todo

lo que existió aquí antes de 1879, tierra, puertos, poblaciones, riquezas, industrias, había sido descubierto, fundado, poblado y explotado por energías, brazos y capitales chilenos.

Es necesario que, a la luz de los hechos históricos, la palabra reivindicación repetida por los nuevos gobernantes bolivianos, adquiriera ante la conciencia del mundo civilizado su verdadero y brutal significado: agresión, conquista, mutilación territorial de Chile.

Al recoger, ordenar y sintetizar los datos, cifras y documentos que, atrasados o fragmentados, yacen en libros, folletos y periódicos, creo efectuar una labor de vulgarización que puede ser interesante y contribuir a fijar el alcance de una cuestión de actualidad.

**El despoblado de Atacama.**—Durante todo el período del dominio español en América, el desierto conocido con el nombre de Despoblado de Atacama fué considerado como región inhabitable y sin utilidad alguna para las Colonias del Rey.

No hubo en esta extensa región, ni poblaciones ni tráfico.

Era, como dice Vicuña Mackenna, «el país silencioso, de la muerte, sin agua, sin verdura, sin vestigio de vida orgánica, ni siquiera en el insecto bajo el seco guijarro; era esta comarca la imagen tenebrosa del caos.»

Llegó la época de la Independencia, empezó la vida libre de las nuevas Repúblicas y el desierto continuó siendo lo que había sido durante siglos: tierra estéril, hostil al hombre, negada a toda explotación industrial o agrícola. Apenas algunos grupos de indios changos, originarios de la caleta del Papos, vivían dispersos a lo largo de la costa, alimentándose de la pesca, y en el mas embrionario estado de civilización.

Papos, situado inmediatamente al sur del paralelo 25, fué durante mucho tiempo el único punto en la costa del Desierto que, con sus dos o tres chozas miserables, tenía la vaga apariencia de una población.

Poco a poco, sin embargo, los descubrimientos mineros al norte de Copiapó fueron abriendo nuevos horizontes al genio aventurero de los chilenos, que empezaron a mirar mas allá y a penetrar, cada vez con mayor osadía, en el desierto. El descubrimiento de Chañarcillo — Mayo de 1832 — despertó en el

país una violenta fiebre minera. El espacio de que dispongo y la índole misma de este trabajo, no me permiten referirme sino de pasada a esta verdadera revolución económica e industrial que hizo en pocos años de la antigua y pobre Colonia de Chile un país próspero y le permitió aglomerar capitales que mas tarde habrían de invertirse, con tenaz y convencida audacia, en los grandes negocios salitreros y mineros de Antofagasta. El cobre del Tamaya, de la Brillador, de la Gran Corrida de Carrizal Alto; la plata de Tres Puntas, Florida, Chañarcillo y tantos otros asientos mineros de Atacama, habían de ser como los prolegómenos del salitre de Antofagasta.

**Tarapacá.**— Para comprender mejor la disputa chileno-boliviana acerca de la posesión de algunos grados geográficos del Despoblado de Atacama, es necesario echar una rápida mirada sobre la provincia peruana de Tarapacá, separada de aquél por el río Loa.

Tarapacá distaba mucho de ser un desierto. Una numerosa población indígena se estableció en su territorio desde los tiempos de la dominación incáica, gracias a que la presencia de agua en relativa abundancia, facilitaba la vida y permitía la vegetación en diversos y amables parajes del interior. Los indios explotaban allí el guano y aún en pequeñas cantidades el salitre.

Pocos años después de la independencia, la industria del guano, que abundaba en Tarapacá, desde Camarones al Loa, empezó a tomar vastas proporciones, y al cabo de algunos años daba fuertes ingresos al erario público del Perú. Simultáneamente, el salitre comenzaba a explotarse comercialmente, aunque en escala inferior, y en 1830 se hacía la primera exportación.

El auge del guano en Tarapacá hizo que Chile mirara hacia su litoral del norte y se interesara en saber si había covaderas explotables en esa región. Poco después de 1840 comienzan a llegar las primeras expediciones que avanzan hacia el morro de Mejillones, playa desierta entonces, y encuentran depósitos de guano, si bien en cantidades y calidades inferiores a los de Tarapacá.

Antes de esa época, pues, nadie tenía el menor interés en el Despoblado de Atacama, y el camino del Inca, que lo cruzaba longitudinalmente de un extremo a otro, permanecía solitario.

**El esfuerzo chileno.**—Desde 1840, el esfuerzo chileno empieza a aplicarse con gradual tenacidad en esta zona que después debía llamarse Antofagasta. Barcos nacionales cargan guano en Mejillones y otros parajes; cateadores chilenos, en número cada vez mayor, se aventuran audazmente en el desierto y, tomando como base de operaciones las aguadas de la costa, van hacia el interior, tratando de arrancar a la esfinge su secreto. Poco a poco, surgen, aislados y tímidos, los primeros descubrimientos mineros y empiezan a establecerse pequeñas explotaciones de cobre, plomo y otras sustancias, que luego se formalizan en Mejillones y Coloso. Mas al sur, en El Cobre, Taltal y Paposo, la explotación industrial se encuentra ya en pleno auge. El desierto, así atacado, no puede esconder por más tiempo sus tesoros.

Todo esto es obra de chilenos: el esfuerzo temerario, que desafía todas las penurias—hambre, sed, frío y desamparo—en largos viajes de exploración por el desierto; la fé inquebrantable, que no desmaya ante repetidos fracasos, esperando el momento del éxito; la largueza para comprometer ahorros y capitales, grandes y pequeños, en empresas aventuradas e inversiones fantásticas. Es todo el genio de la raza, con sus cualidades y sus defectos, el que despliega sus alas sobre el despoblado de Atacama. ¡Son los avatares de Chile que confirman su soberanía sobre estos territorios, teatro futuro de sus hazañas pacíficas, de sus glorias guerreras, de todo lo que constituye el patrimonio inmortal de los chilenos! (1).

Vamos a entrar en la faz decisiva del desenvolvimiento de Antofagasta y el nombre de Bolivia no aparece. Los caminos del desierto no han visto pasar otros bolivianos que uno que

---

(1) Uno que otro extranjero penetra, también, en el desierto, asociándose a nuestros esfuerzos. Tal el caso de un ingeniero francés don Domingo Latrille, que, ya en 1857, señalaba la presencia de caliche en el Sal del Carmen y trasmítala el dato a don José Santos Ossa, fundador de la industria salitrera en Antofagasta. Pero éstas son las excepciones que confirman la regla. Y más la ratifican si consideramos que los descendientes de esos extranjeros, incorporados a la nacionalidad chilena, han seguido siendo lo que fueron sus abuelos: tenaces exploradores del norte.

otro funcionario, enviado desde lejos a contemplar el trabajo chileno, cabeza de proceso para una protesta diplomática en Santiago. Toda la actividad de Bolivia se concentra en Cobija, antiguo refugio de pescadores changos convertido en pueblo en 1829, por un grupo de oficiales españoles que, huyendo del Perú, donde acababa de hundirse la dominación del Virrey, llegaron a refugiarse en ese paraje, situado al norte del paralelo 23. Los descubrimientos mineros efectuados en los alrededores y la subsiguiente explotación industrial, hicieron de Cobija un pueblo, hasta el cual llegó también el espíritu de empresa de los chilenos...y el funcionarismo boliviano, que envió allí autoridades que fueran testigos de los esfuerzos de chilenos y extranjeros. Andando el tiempo, Cobija fué un puerto de tránsito comercial a Bolivia, y cuando, en 1877, una salida de mar destruyó a Cobija, el asiento oficial de las autoridades bolivianas en el litoral se trasladó a Mejillones, que se encontraba ya en territorio de aquel país, en virtud del tratado de 1866, según lo veremos más adelante. A raíz de este tratado, en 1867, Bolivia había decretado oficialmente la habilitación de Mejillones como puerto principal, dependiente empero de Cobija. Mejillones, excuso decirlo, era chileno por los cuatro costados.

**Fundación de Antofagasta.—La compañía de salitres.—El mineral de Caracoles.** En 1866, don José Santos Ossa, ilustre minero y explorador chileno, ubicó los yacimientos de caliche de Salar del Carmen, nueve leguas al interior del actual puerto de Antofagasta, y, asociado a don Francisco Puelma, otro venerable chileno, estableció, mediante sucesivas concesiones del Gobierno de Bolivia, la empresa salitrera que hoy se llama Compañía de Salitres de Antofagasta, sucesora de la compañía Exploradora del desierto de Atacama y de los señores Melbourne, Clark & Cía.

Obtenidos los capitales necesarios para iniciar los negocios, don José Santos Ossa llegó en 1868 a la bahía de la Chimba y se instaló en la caleta de Peña Blanca, donde en esa época se alzaba solitaria la carpa del chango Juan López.

La primera piedra de la ciudad de Antofagasta quedaba colocada por chilenos, que venían a establecer una industria chi-

lena en territorio que siempre había sido chileno y que sólo habíamos cedido en nombre de ideales de fraternidad que habían de resultarnos muy caros.

El fundador de Antofagasta quiso señalar la ubicación del futuro puerto e hizo trazar, como dice elocuentemente Vicuña Mackenna, en las pardas laderas de los cerros, una enorme ancla blanca, faro apagado del desierto, que todavía permanece allí, sobre la vasta ciudad trepidante, como un recuerdo y como una enseñanza.

Desde entonces, alrededor del establecimiento de la Compañía de Salitres, levantado en terrenos que adquirió en subasta pública en 1869 y merced a la elaboración de salitre iniciada en Salar del Carmen (1871) y en el mismo puerto (1877), fué creciendo y tomando vida el modesto caserío de Peña Blanca.

Paralelamente, otro esfuerzo chileno en el desierto era coronado también por el éxito: el 23 de Marzo de 1870, el explorador don José Díaz Gana, a la cabeza de un grupo de cateadores, chilenos como él, descubría el fabuloso mineral de plata de Caracoles, que debía dar en diez años alrededor de trescientos millones de pesos de 48 peniques.

Un vértigo de progreso estremeció a Antofagasta. En 1873, dieciocho mil chilenos vivían en Caracoles, donde se invertían quince millones de pesos de capital chileno, que compraban a los escasos poseedores extranjeros sus derechos sobre algunas barras. La placilla del mineral se convertía en un pueblo; en la huella de Antofagasta a Caracoles había mil quinientas carretas, con cinco a seis mulas cada una; toda la región cobraba vida bajo la mágica varilla del trabajo chileno.

¿Y Bolivia? ¿De qué modo había colaborado a ésta transformación portentosa? ¿Qué hacía para perfeccionar el título precario que le diera el tratado del 66? ¡Ah! Bolivia afanosamente, jadeando por el esfuerzo, trasladaba desde Mejillones su Prefecto, su notario i su alguacil y enviaba a Caracoles otros tres funcionarios análogos.

Además, el Presidente Melgarejo se dignaba ceder el nombre de una de sus haciendas de la Puna de Atacama para rebautizar a la Caleta de Peña Blanca: Antofagasta.

Realizadas tan rudas labores, el Gobierno boliviano reposó.

El crecimiento de la población obligó al Prefecto de Antofagasta a convocar, el 25 de Enero de 1872, a una reunión de vecinos, en la cual declaró a nombre del Gobierno que «en vista de los muchos desórdenes y crímenes cometidos desde algún tiempo atrás y no teniendo fuerza suficiente para guardar el orden, pedía se le eligiera un cuerpo de ayudantes municipales con facultades para imponer contribuciones, mantener la fuerza pública y hacer todos los gastos que exigiera el orden, con facultades para enjuiciar y sentenciar reos y hacer ejecutar sus fallos».

De este modo nació el primer municipio boliviano de Antofagasta, que fué constituido por nueve miembros, de los cuales seis eran chilenos, dos alemanes y uno inglés. Boliviano no había uno solo.

El mismo día se estableció una guardia de orden, formada por vecinos armados y compuesta de cuatro chilenos, un portugués y un boliviano.

Así, pues, el Gobierno de Bolivia confesaba oficialmente su impotencia para dar garantías y mantener el orden público en Antofagasta y entregaba el cumplimiento de este deber fundamental a una junta de vecinos chilenos y uno que otro extranjero.

Todo, hasta la policía, era chileno en Antofagasta durante los fugaces años de la soberanía boliviana.

**El pleito de límites.—Títulos de Chile sobre el despoblado de Atacama.**—Hemos visto cómo el antiguo despoblado de Atacama era ya desde la mitad del siglo XIX, chileno por los descubrimientos, por el trabajo y por los capitales empleados en darle vida, como su población era chilena y como no había de Bolivia sino la autoridad nominal.

No ménos interesante es estudiar, a la luz de los documentos históricos, los títulos legales de Chile sobre el Despoblado, y el pleito de límites surgido con Bolivia en 1843, a raíz de la ley chilena que declaró propiedad de la República las covaderas ubicadas al sur del paralelo 23 (Mejillones).

Almagro, el descubridor de Chile, fué también el descubridor del Despoblado, territorio que siempre estuvo unido a

nuestro país y fué utilizado exclusivamente por los conquistadores y vecinos de Chile. (1)

Son innumerables los documentos sacados del archivo colonial de España, que demuestran hasta la evidencia que el Desierto de Atacama formó parte de la Capitanía general de Chile y estuvo bajo la jurisdicción de sus autoridades.

La falta de espacio sólo me permite citar algunos.

La carta geográfica trazada por los capitanes Alejandro Maspina y José Bustamante, por los años de 1790, lo fué de orden del Gobierno español, que envió a dichos marinos, a bordo de los buques «Descubierta» y «Atrevida», en misión científica con dicho objeto. (2)

Por consiguiente, esa carta geográfica es un documento oficial, hecho con documentos oficiales. Pues bien: la «Carta esférica de las costas del reino de Chile», fija como límite norte de Chile el paralelo 22, al norte de Tocopilla.

Al entregar el mando a don Ambrosio O'Higgins, el Virrey del Perú, don Francisco Gil de Taboada y Lemos, le dice en memoria fechada en 1796: «El Perú comprende desde la ensenada de Tumbes hasta el río Loa... Confina por el sur con el reino de Chile». (3)

En otras palabras, Chile confinaba con el Perú, del cual lo separaba el río Loa. (Paralelo 21°—26.)

Cada vez que el Gobierno español se refería a las costas del Pacífico, las atribuía invariablemente a Chile y al Perú; nunca a la provincia de Charcas, hoy Bolivia, cuyo litoral no mencio-

(1) Miguel Luis Amunátegui.—La cuestión de límites entre Chile y Bolivia», Santiago, 1863.

(2) He aquí la credencial de los citados marinos. Teniendo el rey presente que en los archivos que fueron de la extinguida Compañía de Indias podrá encontrar el capitán de fragata don Alejandro Maspina documentos muy conducentes para los fines del viaje que de orden de S. M. va a emprender alrededor del mundo, se ha dignado arbitrar se le franquéen los de los puertos adonde arribare, y se le permita sacar copias de sólo aquellos papeles que tengan relación con los objetos de su empresa, quedando siempre los originales en los archivos donde se custodian, sin que puedan sustraerse con ningún motivo. Lo participo a V. S. de Real Orden para que desde luego dé disposiciones a su puntual cumplimiento. Dios guarde a V. S. muchos años.—Madrid, a 5 de Febrero de 1789.—Antonio Porlier.—Señor Presidente de Chile». (Citado por D. Luis Orrego Luco.—«Los problemas internacionales de Chile.—La Cuestión boliviana».—Santiago, 1900).

(3) Orrego Luco.—Loc. cit.

nó jamás. Hé aquí una nota, entre muchas, dirigida al Presidente don Ambrosio O'Higgins:

«Por el oficio de 8 de Octubre, núm. 453, se ha enterado el Rey de las disposiciones que US. ha tomado para asegurar ese reino... El almirante Hughes, que salió de Inglaterra por Marzo del año pasado con ocho navíos de línea, llevaba orden de atacar las costas de ese reino y el del Perú...—Dios guarde a US. El Pardo, 15 de Marzo de 1780.—José de Galvez. Señor Presidente de Chile».

La única caleta de la región habitada durante la colonia era la de Paposo, situada entre las actuales poblaciones de Antofagasta y Taltal. Que Paposo era chileno lo prueba el documento siguiente:

«En despacho de este día ha nombrado el rey, a consulta del Consejo de Indias, al misionero apostólico don Rafael Andreu y Guerrero, obispo auxiliar de la diócesis de Charcas, Santiago de Chile, Arequipa i Córdoba del Tucumán, con residencia ordinaria en los puertos y caletas de San Nicolás y nuestra señora del Paposo, perteneciente a la segunda...—Aranjuez, 26 de Junio de 1803.—Soler.—Señor Presidente de Chile». (1).

No sólo Paposo; también la región de Cobija estaba adscrita a Chile, como lo demuestra la comunicación que copiamos enseguida:

«Por la carta de U.S. de 11 Noviembre inmediato y diligencias que acompaña, me he enterado de la novedad comunicada por Francisco Zuleta, sobre haberse divisado una embarcación cerca de la costa del Paposo y de Cobija, adonde se acercó su lancha a tierra y hay puesto resguardo por si llegaren algunas de estas naves que se discurren ser inglesas... Dios guarde a U.S. muchos años.—Santiago, 16 de Diciembre de 1789.—Ambrosio O'Higgins de Vallenar.—Señor Subdelegado del partido de Copiapó». (2)

En plena época colonial, por consiguiente, el subdelegado de Copiapó ejercía jurisdicción y vigilancia sobre la región de Co-

(1) Orrego Luco.—Loc. cit.

(2) Orrego Luco.—Loc. cit.

bija, situada en el extremo norte del Despoblado de Atacama.

Llegaron las guerras de la Independencia y nadie dió en estas Repúblicas importancia a una región desierta e inhospitatoria, ni a determinar quien debía ejercer soberanía sobre ella en virtud del principio general que se llamó el *Uti possidetis* de 1810. Recién en 1842, el Presidente Bulnes presentó al Congreso un mensaje manifestando que había juzgado necesario «mandar una comisión exploradora a examinar el litoral comprendido entre el puerto de Coquimbo y el morro de Mejillones con el fin de descubrir si en el territorio de la República existían algunas Guaneras...

«Muy distantes de presumir, después del reconocimiento practicado, que las guaneras de Chile tenga la importancia atribuida a las del Perú... etc.» (1)

Esta afirmación solemne de los derechos chilenos por lo menos hasta el paralelo 23, fué corroborada por una ley de la República que declaraba propiedad nacional las covaderas situadas al sur de ese paralelo.

Bolivia protestó al año siguiente, alegando derechos sobre el desierto hasta el paralelo 26, límite actual de la provincia de Atacama; y durante veinte años siguió una controversia diplomática plagada de conflictos de jurisdicción entre las autoridades de ambos países.

Chile siguió ejerciendo, de hecho, la soberanía en el desierto.

Por ejemplo: Bolivia reclamó porque el buque chileno «Martina» cargó guano en Mejillones. Nuestro Ministro de Relaciones, don Manuel Camilo Vial, contestó: «El bergantin Martina ha hecho la explotación de guano en el territorio de la República» (2).

Durante todo ese período, el Gobierno de Chile mantuvo invariablemente la buena doctrina. En la Memoria de Relaciones Exteriores de 1845, siendo Sub-Secretario de ese departamento el sabio don Andrés Bello, de reputación americana, se lee: «...No sólo, pues, según aparece de documentos auténticos, pertenece a Chile la bahía de Nuestra Señora (Paposo) sino la

(1) Gonzalo Bulnes.—«Guerra del Pacífico», Tomo I, Santiago, 1912.

(2) Bulnes.—Loc. cit.

babía de Mejillones y Cobija, y, en una palabra, toda la costa hasta la desembocadura del Loa».

Y don Miguel Luis Amunátegui, dilucidando majistralmente el tema, dijo: «Chile tiene títulos para poseer todo el desierto. La que no los tiene, ni aún para ocupar Cobija, es Bolivia. Así, el hecho de tener usurpado este puerto no puede autorizar para ensanchar los límites de la usurpación, desposeyendo a Chile que tiene título de soberanía de toda la comarca». (1).

### **El tratado de 1866.—Generosa debilidad de Chile.—**

Llegó el año 1865 y se produjo el conflicto entre el Perú y España, llamado de las Islas Chinchas. Chile, llevado de un impulso de idealismo americanista, hizo causa común con el Perú. Era el momento de invocar su fraternal espíritu de conciliación. Bolivia lo comprendió así y propuso la solución transaccional que, aceptada por Chile, se formalizó en el Tratado de 1866, cuyas cláusulas esenciales eran:

1.º) El límite internacional será en adelante el paralelo 24.

2.º) Los derechos de exportación de guano y minerales de la zona comprendida entre los grados 23 y 25 se partirán por mitad entre Chile i Bolivia.

3.º) Chile tendrá derecho a nombrar funcionarios que intervengan en la contabilidad aduanera de la zona boliviana. En caso de que Chile estableciera aduanas entre los grados 24 y 25, Bolivia tendría igual derecho.

4.º) Para fijar el monto de los derechos de exportación sobre los minerales se requiere acuerdo entre los Gobiernos de Chile y Bolivia».

Este Tratado, fruto de una generosa debilidad de Chile, dió a Bolivia la soberanía condicional sobre Antofagasta. No era un título perfecto de dominio. Chile no renunciaba a sus claros derechos sino en cambio de garantías tales para sus industrias en estos territorios, que los derechos de exportación no podían modificarse sin su acuerdo y se le daban amplias facultades de intervención aduanera.

La ambición boliviana, a raíz del tratado, siguió creciendo desmesuradamente.

(1) Amunátegui.—Loc. cit.

Poco después se estableció la Compañía de Salitres de Antofagasta (1) y se descubrió el tesoro de Caracoles; todo situado en el territorio sujeto a medianería (paralelos 23-24). Un motín militar derrocó a Melgarejo y sus actos fueron anulados por el Gobierno siguiente.

El tratado de 1866 quedaba, pues, denunciado, porque a Bolivia no le bastaban ya las ventajas que dicho pacto le concedía.

**El tratado de 1874.—El pacto secreto Perú-boliviano.**—Lógicamente, renacían los derechos de Chile hasta el paralelo 23. Nuestro país pudo y debió ocupar Antofagasta. Prefirió extremar sus demostraciones de amor a la paz y a los ideales americanos, y después de largas gestiones, no siempre satisfactorias para la dignidad nacional, se llegó al Tratado de 1874.

Como en 1866, el límite siguió siendo el paralelo 24, pero dejó de haber participación aduanera.

Era una nueva concesión de Chile, a cambio del compromiso por parte de Bolivia de no aumentar durante 25 años las contribuciones a las industrias chilenas. (2) Por este plato de lentejas abandonábamos la soberanía de Antofagasta, sacada del caos por un prodigio de energía y clarividencia nacionales.

El Perú, entretanto, intrigaba en la sombra. Hasta 1870 no había creído posible la explotación industrial del salitre en Antofagasta. El auge de nuestra industria era fatal para el monopolio fiscal del salitre peruano de Tarapacá.

La liberación de derechos permitía a la Compañía de Antofagasta luchar, con sus caliches de baja ley, contra los ricos terrenos de Tarapacá.

Desde ese momento, el Perú, amenazado en sus finanzas, empezó a incitar a Bolivia para que rompiera todos sus arreglos con Chile.

En 1873 se firmaba el famoso pacto secreto Perú-boliviano, cuya última finalidad era obtener la caducidad de todos los de-

(1) La llamamos con su nombre actual.

(2) «Art. 4.º del Tratado: Los derechos de exportación que se impongan sobre los minerales explotados en las zonas de que hablan los artículos precedentes (paralelos 23 y 24) no excederán la cuota que actualmente se cobra: y las personas, industrias y capitales chilenos no quedarán sujetos a mas contribuciones, de cualquiera clase que sean, que a las que al presente existen. La estipulación contenida en este artículo durará por el término de 25 años».

rechos de Chile en el desierto de Atacama. La llegada al país de los dos blindados adquiridos por la previsión patriótica del Presidente Errázuriz, desbarató momentáneamente estos manejos y Bolivia firmó el tratado de 1874. El pacto secreto, sin embargo, quedaba en pie.

**La guerra.**—En 1878, en los momentos en que la situación financiera del Perú era mas aflictiva por el agotamiento de sus guanos y la competencia ruinosa del salitre de Antofagasta, el Congreso de Bolivia dictó la ley siguiente: «Se aprueba la transacción celebrada por el Ejecutivo en 27 de Noviembre de 1873 con el apoderado de la Compañía Anónima de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, a condición de hacer efectivo como mínimum un impuesto de diez centavos en quintal exportado».

El Gobierno de Chile entabló reclamación contra esta ley que violaba la disposición clara y terminante del tratado del 74. El Gobierno de Bolivia contestó con evasivas, primero; pretendiendo, después, asimilar la dificultad a un asunto de orden interno boliviano, que no afectaba al tratado del 74. La discusión rodó, así, penosamente, durante un año.

Por fin, a principios del 79, Bolivia dispuso que se hicieran efectivo el pago del impuesto y el Prefecto de Antofagasta, en diligencias sucesivas, notificó a la Compañía de Salitres para el pago de 90,000 bolivianos, decretó el embargo sobre sus propiedades y ordenó la prisión del Administrador de la Empresa en calidad de deudor moroso.

Chile había pedido que, conforme al Tratado, se sometiera el asunto al arbitraje y, mientras tanto se mantuviera el statu quo. (1).

Bolivia aceptaba en principio el arbitraje pero no suspendía sus medidas contra la Compañía. (2).

---

(1) «...Chile está dispuesto a discutir esta cuestión, y a someterla en último término al fallo de un árbitro, tal como está previsto en el tratado de 1874; pero para ello exige que Bolivia no resuelva por sí sola la cuestión... Usted procurará obtener del Prefecto de ese departamento que difiera el cobro del impuesto sólo el tiempo necesario para que vuelva la contestación que el Gobierno de Bolivia habrá de dar a la demanda de Chile».—Nota enviada el 3 de Enero de 1879, por el Ministro de Relaciones, don Alejandro Fierro, al Cónsul de Chile en Antofagasta.

(2) «En cumplimiento de sus instrucciones he dado todos los pasos en el sentido que Ud. me indica ante la autoridad, y todo ha sido infructuoso. Hoy procederán al embargo del establecimiento». Respuestas del Cónsul Reyes al Ministro de Relaciones. Por telégrafo desde Caldera, el 12 de Enero.

Su alianza secreta con el Perú la precipitaba fatalmente hacia la ruptura. El remate público de los bienes de la Compañía se fijó para el 14 de Febrero de 1879. (1). La suerte estaba echada; los dados de bronce de la guerra iban a decidir. El 12 de Febrero, el Encargado de Negocios de Chile en La Paz, don Pedro N. Videla, pedía sus pasaportes y enviaba la nota siguiente:

«Roto el tratado de 6 de Agosto de 1874 porque Bolivia no ha dado cumplimiento a las obligaciones en él estipuladas, renacen para Chile los derechos que lejitimamente hacía valer antes del tratado de 1866 sobre el territorio a que ese tratado se refiere.

«En consecuencia, el Gobierno de Chile ejercerá todos aquellos actos que estime necesarios para la defensa de sus derechos y el Gobierno de Bolivia no debe ver en ellos sino el resultado lógico del rompimiento que ha provocado y de su negativa reiterada para buscar una solución justa e igualmente honrosa para ambos países.»

He aquí, felizmente sintetizada, la buena doctrina chilena,

---

(1) «He fregado a los gringos», escribía con exquisita cultura el Presidente boliviano Daza a su Prefecto en Antofagasta.—«Espero que Chile no intervendrá pero si nos declara la guerra podemos contar con el apoyo del Perú a quien exigiremos el cumplimiento del Tratado Secreto».

El Presidente Daza creía fregar a los gringos porque el administrador de la Compañía de Salitres, don Jorge Hicks, era súbdito británico. Que el señor Hicks era chileno por los sentimientos y por la claridad de su redacción en castellano, lo prueba la carta siguiente, dirigida al Cónsul boliviano en Iquique:

«Antofagasta, Marzo 19 de 1879.—El vapor de ayer me trajo su nota y oficio pidiéndome datos respecto a un rumor que circula en Iquique sobre que yo he asegurado en un banquete que el señor general Manuel Othon Jofré suspendió la ejecución de la ley que ordenaba el impuesto de diez centavos... por haberlo nada menos que comprado por diez mil libras esterlinas...

«...Me admira sobre manera ver una autoridad boliviana haciendo uso de su sello para autorizar chismes de tan baja ley... Los paisanos de usted actualmente en Iquique, y que por tantos años se ocuparon aquí de bribonadas y de prostituir la justicia y leyes de su país, son los que mejor pueden a usted asegurar que los gringos prefieren fregarse (fórmula de su Presidente) a comprar a las autoridades...

«Déjese usted, señor vice-cónsul, de estos cuiquismos en momentos tan serios y en lugar de chismear a sus primeros mandatarios, póngase la espada y venga para acá donde usted verá que no estamos ocupados de banquetes ni brindis.—De usted su seguro servidor.—Jorge Hicks».

la que prevaleció hasta 1866; la que volvió a imperar en 1879; la que nunca debimos echar en olvido.

El 14 de Febrero, Antofagasta es ocupado militarmente por Chile. Ese día desaparece la sombra de soberanía boliviana sobre Antofagasta. Se va el prefecto, se va el notario, se va el alguacil. La población, exclusivamente chilena, recibe alborozada a sus libertadores. El dominio de Bolivia, ejercido condicionalmente desde 1866 hasta 1871, renovado desde 1874 hasta 1879, terminaba por su propia y deliberada violación del tratado que constituía su único título de dominio.

La guerra, el inmenso esfuerzo nacional que nos trajo la victoria, perfeccionó para siempre los derechos de Chile. No era una guerra de conquista, sino de defensa y de reivindicación de nuestros derechos ultrajados. Vino a cerrar gloriosamente el círculo que en torno al Despoblado de Atacama habían trazado ya los exploradores, los obreros, los capitalistas, el pueblo todo de Chile, que hallara en el desierto, campo apropiado para desplegar las ciclópeas energías de la raza.

**El pacto de tregua (1884) La Paz (1904).**—Bolivia, aislada en la altiplanicie, contempló impotente, después del desastre del Campo de la Alianza, el derrumbamiento del poder militar y naval del Perú, el dudoso amigo que le soplara al oído la idea fatal de agredirnos.

Cuando todo estuvo terminado, cuando la soberanía chilena se había extendido hasta Tacna, confirmada por el tratado de Ancón, Bolivia firmó con Chile el Pacto de Tregua de 1884 (1), cuyo artículo 2.º extipulaba:

«La República de Chile, durante la vigencia de esta tregua, continuará gobernando, con sujeción al régimen político y administrativo que establece la ley chilena, los territorios comprendidos desde el paralelo 23 hasta la desembocadura del río Loa en el Pacífico».

Nótese la importancia transcendental de esta disposición. Bolivia cede indefinidamente a Chile la porción territorial comprendida entre el grado 23 (norte de Mejillones) y el río Loa, o sea, más o menos, el actual departamento de Tocopilla,

---

(1) Firmado el 4 de Abril, ratificado el 24 de Noviembre, promulgado en Chile el 2 de Diciembre de 1884.

dentro de cuyos límites quedaba el puerto de Cobija, antiguo asiento de autoridades bolivianas. Del territorio ubicado al sur del paralelo 23, es decir, el puerto y el departamento de Antofagasta, no se hace mención alguna. ¿Por qué? Porque Bolivia, desvanecido su ensueño bélico, confesaba que todo este territorio había sido siempre chileno y no podía ser materia de cesiones por parte de aquel país.

No se cede sino aquello sobre lo cuál se tiene derechos. Si Bolivia se hubiere creído con títulos sobre Antofagasta, el artículo 2.º del Pacto de Tregua se habría redactado así: «La República de Chile continuará gobernando los territorios comprendidos desde el paralelo 24 hasta la desembocadura del Loa».

Veinte años más tarde se firma el Tratado definitivo de Paz, Amistad y Comercio Chileno-Boliviano (2), cuyo artículo 2.º dice:

«Por el presente Tratado quedan reconocidos del dominio absoluto y perpétuo de Chile los territorios ocupados por éste en virtud del artículo 2.º del Pacto de Tregua de 4 de Abril de 1884».

Nuevamente, pues, a veinte años de distancia, Bolivia confirma su falta de títulos al sur del paralelo 23 y se limita a renunciar los que poseía al norte de dicho paralelo.

Como si esto no bastara, el 15 de Noviembre de 1904, se firma en Santiago una acta aclaratoria que dice: «El Ministro de Relaciones Exteriores, don Luis A. Vergara, expuso: habiendo sido controvertido en ocasiones por el Gobierno de Bolivia el criterio con que Chile ha considerado invariablemente la situación de los territorios que se encuentran entre los paralelos 23 y 24, consideraba oportuno dejar claramente establecido que el Gobierno de Bolivia reconoce el dominio absoluto y perpetuo de Chile en estos últimos territorios...»

«El señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia, don Alberto Gutiérrez (2), respondió que, debi-

(1) Firmado el 24 de Octubre de 1904, ratificado el 10 de Marzo de 1905, promulgado en Chile el 21 de Marzo de ese año.

(2) El señor Gutiérrez es, se dice, un entusiasta reivindicacionista.  
*Risum teneatis, amici?*

damente autorizado por su Gobierno, no tenía inconveniente en hacer la declaración pedida... esto es, que el Gobierno de Bolivia reconoce el dominio absoluto y perpetuo de Chile en el territorio situado entre los paralelos 23 y 24...»

¡Y después de esto, hay todavía bolivianos, a quienes los azares de la revolución han llevado al poder, que hablan de la reivindicación de Antofagasta por Bolivia! Y no se ruborizan!

**La teoría del puerto obligatorio.**—El anhelo boliviano de tener un puerto en el Pacífico, es antiguo; data, aunque parezca paradoja decirlo, de la época en que Bolivia poseía el litoral de Cobija.

En 1845, recién iniciada la disputa de límites con Chile, ya Bolivia alegaba derechos sobre Tacna y Arica y solicitaba el auxilio de Chile para arrancar esos territorios al Perú. He aquí lo que entonces decía a la Cancillería de Santiago el agente diplomático boliviano (1):

«Cuando el Alto Perú, hoy Bolivia, se constituyó en Estado independiente, en 1825, las provincias de Tacna y Arica y demás que forman el Litoral de Bolivia sobre el Pacífico, manifestaron por medio de una acta solemne su voluntad de pertenecer a la nueva República...» Explica en seguida por qué estos deseos no se realizaron y añade: «..Bolivia, llena de artículos nobles, de codiciada extracción, los tiene estancados por falta de un puerto propio para su salida, ocupado todo su litoral sobre el Pacífico por el Gobierno peruano.

«Los pueblos de Tacna y Arica, sin vínculos, sin relaciones y sin comercio con el resto del Perú... están más bien, esclavizados que unidos a la autoridad política peruana... Existen reclamaciones de límites entre Chile y Bolivia, y aunque el Gobierno de esta última República está dispuesto a ceder a la primera las guaneras que reclama y aún las del norte de Cobija, es para el indispensable caso que le proporcione la adquisición de la costa de Arica...»

No necesito insistir acerca del valor de estas espontáneas y enjundiosas declaraciones, por las cuales Bolivia denuncia el estado de esclavitud en que tenía el Perú a las lloradas cauti-

---

(1) Memorandum del Encargado de Negocios de Bolivia en Chile, señor Aguirre, fechado el 14 de Octubre de 1845.

vas de hoy; proclama sus derechos sobre Tacna y Arica; acusa al Perú de detentarle todo su litoral e invita a Chile a arrojar de allí al usurpador, ofreciéndole, en cambio, los guanos de Tarapacá.

Chile rehusó embarcarse en esta aventura, a pesar de que sus ejércitos acababan de ganar la batalla de Yungay y de recorrer el Perú a paso de vencedores. Bolivia siguió haciendo todo su tráfico comercial por las vías de Arica y Arequipa-Mollendo, sin que pensara en utilizar el litoral de Atacama para crearse un puerto propio, porque sobradamente sabía que este quedaría fuera de su zona natural de atracción. Aún el mismo puerto de Cobija se hallaba desorbitado y siempre llevó una vida lánguida, sirviendo sólo a las provincias de más al sur.

Hay otro documento oficial que lo reconoce también elocuentemente:

«La decadencia de Bolivia—dice—en el camino del progreso, se debe, en gran parte, a la única causa de no haber tenido amplia y libre comunicación con el mundo civilizado, ora por los obstáculos enunciados (trabas aduaneras) ora por su situación geográfica.

«Aun en la época en que se hallaba en posesión de su litoral, a causa del extenso desierto que le separaba hasta la costa, tuvo que buscar otras vías de tránsito, celebrando tratados y haciendo concesiones de todo género. (1)»

No tiene, pues, la culpa Chile del aislamiento mediterráneo de Bolivia, ya que aun cuando ésta se hallaba en posesión del litoral, hubo de buscar otras vías de tránsito—(2), debido a su situación geográfica y al extenso desierto que la separa de la costa.

Sin embargo, cuando a la zaga de Estados Unidos, Bolivia rompió sus relaciones con Alemania y le hizo la guerra en el papel, creyó que al amparo de los altos principios invocados por los Aliados, podría obtener un puerto en el Pacífico. La teoría del puerto obligatorio resucitaba.

---

(1) Nota del Gobierno de Bolivia al Ministro de Chile en La Paz, fecha 15 de Octubre de 1900, publicada en el diario oficial de aquel país.

(2) Léase Mollendo y Arica.

La fatalidad geográfica que hizo de Bolivia una nación mediterránea, no puede ser modificada por la sola voluntad de Chile ni siquiera por la voluntad combinada del mundo entero. La falta de costa propia no es un factor de atraso para un país. El ejemplo de Suiza es elocuente. Tocante a Bolivia, Chile ha demostrado la solicitud de un buen padre de familia para facilitar e impulsar su progreso. En virtud del tratado de 1904, le entregó £ 300,000, en efectivo, y tomó sobre sí diversas obligaciones bolivianas por un total de \$ 6.500,000, oro de 18 d; le reconoció a perpetuidad el más amplio y libre derecho de tránsito comercial por su territorio y puertos del Pacífico; construyó a sus expensas el Ferrocarril de Arica a La Paz, cuya sección boliviana pasará a ser propiedad de Bolivia en pocos años más; y contrajo el compromiso de pagar las obligaciones en que pudiera incurrir Bolivia por garantías hasta de 5% sobre los capitales que se inviertan en la construcción de los siguientes ferrocarriles interiores bolivianos: Uyuni a Potosí; Oruro a La Paz; Oruro, por Cochabambá, a Santa Cruz; de La Paz a la región del Beni; y de Potosí, por Sucre y Lagunillas, a Santa Cruz (1). Este último compromiso puede significar para Chile el desembolso de unos treinta y cinco millones de pesos. Todo esto, con el fin de estrechar las relaciones políticas y comerciales de ambas Repúblicas (2).

Es difícil llevar más lejos la generosidad y el buen propósito de un pueblo hacia otro.

Durante quince años, Chile ha cumplido escrupulosamente el Tratado de 1904, pagando las sumas convenidas, construyendo el Ferrocarril de Arica a La Paz y dando a Bolivia facilidades de tránsito comercial tan amplias que difícilmente podría igualar teniendo puerto propio.

Y después de todo esto, una buena mañana, el ejército boliviano derriba al Gobierno que procuraba armonizar su política internacional con los supremos intereses de Chile, y lo reemplaza por hombres que nos odian y no lo ocultan; por estadis-

---

(1) Arts. 3.º, 4.º, 5.º y 6.º del Tratado de Paz, Amistad y Comercio de 1904.

(2) Art. 3.º del Tratado.

tas que proclaman la tésis absurda de la reivindicación de Antofagasta y buscan en la alianza con el Perú un refuerzo contra Chile. ¡El tratado de 1904 ha sido, por lo visto, escrito sobre arena, y los millones de pesos gastados por Chile para cumplir las obligaciones que libremente se impuso, se los ha llevado el mar!

Dejemos, sin embargo, que siga su camino esta funesta política boliviana. Los principios que los aliados inscribieron en el Tratado de Versalles no son un peligro para Chile; amparan por el contrario, la integridad de su territorio.

No es fuerza que todas las naciones tengan costas y en todo caso deben tenerlas dentro de sus órbitas naturales de atracción. Los aliados lo saben bien y lo aplican. Miremos, si nó, el nuevo mapa de Europa: Austria tenía costas; ya no las tiene: Hungría ha quedado como nación mediterránea; Checoslovaquia también. ¿Y qué culpa tenía la antigua Bohemia de lo que hiciera el último Sacro Imperio Germánico? La fatalidad geográfica destruye la teoría del puerto obligatorio.

Los aliados combatieron principalmente por la sanidad de los Tratados. Inglaterra abandonó su aislamiento para mantener el honor de su firma. El principio de las nacionalidades, enarbolado por Estados Unidos, fulgura como una estrella más entre las estrellas de su bandera. Pues bien, si estos principios rigen en el mundo, Chile puede vivir tranquilo.

**Conclusión.**—Tal es, mirado en sus diferentes fases, el asunto que me ha servido para colaborar en el primer número de un diario chileno para el pueblo chileno. Recordemos lo que somos, el origen de nuestra actual prosperidad, todo lo que debemos a la tenacidad genial, a la bravura indómita de las generaciones pasadas, y mantengámonos unidos y compactos para afrontar el enigma del porvenir.

Y si el pueblo boliviano sabe oír nuestras voces rudas, francas y amistosas, entenderá que sólo queremos vivir con él en armonía y paz. «Los pueblos no se aman» dice Bulnes, «los pueblos se vigilan y buscan sus orientaciones en sus intereses permanentes, no en efímeros abrazos». Nosotros hemos dado a Bolivia realidades—ferrocarriles, dinero, franquicias aduaneras ilimitadas;—dejando a otros que le ofrezcan el dudoso pat-

chouli de mentidos amores. Nosotros estamos dispuestos a hacer por Bolivia cuanto sea compatible con nuestros intereses vitales.

Pero Antofagasta... Antofagasta nació chilena y morirá siéndolo. Bolivia, lo hemos visto ya, no tiene un solo título actual a la posesión de esta zona profundamente chilena. No hay aquí habitantes, intereses, ni capitales bolivianos. De la efímera dominación boliviana no queda ni siquiera el recuerdo. Chile creó el salitre de Antofagasta, así como dió vida nueva a la industria salitrera de Tarapacá.

La reivindicación que proclaman algunos extraviados políticos bolivianos, lo hemos dicho al comenzar, entraña un propósito de mortal agresión contra Chile. Si para esos hombres—gobernantes hoy día— los tratados son chiffons de papier y el derecho de la necesidad es la ley suprema del mundo, Chile defenderá su integridad territorial como se defienden las cosas esenciales, con la desesperada tenacidad de quien lucha por el honor y la vida.

Antes que poseer Antofagasta, Bolivia tendría que llamarnos a un combate a muerte y sólo después de caído el último chileno, podría venir a plantar su bandera en una región tornada al caos, del cual la sacó el esfuerzo creador de Chile.

Esto, por fortuna, no ocurrirá. Prevalecerá el buen sentido en la nación vecina. Comprenderá ésta que, por mucho que sea el concurso extranjero—y no será tanto—no se aniquila fácilmente a una nación como la nuestra. Y oirá con el fragor de un trueno repetido por el eco de las montañas, la voz del pueblo chileno que le grita: ¿Antofagasta? ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!

JORGE VIDAL DE LA FUENTE.

## VIA DOLOROSA

Yo mismo la enterré, yo mismo un día  
cerré sus ojos a la luz terrena  
y limpié de su frente de azucena  
el trágico sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía  
la nombro en el silencio de mi pena;  
descanse en el Señor..... ¡si era tan buena!  
Duerma en mi corazón..... ¡si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias,  
todo bajo la sábanas mortuorias  
quedó como una lampara extinguida;

y yo de mi locura bajo el peso  
dejéle el alma en el dolor de un beso  
y a duras penas me quedó la vida.

## II

Ojos como dos claros madrigales  
que abrieron en mi sér profunda huellas,  
suaves a veces como dos estrellas  
y a veces fieros como dos puñales.

Labios en flor; inolvidable acento  
que fué para mi ensueño peregrino  
como el agua de Dios que da al sediento  
de beber en las vueltas del camino.

Todo bajo la sombra y el misterio  
de un árbol y en la paz de un cementerio,  
fúnebre playa del eterno río.....

Pensad en el desangre de mi herida,  
y decid si hay dolor en esta vida  
que en algo pueda compararse al mío.

### EL QUEBRANTO

Apenas en mitad de la jornada  
por alcanzar la flor, cojo la ortiga  
¡y mi trémula planta se fatiga  
en el agrio declive ensangrentada!

No ya la luz de la mujer amada  
con su apacible fulgurar me abriga,  
ni el suspirado manantial mitiga  
el mal de esta vejez anticipada.....

Sobre la playa de mi mar sereno  
los años y el dolor me han hecho bueno  
y me han tornado el corazón de seda;

¡y es tan rudo y tan hondo mi quebranto  
que, agotadas las fuentes de mi llanto,  
ya ni el consuelo de llorar me queda!

CARLOS VILLAFAÑE.

## EL OCASO DEL DOGMATISMO LITERARIO

(Conclusión)

Queda aún el campo de la métrica, que tiene un carácter primordialmente gramatical, por su índole esencialmente prosódica. En ningún tratado de retórica se ha estudiado el problema acentual del verso castellano. Se afirma que los versos necesitan tales y cuales acentos, arbitrariamente, y nada más. La alta mentalidad de Bello dejó sentadas las bases para el estudio del acento (11). Más tarde, Eduardo de la Barra, redujo el verso a cláusulas rítmicas bisílabas y trisílabas, que varían en atención a la colocación del acento en la primera, en la segunda y en la tercera sílaba de dichas cláusulas (12). Sumándose a esta teoría, he sostenido, por mi parte, la existencia de una cláusula tetrasílaba, con acento en la tercera sílaba, que no es lo mismo que dos cláusulas de dos sílabas, pues entonces habría dos acentos en vez de uno solo (13). Por medio de las cláusulas rítmicas ha podido comprobarse que hay versos simples y versos compuestos, y que tanto en unos como en otros puede haber versos diferentes desde una misma medida, cosa en que jamás habían parado mientes los preceptistas.

Existe otra teoría, ingeniosa y elegante, de Ricardo Jaimes Freyre, profesor de literatura en el Colegio nacional de Tucumán. La división de los versos en cláusulas rítmicas, establecidas por la Barra, se basa en la existencia de una cadena demasiado constante de acentos en un solo verso: algunos de estos acentos pueden faltar, con tal de que subsistan los prin-

---

(11) *Principios de Ortología y Métrica*, por Andrés Bello. Santiago de Chile, 1835.

(12) *Estudios sobre la versificación castellana*, por Eduardo de la Barra. Santiago de Chile, 1889. A estos se agregan los *Nuevos estudios sobre versificación castellana*. Santiago de Chile, 1892.

(13) Véase *Cuba Contemporánea*, Habana, Octubre 1913. Tomo III, núm. 2.

cipales que componen la cadena. Así, no siempre están presentes todos los acentos en las cláusulas. Jaime Freyre ha apreciado la existencia de *períodos prosódicos*, que pueden estar constituidos, bien por una sílaba acentuada, bien por un grupo de sílabas no mayor de siete, de las cuales la última tiene acento intenso, estén o no acentuadas las otras. El sistema de Jaimes Freyre se basa en la observación de que los versos que cuentan *dos* o más sílabas, hasta *ocho*, no necesitan más acento rítmico que el de la penúltima (14).

Sea cual fuere la teoría que se adopte, la colocación del acento, que se haya distribuido sistemáticamente, ya sea en cláusulas rítmicas, si se adopta el sistema de Bello y la Barra, ya sea en períodos prosódicos, si se adopta el de Jaimes Freyre, es el problema esencial del verso.

Los versos de cinco, de seis, de siete y de ocho sílabas pueden tener más de una forma para cada uno de ellos, según el sistema de la Barra, porque la colocación del acento puede variar; pero esas formas diversas de una misma medida pueden usarse mezcladas indistintamente, lo cual explica la tesis de Jaimes Freyre: el acento que realmente les hace falta es el final, el de la penúltima sílaba.

Los versos que reconocen los libros de preceptiva son los siguientes: desde el de cuatro sílabas hasta el de catorce, pero sólo uno de cada medida. En los tratados de preceptiva no se ha señalado jamás la diferencia que existe entre versos de igual medida con distinta acentuación.

El verso de cinco sílabas tiene dos formas, de acuerdo con los principios de la Barra, atendiendo la variedad de su acentuación: la yámbica (acento en segunda y cuarta) y la dactílica (acento en primera y cuarta), pero como pueden usarse mezcladas, podría ser excusable que en la preceptiva sólo se hablara de un verso de cinco sílabas; y lo mismo ocurre con el verso de seis sílabas, y con el de siete, que tienen también dos formas que pueden usarse mezcladas, así como con el de ocho,

---

(14) *Leyes de la versificación Castellana*, por Ricardo Jaimes Freyre, Buenos Aires 1912.

que tiene tres formas, dos simples y una compuesta, las cuales se mezclan de igual manera.

Empero, al llegar al verso de nueve sílabas, el problema varía, y resulta inexplicable que en las retóricas sólo figure una de las dos formas simples del eneasílabo, (la anfibráquica) no obstante que tiene otra forma simple (la yámbica) que no es recomendable que se use combinada con aquella, y otras dos formas compuestas, que están en idéntico caso.

Con el verso de diez sílabas ocurre otro tanto. De las dos formas simples, sólo figura una (la anapéstica); falta, pues, la otra (la trocaica), que fué usada por la Avellaneda y faltan también las dos formas compuestas, que por lo ménos, admite.

En cuanto al endecasílabo, sólo figuran las formas tradicionales: la yámbica o heroica, y la sáfica, y no se menciona un endecasílabo, no acentuado en la sexta ni en la octava sílaba, pero sí en las demás sílabas pares, propias del yámbico y que fué utilizado, mezclado con el yámbico perfecto, por los poetas clásicos. Pero falta aún más: falta el endecasílabo que dentro del sistema de la Barra se llama dactílico, el endecasílabo gallico, el de la *gaita gallega*:

*Toca la gaita Domingo Ferreiro...*

que es muy diferente a las otras formas del endecasílabo:

*Y oyendo el son del mar que en ella hiere...*

*Jamás el peso de la nube parda...*

y que a su vez es muy diferente de tres formas compuestas que admite la misma medida, y de las cuales sólo la primera y la segunda podrían usarse combinadas:

*No puedo, mi Rosa, si tú te alejas...*

*Esa misteriosa, tierna canción...*

*El misterio de la noche me arroba...*

Del metro de doce sólo se inserta una forma simple (la anfibráquica), y se prescinde de la otra (la que está constituida por

tres cláusulas tetrasilábicas), no obstante ser confundible con aquella; así como se prescinde de sus variadas formas compuestas, entre las cuales figura el *dodecasílabo de seguidilla* (un verso de siete y uno de cinco sílabas), que tanto auge ha alcanzado en la poesía actual.

Del metro de trece se inserta una forma simple (la anapéstica) que fué usada por la Avellaneda. Nada se dice de dos formas compuestas del mismo verso, que han sido empleadas ya en la poesía contemporánea.

Por lo que respecta al alejandrino, último verso que se incluye en los tratados de preceptiva, no se hace distinción alguna entre las dos formas que puede tener: la que lo divide en dos hemistiquios; y la derivada del alejandrino francés, que le da mayor amplitud y que admite otras subdivisiones.

Huelga decir que las combinaciones de versos que den una medida mayor de catorce sílabas, están radicalmente proscritas de los tratados de retórica, no obstante haber sido usadas algunas de ellas por poetas que no son del momento actual, como la Avellaneda, que empleó versos de quince y diez y seis sílabas, y haber nacido otras por obra de poetas de tan alta jerarquía como Rubén Darío, Chocano, Lugones, Leopoldo Díaz, Rafael Núñez y Díaz Mirón. Huelga decir que igual proscripción alcanza al metro libre (empleado por Jaimes Freyre, Silva, Lugones, Darío y otros) y al exámetro castellano (cultivado por Rubén Darío, Guillermo Valencia, Francisco Gavidia y algunos más).

Por lo que respecta a las combinaciones métricas, la retórica ha querido proscribir el terceto y el tetrástrofo monorrimos, utilizados por Julián del Casal, Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre, no obstante que éstos no hicieron más que resucitar la tradición de Gonzalo de Berceo y del Arcipreste de Hita. La única combinación métrica que admite la retórica con una misma rima consecutiva es el pareado: más de dos versos seguidos con el mismo consonante parecían una herejía, no obstante haberla cometido los poetas más antiguo de nuestro idioma!

En cuanto al soneto, ahí se queda, aprisionado en la forma clásica. Cierto es que siempre será forzoso distinguir entre el soneto clásico y el soneto compuesto sin sujeción a forma tra-

dicional, o sea, en suma, el soneto que pudiéramos llamar «soneto libre»: ha variado en la medida unas veces, en la distribución de las rimas, otras; pero estas desviaciones del molde clásico, muchas veces afortunadas, merecen atención y estudio; sobre todo si se tiene en cuenta que el molde clásico no tuvo nunca la fijeza absoluta que se pretende, pues, aparte de las libertades de rima de que hicieron gala muchos poetas de los siglos de oro, Pedro de Espinosa (siglo XVII) escribió un soneto alejandrino.

¿Combinaciones nuevas? Son innumerables las que pudieran citarse. La octavilla usada por Díaz Mirón en *Ecce Homo*, (dos series de tres octosílabos [monorrimos, para empezar cada una de las dos mitades de la estrofa, y el cuarto y el octavo verso aconsonantados en agudos); y la combinación—que por su estructura recuerda algo a las lirás de medida menor—derivada del francés por Rubén Darío, en el *Responso a Verlaine*, y usada después por muchos poetas (seis versos, cuatro de catorce, formando pareados, y entre uno y otro pareado un verso eneasílabo agudo que rima con otro encasílabo final); son ejemplos que acuden fácilmente a la memoria y que podrían multiplicarse indefinidamente.

Me limitaré a recordar la labor meritísima realizada por un peruano ilustre, sabio con alma de poeta: Manuel González Prada. González Prada fué un innovador de la métrica; ideó un sistema propio de versificación (15), i además introdujo al castellano cierto género de composiciones breves tomadas del acervo de idiomas extranjeros, y cultivó distintas medidas de versos, poco usadas. Todo lo hizo con sabiduría y con exquisito sentido artístico. Cultivó el rondel, pero no libremente, sino aplicándole las reglas dictadas en francés para esa combinación, y trajo al castellano sus tres formas, que son el *triolet*, el *rondeau* y el rondel propiamente dicho; cooperó a adaptar al castellano el molde inglés de la *espenserina*; y además trajo del italiano la *balata*, el *estornelo*, el *rispetto* y el *pántum*. Cultivó también la *villaneta*, e ideó composiciones que llamó *gacelas* y

(15) Véanse las notas finales de sus libros de versos: *Minúsculas* (segunda edición, Lima, 1900) y *Exóticas* (Lima, 1911).

*laudes*. He querido mencionar solamente a la ligera, todas estas variadas combinaciones, para que se tenga una idea de la labor que un solo hombre ha podido realizar dentro del verso castellano. Ni estas, ni otras muchas combinaciones han merecido la atención ni el interés de los preceptores literarios, para los cuales, por lo visto, las letras castellanas han paralizado su evolución en el siglo XVIII.

Nada importaría que así fuese, si la retórica prestase en otro sentido un servicio positivo, y las reglas, consideradas como infalibles por muchos preceptistas, realizase el prodigio de formar buenos escritores. Empero, es precisamente el dogmatismo literario el que ha fracasado. La enseñanza de la literatura ha de encaminarse, después de la bancarrota del retoricismo, por nuevos senderos. El profesor de literatura tendrá una misión más modesta, pero más eficaz, más útil. Depurará el gusto del alumno, mediante lecturas y comentarios que serán su más seguro guía; se empeñará en desarrollar sus aptitudes individuales, haciéndole realizar sus estudios razonados de sintaxis literaria y ejercicios graduados de composición, y se cuidará de que estos ejercicios, sin retoricismos pueriles, contribuyan a la más sencilla y clara construcción gramatical; no recargará su memoria con nomenclaturas fatigosas, y se limitará a darle a conocer cuanto es esencial en el lenguaje literario, al través de los buenos modelos; no desdeñará, en ese plan ordenado de lecturas, ningún género literario, ni mantendrá divisiones estrechas en un campo tan vasto; someterá el verso a un análisis minucioso, teniendo presente que la métrica es una parte de la prosodia, y debe estudiarse con sus leyes especiales, basadas en el ritmo que el acento presta al verso; y, en suma, tratará de estimular siempre la curiosidad literaria, de mantener en el alumno el interés por la obra bella, dando preferencia, sobre toda otra labor, al trabajo mental de apreciación y de conocimiento.

De esta suerte, los profesores de literatura no estableceremos, seguramente, fábrica de escritores; no haremos surgir de las aulas niños prodigios que sepan enlazar clisés gastados ya por el uso para construir frases sonoras. No podremos, ciertamente, enseñar a nuestros alumnos a ser escritores y poetas,

porque eso no se puede enseñar, pero sí los enseñaremos a sentir y a pensar, a comprender las bellezas que el ingenio humano ha encerrado en el ánfora milagrosa de la palabra y a palpar de entusiasmo y de emoción ante la más puras y más altas manifestaciones del sentimiento estético de un siglo o de una raza. Y de ese modo los habremos enseñado a ser mejores, porque los que saben sentir la belleza son los que más preparados están para el ejercicio de las virtudes humanas, porque el buen gusto es un firme y constante aliado del sentimiento del bien, y, en fin, (para decirlo con palabras de Rodó) «el que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno».

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

## VIAJE DE SEVILLA HASTA EL ESTRECHO DE MAGALLANES

(Conclusión)

Algunas veces para procurarse un hacha o un cuchillo, nos prometían por esclavos una y hasta dos de sus hijas, pero no nos ofrecieron jamás sus mujeres, quienes, por lo demás, no habrían consentido en entregarse a otros que a sus maridos, porque, a pesar del libertinaje de las solteras, su pudor es tal cuando se casan que no soportan que sus maridos las abracen durante el día. Están sujetas a los trabajos más duros, viéndoseles a menudo descender de los cerros con cestas muy pesadas sobre la cabeza, aunque no andan jamás solas, porque sus maridos, que son muy celosos, las acompañan siempre, llevando en una mano las flechas y el arco en la otra. Este arco es del palo del Brasil o de palma negra. Si las mujeres tienen hijos los llevan suspendidos del cuello por medio de una red de algodón. Muchas otras cosas podría decir de sus costumbres, que omito por no hacerme demasiado prolijo.

Estos pueblos son en extremo crédulos y bondadosos, y sería fácil hacerles abrazar el cristianismo. La casualidad quiso que concibiesen por nosotros veneración y respeto. Desde hacía dos meses reinaba en el país una gran sequedad, y como sucedió que en el momento de nuestra llegada envióles lluvias el cielo, no dejaron de atribuírlas a nuestra presencia. Cuando desembarcamos a oír misa en tierra, asistieron a ella en silencio, con aire de recogimiento, y viendo que echábamos al mar nuestras chalupas, que dejábamos amarradas a los costados de la nave o que la seguían, se imaginaron que eran los hijos de la nave y que ésta los alimentaba.

.....

Pasamos en este puerto trece días, continuando en seguida nuestra derrota pegados a la costa hasta el 34°40' de latitud meridional, donde habitan los caníbales, es decir, los que comen carne humana. Uno de ellos de estatura gigantesca y cuya voz se asemejaba a la del toro, se aproximó a nuestra nave para tranquilizar a sus compañeros, que, temiendo que les quisiésemos hacer daño, se alejaban de la costa para retirarse con sus efectos hacia el interior del país. Para no dejar escapar la ocasión de verles de cerca y de hablarles, saltamos a tierra en número de cien hombres, persiguiéndolos a fin de poder atrapar algunos, más daban unos pasos tan desmesurados, que, aun corriendo y saltando, no pudimos nunca alcanzarlos.

Este río forma siete islas pequeñas, en la mayor de las cuales, llamada cabo de Santa María, se encuentran piedras preciosas. Anteriormente se había creído que esa agua no era la de un río sino un canal por el cual se pasaba al Mar del Sur, pero se vió bien pronto que no era sino un río que tiene diez y siete leguas de ancho en su desembocadura. Aquí fué donde Juan de Solís, que andaba como nosotros descubriendo nuevas tierras, fué comido con sesenta hombres de su tripulación por los caníbales, en quienes se había confiado demasiado.

Costeando siempre esta tierra hacia el polo Antártico, nos detuvimos en dos islas (1) que sólo encontramos pobladas por pingüinos y lobos marinos. Los primeros existen en tal abundancia y son tan mansos que en una hora cojimos provisión abundante para las tripulaciones de las cinco naves. Son negros y parece que tienen todo el cuerpo cubierto de plumas pequeñas, y las alas desprovistas de las necesarias para volar, como en efecto no vuelan: se alimentan de pescados y son tan gordos que para desplumarlos nos vimos obligados a quitarles la piel. Su pico se asemeja a un cuerno.

Los lobos marinos son de diferentes colores y más o menos del tamaño de un becerro, a los que se parecen también en la cabeza. Tienen las orejas cortas y redondas y los dientes muy largos; carecen de piernas, y sus patas que están pegadas al

---

(1) La isla de los Pingüinos y la de los Leones, situadas ambas en Puerto Deseado.

cuerpo se asemejan bastante a nuestras manos, con uñas pequeñas, aunque son palmípedos, esto es, que tienen los dedos unidos entre sí por una membrana, como las nadaderas de un pato. Si estos animales pudieran correr serían bien temibles porque manifestaron ser muy feroces. Nadan rápidamente y sólo viven de pescado.

En medio de estas islas experimentamos una tormenta terrible, durante la cual los fuegos de San Telmo, de San Nicolás y de Santa Clara, se vieron varias veces en la punta de los mástiles; notándose cómo, cuando desaparecían, disminuía al instante el furor de la tempestad.

Alejándonos de estas islas para continuar nuestra ruta, alcanzamos a los 49° 30' de latitud sur, donde encontramos un buen puerto; y como ya se nos aproximaba el invierno, juzgamos conveniente pasar ahí el mal tiempo.

Trascurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que ménos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz: lo que fué tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla a que había abordado el comandante. Yo también con varios otros me hallaba allí. Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.

Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circulados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, que eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo,

cuyo relincho imita (1). Este hombre tenía también una especie de calzado hecho de la misma piel (2). Llevaba en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laud, había sido fabricada de una tripa del mismo animal; y en la otra mano, flechas de caña, cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de fierro, la punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. De la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

El comandante en jefe mandó darle de comer y de beber, y entre otras chucherías, le hizo traer un gran espejo de acero. El gigante que no tenía la menor idea de este mueble y que sin duda por vez primera veía su figura, retrocedió tan espantado que echó por tierra a cuatro de los nuestros que se hallaban detrás de él. Le dimos cascabeles, un espejo pequeño, un peine y algunos granos de cuentas; en seguida se le condujo a tierra, haciéndole acompañar de cuatro hombres bien armados.

Su compañero, que no había querido subir a bordo, viéndolo de regreso en tierra, corrió a advertir y llamar a los otros que, notando que nuestra gente armada se acercaba hacia ellos, se ordenaron en fila, estando sin armas y casi desnudos, dando principio inmediatamente a su baile y canto, durante el cual levantaban al cielo el dedo índice, para darnos a entender que nos consideraban como seres descendidos de lo alto, señalándonos al mismo tiempo un polvo blanco que tenían en marmitas de greda, que nos lo ofrecieron, pues no tenían otra cosa que darnos de comer. Los nuestros les invitaron por señales a que viniesen a las naves, indicándoles que les ayudarían a llevar lo que quisiesen tomar consigo. Y en efecto vinieron; pero los hombres, que sólo conservaban el arco y las flechas, hacían llevar todo por sus mujeres, como si hubiesen sido bestias de carga.

---

(1) El animal a que Pigafetta se refiere es el guanaco, *Camelus guanacus* de Linneo.

(2) A causa de este calzado, que nosotros llamaríamos ojota, la uschuta de los quichuas, que, siendo mucho más ancho que el pié, dejaba una enorme huella sobre la arena, fué que Magallanes llamó a los habitantes de ese país patagones.

Las mujeres no son tan grandes como los hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes tienen más de un pie de largo. Se pintan y visten de la misma manera que sus maridos, pero usan una piel delgada que los cubre sus partes naturales. Y aunque a nuestros ojos distaban enormemente de ser bellas, sin embargo sus maridos parecían muy celosos.

Conducían cuatro de los animales de que he hablado, pero eran nuevos, y los tiraban de una especie de cabestro. Se sirven de estos nuevos para atrapar a los adultos: los atan a un arbusto; los adultos vienen a juntarse con ellos y los cazadores, ocultos en las malezas, los matan a flechazos. Los habitantes del país, hombres y mujeres, en número de diez y ocho, habiendo sido invitados por nuestra jente para acercarse a las naves, se dividieron en dos grupos de los dos lados del puerto, entreteniéndonos con la caza de que he hablado.

Seis días después, algunos de nuestros marineros ocupados en recoger leña para el consumo de la escuadra, vieron otro gigante vestido como los de que nos acabábamos de separar, armado igualmente de arco y flechas. Al aproximarse a ellos, se tocaba la cabeza y el cuerpo y en seguida levantaba las manos al cielo, gestos que los nuestros imitaron; y habiendo sido advertido de ello el comandante en jefe, despachó el esquife a tierra para conducirlo al islote que existía en el puerto, donde se había hecho una casa para establecer una fragua y un depósito de mercaderías.

Este hombre era más grande y mejor conformado que los otros, poseía maneras más suaves y danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza que sus piés se enterraban varias pulgadas en la arena. Pasó algunos días en nuestra compañía, habiéndole enseñado a pronunciar el nombre de Jesús, la oración dominical, etc., lo que logró ejecutar tan bien como nosotras, aunque con voz muy recia. Al fin le bautizamos dándole el nombre de Juan. El comandante le regaló una camisa, una chupalla, pantalones de paño, un gorro, un espejo, un peine, cascabeles y otras bagatelas, regresando entre los suyos al parecer muy contento de nosotros.

Al día siguiente obsequió al capitán uno de esos grandes animales de que hemos hablado, recibiendo en cambio otros presentes a fin de que nos trajese aún algunos más; pero desde ese día no le volvimos a ver y aún sospechamos que le hubiesen muerto sus camaradas por lo que se había ligado a los nuestros. Al cabo de quince días vimos venir hacia nosotros cuatro de estos hombres, y aunque se presentaron sin armas, supimos en seguida por dos de ellos que apresamos, que las habían ocultado entre los arbustos: todos estaban pintados pero de maneras diversas.

Quiso el capitán retener a los dos más jóvenes y mejor formados para llevarlos con nosotros durante el viaje y aún a España; pero viendo que era difícil apresarlos por la fuerza, usó del artificio siguiente: dióles gran cantidad de cuchillos, espejos y cuentas de vidrio, de tal manera que tenían las dos manos llenas; en seguida les ofreció dos de esos anillos de fierro que sirven de prisiones, y cuando vió que deseaban mucho poseerlos (porque les gusta muchísimo el fierro) y que por lo demás no podían tomarlos con las manos, les propuso poner selos en las piernas a fin de que les fuera más fácil llevárselos: consintieron en ello y entonces nuestros hombres les aplicaron las argollas de fierro, cerrando los anillos de manera que se encontraron encadenados. Tan pronto como notaron la superchería, se pusieron furiosos, soplando, ahullando, e invocando a Setebos, que es su dominio principal, para que viniese a socorrerlos.

No contento con tener a estos hombres, el capitán deseaba también llevar a Europa las mujeres de esta raza de gigantes: a este efecto ordenó apresar a los dos restantes para obligarles a que condujesen a los nuestros al sitio en que se hallaban aquellas; habiendo nueve de nuestros hombres más fuertes bastado apenas para arrojarlos al suelo y atarlos, y aún el uno de ellos lograba desatarse, en tanto que el otro hacía tan violentos esfuerzos que nuestros hombres le hirieron ligeramente en la cabeza, obligándole al fin a conducirles donde se hallaban las mujeres de nuestros dos prisioneros, las cuales sabiendo lo que había acontecido a sus maridos, lanzaron tan fuertes gritos que las oíamos desde muy léjos. Juan Carvallo, piloto, que manda-

ba los nuestros, viendo que era tarde, no se cuidó de echar mano a la mujer cerca de la cual había sido conducido, sino que se quedó allí de guardia toda la noche. Durante esto, llegaron dos hombres más, que, sin manifestar descontento ni sorpresa, pasaron el resto de la noche con ellos; pero al aclarar el día, habiendo dicho algunas palabras a las mujeres, en un instante emprendieron todos la fuga, hombres, mujeres y niños que corrían aún más ligero que los otros, abandonándonos su cabaña y todo lo que contenía. Sin embargo, uno de los hombres logró escapar los anillos que les servían para cazar, y otro, oculto en un matorral, hirió en un muslo con una flecha envenenada a uno de los nuestros, que murió poco después. Aunque los nuestros hicieron fuego sobre los fugitivos, no lograron atraparlos, porque no corrían jamás en línea recta sino que saltaban de un lado y de otro y marchaban tan ligero como un caballo a escape: Los nuestros quemaron la choza de estos salvajes y enterraron al muerto.

Por muy salvajes que sean, no dejan estos indios de poseer cierta especie de ciencia médica: por ejemplo, cuando se sienten mal del estómago, en lugar de purgarse, como lo haríamos nosotros, se introducen bastante adentro en la boca una flecha para provocar los vómitos, lanzando una materia verde, mezclada con sangre. Lo verde proviene de una especie de cardo de que se alimentan. Si tienen dolor de cabeza, se hacen una incisión en la frente, efectuando la misma operación en todas las partes del cuerpo donde sienten dolor, a fin de dejar salir una gran cantidad de sangre de la región adolorida. Su teoría, que nos fué explicada por uno de los que habíamos cogido, esta en relación con su práctica: el dolor, dicen, es causado por la sangre que no quiere sujetarse en tal o cual parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir, debe cesar el dolor.

Llevan los cabellos cortados en forma de cerquillo, como los frailes, pero más largos, y sostenidos al rededor de la cabeza por un cordón de lana, en el cual colocan sus flechas cuando van de caza. Cuando el frío es muy intenso, se atan estrechamente sus partes naturales contra el cuerpo. Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está para espirar, se aparecen de diez a doce demonios

que bailan y cantan a su derredor. Uno de ellos, que hace más ruido que los demás, es el jefe o gran diablo, que llaman Setebos; los inferiores se llaman cheleule. Están pintados como los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernos y pelos tan largos que le cubrían los pies, y arrojaba, según añadió, llamas por delante y por detrás.

Estos pueblos se visten, como lo he indicado ya, de la piel de un animal, y con la misma cubren sus cabañas, que transportan donde más les conviene, careciendo de morada fija, pero yendo, como los bohemios, a establecerse ya en un sitio ya en otro. Se alimentan de ordinario de carne cruda y de una raíz dulce que llaman capac. Son grandes comedores: los dos que habíamos cojido se comían cada uno en el día una cesta llena bizcochos y se bebían de un resuello un medio cubo de agua. Devoraban los ratones crudos y aún con piel. Nuestro capitán dió a este pueblo el nombre de patagones. En este puerto, al cual pusimos el nombre de San Julián, gastamos cinco meses, durante los cuales no nos acontecieron más accidentes que aquellos de que vengo de hablar.

En este lugar nos aconteció otra desgracia. La nave Santiago, que se había enviado a reconocer la costa, naufragó entre las rocas, aunque la tripulación se salvó como por milagro. Dos marineros vinieron por tierra hasta el puerto en que nos hallábamos a darnos noticia del desastre, habiendo el comandante en jefe enviado en el acto algunos hombres con sacos de bizcocho. La tripulación se quedó durante dos meses en el sitio del naufragio para recoger los restos de la embarcación y las mercaderías que el mar arrojaba sucesivamente a la playa; y durante este tiempo se les llevaban víveres, aunque la distancia era de cien millas y el camino muy incómodo y fatigoso a causa de las espinas y malezas, en medio de las cuales se pasaba la noche, sin poseer otra bebida que el hielo, que había que romper, y esto mismo no se hacía sin trabajo.

En cuanto a nosotros, no nos hallábamos tan mal en este puerto, aunque ciertas conchas muy largas que en él se encontraban en gran abundancia no eran todas comestibles, si bien contenían perlas, aunque muy pequeñas. Encontramos también

en los alrededores avestruces, zorros, conejos muchos más diminutos que los nuestros, y gorriones. Los árboles producen incienso.

Plantamos una cruz en la cumbre de una montaña vecina, que llamamos Montecristo, y tomamos posesión de esta tierra en nombre del rey de España.

Partimos al fin de este puerto, y costeano, hacia los 50° 40' de latitud sur, vimos un río de agua dulce en el cual entramos (1). Toda la escuadra estuvo ahí a punto de naufragar, a causa de los vientos deshechos que soplaban y embravecían el mar; mas, Dios y los cuerpos santos (es decir los fuegos que resplandecían en las puntas de los mástiles) nos socorrieron y nos salvaron. Pasamos ahí dos meses para abastecer las naves de agua y de leña. Nos proveimos también ahí de una especie de pescado, como de dos piés de largo y muy cubierto de escamas, bastante bueno para comer, aunque no cojimós la cantidad que nos hubiera sido necesaria. Antes de abandonar este sitio, dispuso el comandante que todos se confesasen y comulgasen como buenos cristianos.

Continuando nuestra derrota hacia el sur, el 21 del mes de Octubre, hallándonos hacia los 52° de latitud meridional, encontramos un estrecho que llamamos de las Once Mil Vírgenes, porque ese día les estaba consagrado. Este estrecho, como pudimos verlo en seguida, tiene de largo 440 millas o 110 leguas marítimas de cuatro millas cada una; tiene media legua de ancho, a veces más y a veces menos, y va a desembocar a otro mar que llamamos Mar Pacífico. Este estrecho está limitado por montañas muy elevadas y cubiertas de nieve, y es también muy profundo, de suerte que no pudimos echar en él el ancla sino muy cerca de tierra y en veinticinco a treinta brazas de agua.

Toda la tripulación estaba tan persuadida que este estrecho no tenía salida al oeste, que no se habría aun pensado en buscarla sin los grandes conocimientos del comandante en jefe. Este hombre, tan hábil como valeroso, sabía que era necesario

---

(1) El río de Santa Cruz, llamado así porque los expedicionarios entraron en él el 14 de Septiembre, día de la Exaltación de la Cruz.

pasar por un estrecho muy oculto, pero que él había visto figurado en un mapa que el rey de Portugal conservaba en su tesorería, construído por Martín de Bohemia, muy excelente cosmógrafo. (1)

Tan pronto como entramos en estas aguas, que sólo se creían ser una bahía, el capitán envió dos naves, la San Antonio y la Concepción, para examinar donde desembocaban o terminaban; en tanto que nosotros, con la Trinidad y la Victoria, los aguardábamos a la entrada.

En la noche sobrevino una borrasca terrible que duró treinta y seis horas, que nos obligó a abandonar las anclas y a dejarnos arrastrar dentro de la bahía, a merced de las olas y del viento. (2) Las dos naves restantes, que fueron tan combatidas como las nuestras, no lograron doblar un cabo (3) para reunírse nos; de suerte que, abandonándose a los vientos que las empujaban siempre hacia el fondo de lo que suponían ser una bahía, esperaban naufragar ahí de un instante a otro. Pero en el momento en que se creían perdidos, divisaron una pequeña abertura (4) que tomaron por una ensenada de la bahía, en que se internaron; y viendo que este canal no estaba cerrado, comenzaron a recorrerle y se encontraron en otra bahía al traves de la cual continuaron su derrota hasta hayarse en otra angostura, de donde pasaron a una nueva bahía todavía mayor que las precedentes. Entónces, en vez de ir hasta el fin, juzgaron oportuno regresar a dar cuenta al capitán general de lo que habían visto,

Habíanse pasado dos días sin que hubiésemos visto reaparecer las dos naves enviadas a averiguar el término de la bahía, de modo que las creíamos perdidas por la tempestad que acabábamos de experimentar; y al divisar humo en tierra, conjeturamos que los que habían tenido la fortuna de salvarse habían encendido fuego para anunciarnos que aun vivían después del naufragio. Mas, mientras nos hallábamos en esta incertidumbre

---

(1) La verdad de esta aserción del autor, es, por lo menos, en extremo problemática.

(2) La bahía de que habla aquí Figafetta es la de Posesión.

(3) El cabo de la Posesión.

(4) La primera Angostura,

acerca de su suerte, les vimos regresar hacia nosotros, singlando a velas desplegadas, los pabellones al viento; y cuando estuvieron más cerca, dispararon varios tiros de bombardas, lanzando gritos de alegría. Nosotros hicimos otro tanto, y cuando nos refirieron que habían visto la continuación de la bahía, o mejor dicho, del Estrecho, unímonos a ellos para proseguir nuestra derrota si fuera posible.

Cuando hubimos entrado en la tercera bahía de que acabo de hablar, vimos dos desembocaduras o canales, uno al sudeste y otro al sudoeste. El capitán general envió las dos naves, la San Antonio y la Concepción al sudeste, para reconocer si este canal desembocaba en un mar abierto. La primera partió inmediatamente e hizo fuerza de velas, sin querer aguardar a la segunda, que quería dejar atrás, porque el piloto pensaba aprovecharse de la oscuridad de la noche para desandar el camino y regresarse a España por la misma derrota que acabábamos de hacer.

Ese piloto era Estéban Gómez, que odiaba a Magallanes por la sola razón de que cuando vino a España a hacer al Emperador la propuesta de ir a las Mulucas por el oeste, Gómez había demandado y estaba a punto de obtener algunas carabelas para una expedición cuyo mando se le había de confiar. Tenía por propósito esta expedición realizar nuevos descubrimientos; pero la llegada de Magallanes fué causa de que se le negase su petición y de que no hubiese podido obtener más que una plaza subalterna de piloto; siendo, sin embargo, lo que más le irritaba encontrarse bajo las órdenes de un portugués. Durante la noche se concertó con los otros españoles de la tripulación y aprisionaron y aun hirieron al capitán de la nave, Alvaro de Mezquita, primo del capitán general, y le condujeron así a España. Esperaban haber llevado también a uno de los dos jigantes que habíamos cojido y que se encontraba a bordo de su nave, habiendo sabido a nuestro regreso que había muerto al aproximarse a la línea equinoccial, cuyo gran calor no había podido soportar.

La nave la Concepción, que no podía seguir de cerca a la San Antonio, no hizo más que cruzar en el canal esperando su regreso, aunque en vano.

Habíamos entrado con las dos naves restantes en el otro canal que quedaba hacia el sudoeste; y continuando nuestra navegación, llegamos a un río que llamamos de las Sardinas, a causa de la inmensa cantidad de este pescado que allí vimos. En ese lugar fondeamos para esperar a las otras dos naves, y estuvimos cuatro días; aunque durante este tiempo se despachó una chalupa bien equipada para ir a reconocer el término de este canal, que debía desembocar en otro mar. Los tripulantes de esta embarcación regresaron al tercer día, anunciándonos que habían visto el cabo en que concluía el Estrecho, y un gran mar, esto es, el Océano. Todos lloramos de alegría. Este cabo se llamó el Deseado, porque, en efecto, desde largo tiempo ansiábamos por verlo.

Volvimos hacia atrás para reunirnos a las dos naves de la escuadra, pero solo encontramos a la Concepción, y habiendo preguntado al piloto Juan Serrano qué había sido del otro buque, nos respondió que lo creía perdido porque no le había vuelto a ver desde el punto en que había embocado al canal. El comandante en jefe dió entonces orden de que se le buscara por todas partes, especialmente en el canal en que había penetrado; despachó a la Victoria hasta la desembocadura del Estrecho, disponiendo que si no lo encontraba, en un lugar bien alto y bien prominente plantasen una bandera, a cuyo pie debía dejar en una olla una carta que indicase la ruta que se iba a seguir, a fin de que se pudiese unir a la escuadra. Esta manera de avisarse en caso de separación había sido acordada en el momento de nuestra partida. De la misma manera se pusieron dos señales más en lugares culminantes de la primera bahía y en una pequeña isla de la tercera, en que habíamos visto una cantidad de lobos marinos y pájaros. El comandante en jefe que con la Concepción aguardaba el regreso de la Victoria cerca del río de las Sardinas, hizo plantar una cruz en una pequeña isla al pie de dos montañas cubiertas de nieve de donde el río deriva su origen.

En caso que no hubiésemos descubierto este estrecho para pasar de un mar a otro, el comandante en jefe tenía determinado continuar su derrota al sur hasta el grado 75 de latitud meridional, donde durante el verano no hay noche, o, al me-

nos, muy poca; así como no hay día en invierno. Mientras nos hallábamos en el Estrecho no teníamos sino tres horas de noche, y estábamos en el mes de Octubre. La costa de este Estrecho, que del lado izquierdo se dirige al sudeste, es baja; dímosle el nombre de Estrecho de los Patagones. (1) A cada media legua se encuentra en él un puerto seguro, agua excelente, madera de cedro, sardinas y marisco en gran abundancia. Había también yerbas, y aunque algunas eran amargas, otras eran buenas para comer, sobre todo una especie de apio dulce que crece en la vecindad de las fuentes y del cual nos alimentamos a falta de otra cosa mejor: en fin, creo que no hay en el mundo un estrecho mejor que éste.

En el momento en que desembocábamos en el océano, presenciábamos una caza curiosa que algunos pescados hacían a otros. Los hay de tres especies, esto es, dorados, albacoras y bonitos, que persiguen a los llamados pescados volantes. Estos, cuando son perseguidos, salen del agua, despliegan sus nadaderas, que son bastante largas para servirles de alas, volando hasta la distancia de un tiro de ballesta: en seguida vuelven a caer al agua. Durante este tiempo, sus enemigos, guiados por su sombra, les siguen y en el momento en que vuelven a entrar en el agua, los cojen y se los comen. Estos pescados volantes tienen más de un pie de largo y son un excelente alimento.

Durante el viaje cuidaba lo mejor que podía al gigante patagón que estaba a bordo, preguntándole por medio de una especie de pantomima el nombre de varios objetos en su idioma, de manera que llegué a formar un pequeño vocabulario: a lo que estaba tan acostumbrado que apenas me veía tomar el papel y la pluma, cuando venía a decirme el nombre de los objetos que tenía delante de mí y el de las maniobras que veía hacer. Entre otras, nos enseñó la manera con que se encendía fuego en su país, esto es, frotando un pedazo de palo puntiagudo contra otro, hasta que el fuego se produzca en una especie de corteza de árbol que se coloca entre los dos pedazos de madera. Un día que le mostraba la cruz y que yo la besaba, me

---

(1) Como se sabe, es el que se llama hoy de Magallanes, del nombre de su descubridor.

dió a entender por señas que Setebos me entraría al cuerpo y me haría reventar. Cuando en su última enfermedad se sintió a punto de morir, pidió la cruz y la besó, rogándonos que le bautizáramos; lo que hicimos dándole el nombre de Pablo.

Miércoles 28 de Noviembre, desembocamos por el Estrecho para entrar en el gran mar al que dimos en seguida el nombre de Pacífico.

ANTONIO FIGAFETTA.

## MAURICIO BARRÈS

El gran escritor francés, paladín de tantas nobles causas, va a escuchar por cuarta vez la canción de España que le aguarda en nuestras fronteras, «esa canción de España que despierta a la tristeza para aconsejarle la resignación» (1). Se dispone a visitar el solar español en que, después de Hugo, de Merimée, de Gautier, encontró inspiraciones su alma de poeta. Con tal ocasión creemos interesante trazar una rápida semblanza (2) de este maestro de la literatura francesa del día, no muy conocido en nuestro país (3), sin perjuicio de volver algún día sobre el aspecto de su personalidad que más nos interesa: su contribución al renacimiento neo-cristiano en el dominio de la literatura, para fijar luego y apreciar, analizando brevemente sus escritos consagrados a España, su posición ideal con respecto a nosotros y la influencia que, en nuestro sentir, ha ejercido el ambiente español en la evolución experimentada por Barrès desde el culto del yo al culto de la patria.

Individualismo, diletantismo, decadentismo, tales son las tendencias dominantes en los primeros libros de Barrès, *Sous l'œil des Barbares*, *Un homme libre*, *L'ennemi des lois*. El fin de toda existencia es el cultivo del yo, vivir la propia vida. Y la vida se vive tanto más íntegramente cuanto más numerosas y diversas sean nuestras impresiones. «Quiero—podemos leer en

---

(1) *El Greco o el secreto de Toledo*, trad. de A. Insúa. Madrid. Renacimiento, 1912, pág. 105.

(2) A quien desee formarse una idea exacta y completa de la obra de Barrès, por lo menos hasta 1910, recomendamos la lectura del excelente estudio y páginas escogidas de este escritor, publicadas por H. Bremond, titulada. *Vingt-cinq années de vie littéraire*. Paris. Bloud y Gay.

(3) No sabemos que haya sido traducida al castellano más obra de Barrès que *El Greco o el secreto de Toledo*, ya citada.

uno de ellos—que cada mañana la vida me parezca nueva y que todas las cosas sean para mí un principio» (4). La misma especulación filosófica se convierte en una fuente de placer, en una diserción intelectual. «No existe pasatiempo más delicioso—decía entrevistado el Barrès de la primera época—(5) que construir sistemas en el aire... Cuanto más vagas sean las ideas, más libres nos sentimos en medio de la atmósfera inmensa que respiramos con voluptuosidad semidivina». Odia la regla y toca en los linderos de la anarquía.

Más bien pronto el culto del yo le cura del mal del individualismo. Atento a la vida interior, descubre en el fondo de su ser lo inconsciente que es para él «el resplandor oculto, el fuego que mantiene el Universo desde toda la eternidad» (6). La joven Bérénice, criatura de sensación y de instinto, le revela la suprema palabra de la sabiduría. «¡Melancolía o más bien estupor!—exclama el poeta filósofo ante el abismo infinito de lo inconsciente que se abre de repente ante él—. Reservorio y laboratorio nada ha existido que no vuelva a él; se acuerda de todo y en él se prepara todo lo que ha de vivir. Soy en ese océano como una ola balanceada entre un rebaño limitado de olas, turbado como ellas... Acercándome a los sencillos he visto cómo en cada uno de mis actos la actividad consciente colabora a una actividad inconsciente y ésta es la misma que vemos en los animales y en las plantas: le he agregado tan sólo la reflexión» (7).

JUAN DE HINOJOSA.

(Continuará).

(4) *Un homme libre*, pág. 224.

(5) Bivanck, *Un hollandais à Paris en 1891*. París, 1892.

(6) *Le jardin de Bérénice*, pág. 78.

(7) *Ibidem*, 79.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

**Don Fernando Lazcano.**—El 30 de Agosto, en los momentos en que el «Orduña» estaba ya próximo a principiar su viaje, me comunicaron una penosa noticia: Lazcano acaba de morir. Había muerto en el Senado, en los momentos mismos en que entraba a la Sala para abrir las sesiones del Tribunal de Honor, en los momentos mismos en que atravesaba la Sala para ir al encuentro del hijo de Alessandri, que se había levantado a saludarlo. Era como debía morir. En el cumplimiento de un patriótico y honroso cometido y en el cumplimiento de una noble y elegante cortesía. Era como debía morir un hombre político que había consagrado las mayores actividades de su vida al desinteresado servicio de su país en el Congreso, y de un hombre de mundo que había llevado a la política la cultura elegante del salón. Por desgracia para el país, hacía más lamentable aquella partida la conciencia que abrigábamos todos —amigos y enemigos—de que Lazcano desaparecía precisamente en los momentos en que su tacto político, tan delicado y tan seguro, podía suavizar amenazadoras y peligrosas asperezas.

Lazcano era un hombre de mundo envuelto en el torbellino político del día. Era un caballero, en la noble y vieja acepción de esta palabra, impregnado en un vivo, en un exquisito sentimiento de honor y dignidad.

Lazcano pertenecía a esa clase social, rica y bien nacida, que hasta el último tercio del siglo XIX vivía aislada en sus tradiciones, en un mundo aparte, formando una aristocracia cerrada y severa. Era una clase social reservada, modesta en medio de su orgullo, fría, sin entusiasmos, sin locuras alegres, sin vanidosas ostentaciones de fortuna, que huía de los caprichos de la moda y miraba con una instintiva desconfianza toda innovación; era una clase que vivía sin ruido, en voz baja, en una discreta media luz. Esa clase social era creyente en religión y más que creyente era piadosa, y en política tenía, por lo menos, un tinte conservador.

Lazcano tenía todas las virtudes y algunos de los defectos de la clase social en que había nacido y se había formado.

Pero con la elevación de las nuevas fortunas en el último tercio de ese siglo, llegaron los últimos días de la aristocracia territorial. Esa antigua clase perdió sus tradiciones y desapareció en medio del derrumbe de las viejas barreras sociales; desapareció esa distinción suprema que caracterizaba a la antigua sociedad y asomaron los signos que delatan a los advenedizos: el fausto, las fantasías dispendiosas y absurdas, la adoración fervorosa de la moda, ostentación de la fortuna y sobre todo el amor a la publicidad, a la luz violenta, al ruido, al mucho ruido.

Y junto con principiar a desaparecer esa antigua sociedad, en el último tercio del siglo pasado, principió también a perder su significado la palabra respetable, que caracterizaba a sus hombres. Lazcano era el tipo del hombre respetable de otro tiempo. Siempre correcto, distinguido, respetuoso, llevaba su inalterable cortesía hasta los límites de una gravedad ceremoniosa. Sólo en la intimidad abandonaba su habitual reserva, dejaba desbordar su buen humor y daba rienda suelta a su risa expansiva y a ese talento epigramático que no es raro en su familia. Su conversación era entonces muy animada, muy interesante por la riqueza en detalles anecdóticos. Lazcano era un gran conversador y le daba vida a su charla con sus grandes risas y sus grandes gesticulaciones.

A la formación de su carácter había tenido que contribuir naturalmente no sólo la atmósfera social en que había nacido sino también su educación en el Instituto Nacional y en los cursos de derecho de la Universidad, y, más que todo, su educación en la vida parlamentaria. El Parlamento es un maestro de respetuosa consideración a amigos y adversarios, de moderación y flexibilidad de carácter; es una escuela de paciencia, es una escuela de honor, de justicia. En esa escuela formó su oratoria, que no tenía ese esplendor sonoro que deslumbra y fascina a la juventud de los partidos, pero que impresionaba a su auditorio por su tranquilo buen sentido, sin grandes ni pequeñas ilusiones, por su nobleza, sinceridad y sencillez.

No sorprenderá a nadie que yo afirme que ha habido muy pocos hombres tan versados como Lazcano en las prácticas parlamentarias y con un conocimiento más completo de los complicados reglamentos de las Cámaras. Sin vacilación y sin demora, podía en cualquier dificultad recordar todos los antecedentes y la manera cómo en circunstancias anteriores esa misma dificultad se había resuelto. Ese conocimiento de los ápices reglamentarios, la tranquilidad de su criterio y la amable imparcialidad de su carácter lo llevaron naturalmente a la presidencia del Senado que ocupó con tanto brillo durante tantos años.

Pero la cualidad que más sobresalía en el carácter de Lazcano, era su resuelta intrepidez, era su raro y hermoso coraje parlamentario. En las circunstancias más amenazantes y cuando más temían todos comprometer su situación, manifestando sus ideas, Lazcano estaba siempre pronto para levantarse a defenderlas, y aceptar los más grandes sacrificios, de popularidad y de prestigio, antes que encerrarse en un provechoso y cómodo silencio.

Sus ideas políticas eran francamente liberales, eran las ideas de un hombre que se inclina respetuoso ante todas las ideas, que busca en la libertad la solución de todos los problemas políticos, sociales y económicos, que ve en el derecho la suprema expresión de la justicia.

Sus ideas religiosas eran de una franca y profunda adhesión a las doctrinas de la iglesia y, sobre todo, a la noble y sana moral de los cristianos, a que severamente ajustaba su conducta.

Hemos conocido muy de cerca a muchos hombres políticos, que han vivido en medio de las pasiones perturbadoras de la lucha; a algunos que sabían perdonar sin olvidar las ofensas que habían recibido; pero no hemos conocido ninguno que perdonara más y olvidara menos que Lazcano. Ese era un rasgo hermoso de su fisonomía política. Lazcano estaba siempre pronto para servir a un adversario en una situación desgraciada.

Recuerdo que uno de los hombres que lo habían combatido con un encarnizamiento más violento, en la época de su candidatura presidencial, vino un día a verme para que solicitara de Lazcano un servicio en su favor. Me explicó su caso y pidió un apoyo.

—«Lo que Ud. solicita, amigo mío, es justo, es muy justo, y si Ud. necesita que Lazcano lo apoye, vaya a verlo, expóngale claramente las cosas y cuente con su apoyo».

—«Pero... Ud. se olvida».

—«Nó, no me olvido, Lazcano tampoco se olvida; pero lo que Ud. pide es justo y su situación es desgraciada. No dude del resultado. Vaya».

Pocos días después, Lazcano me dijo: «Ud. no se imagina quién ha estado a verme y a pedirme un servicio». —«Sé quien fué y sé lo que Ud. le contestó». —«¿Qué?» —«Que contara con Ud.» —«Exacto. Está el pobre en una situación desesperada».

La piedad, una profunda y conmovedora compasión por las desgracias humanas se difundía por todas sus ideas, por todo su espíritu. Sí, amigo mío:

Quand vous viendrez devant le juge austère  
 Vous direz: J'ai connu la piété sur la terre  
 Et je puis la demander au ciel».

.....

Una sombra se desliza sobre la página en que escribo estas líneas. Todos se van. Todos se han ido, y yo soy el último hombre que queda en un buque que se hunde!...

Permítanme Uds. agregar un detalle curioso.

Recibí de Europa un retrato de Erlich, a quien ha hecho tan conocido y popular su famosa fórmula del 606. Al ver esa fotografía del célebre doctor, me saltó en el acto su extraordinario parecido con Lazcano. La llevé al Senado, en donde todos, hasta el mismo Lazcano, se sorprendieron con aquella impresionante semejanza. Y lo que hai de más curioso es que Erlich figura entre los hombres más hermosos de Alemania, y Lazcano...

AUGUSTO ORREGO LUCO.

**Don Alberto Blest Gana.**—Quien recuerda a don Alberto Blest Gana evoca los buenos tiempos, las costumbres características, los saraos, la crinolina, el juego del volantín, los dieciochos en la Pampa, las andanzas de Martín Rivas y las correrías del Loco Estero, las hazañas de Manuel Rodríguez y las crueldades de los Talaveras: es decir, toda una tradición, todo un siglo con sus cosas características, sus hechos y sus hombres más eminentes. Cosas muy lejanas, hombres ya desaparecidos o poco menos que olvidados, como el propio autor de «El ideal de un calavera», que había partido de Chile hace más de medio siglo y que no había regresado más a su tierra, desde aquél lejano entonces de 1866, a pesar de que conservaba intacto el recuerdo pintoresco de ese tiempo, que hoy resultaría un anacronismo vivo. Cuántos chilenos llegaban a visitarle en su retiro de París, encontraban postrado en su lecho de ancianidad al viejo maestro, muerto el cuerpo, pero vibrante el espíritu, caldeado siempre por el recuerdo de su Chile desaparecido. Si interrogaba a sus compatriotas sobre las cosas de su tierra era para resucitar un pasado que en él seguía siendo un presente, que sólo la distancia justificaba: ¿Cómo está la fulanita? ¿Qué es de zutano, que vivía en la calle del Chirimoyo? ¿Y aquél rincón en la calle de las Ramadas?... De todo eso nada quedaba; todo había desaparecido luengo tiempo atrás. Pero él no concebía un progreso que hubiera destruido el Santiago de sus mocedades.

¿Quiénes y cuántas son las personas que tienen noticias en Santiago de que vive entre nosotros una hermana de don Alberto Blest Gana? Sólo ahora, la reciente muerte del novelista, ha podido permitirle a un periodista inquieto llegar hasta ella, y quebrantar ese modesto silencio y su generosa bondad. Porque nadie mejor que la señora Luz Blest Gana podría evocar

para los admiradores del escritor cuantos recuerdos fuesen más caros y desconocidos al público.

En el silencio de su hogar, sumida en la congoja de su dolor, la encontramos en la tarde de ayer, gustando del calor que dan los recuerdos en las horas más tristes. En el saloncito que nos recibe, abundan los retratos de sus padres, de don Alberto, de otros parientes inmediatos. El ambiente recogido e íntimo evoca cosas lejanas y borrosas: memorias de personas idas, que tras ellas han dejado una huella melancólica o un recuerdo inolvidable. Acentúa esta impresión triste el aire doliente y bondadoso de la señora Blest Gana, que nos acoge con fina amabilidad, como si fuésemos antiguos conocidos suyos. Alfonso Leng nos ha llevado hasta esa su casa y nos presenta con amables palabras.

A nuestras primeras preguntas nos responde, haciendo causal de sus más remotos recuerdos. Evoca al padre de su padre, un abuelo irlandés, que ganó justas glorias y honores ante aquel rey sabio y bondadoso que fué uno de los abuelos de la reina Victoria. Nos refiere cómo, su padre, siendo médico en Inglaterra, su patria, y contando en ella con la clientela que le había dejado uno de sus maestros, salió en largo viaje llegando un día del año 22 a Valparaíso. Evoca aquellos días pretéritos y la casual circunstancia que lo retuvo en Chile, ya para siempre:

—El novio de cierta niña de una distinguida familia, tuvo noticias que se encontraba en Santiago cierto distinguido médico británico, cosa azas oportuna que aprovechó para ir en su busca, pues su prometida había sufrido un accidente. Desde ese instante, el doctor Guillermo Conyngham Blest fué muy solicitado y agasajado en la sociedad de Santiago. En una de sus visitas médicas, habiendo sido llamado a casa del general Blanco Encalada, conoció a la que bien pronto pasó a ser su esposa: la joven María de la Luz Gana, hermana de la esposa del general, doña Carmen.

Junto con terminar estas palabras, levanta los ojos y nos indica un cuadro que pende del muro. Es un retrato de una hermosa joven, hecho por un pincel algo inexperto, pero que denuncia raras condiciones de retratista. En el fondo oscuro de la tela, resalta un expresivo, suave y dulce rostro de niña, en el cual llama la atención la gracia del mentón, la fineza de unos labios encendidos y el rubor de las mejillas.

—Ese retrato es de mi madre cuando era niña; mi padre no pensó ya en regresar a Inglaterra después del matrimonio, renunciando para siempre a todo alejamiento del país. En nuestra casa siempre reinó la más santa ventura y aún recuerdo

perfectamente a mi padre, como si fueran cosas de ayer: siempre conservó su característico aire británico y hasta su peculiar manera de hablar, que denunciaba el acento inglés. ¡Qué enredado era para hablar!

La penumbra de la tarde que cae, penetra poco a poco en el saloncito. El rostro de la anciana dama se esfuma en la suave oscuridad que llega.

Cuando nosotros le preguntamos por los años de mocedad de su hermano don Alberto, nos replica:

—En realidad estuve poco cerca de él porque siempre estuvo alejado. Cuando terminó sus estudios en la Academia, lo mandaron a Europa, donde permaneció hasta la edad de veintinueve años.

En efecto Blest Gana, después de haber hecho sus primeros estudios en el Instituto Nacional, había ingresado el año 43 a la Escuela Militar, y cuatro años más tarde salía con destino a Francia, a estudiar ingeniería militar. De hecho se iniciaba en la carrera de las armas, en la que había de seguir a su regreso, cuando ingresaba al Ejército y tomaba a su cargo una cátedra en la Academia.

—Después de contraer matrimonio, se fué a vivir a la casa de sus suegros, don Manuel Ramón Bascuñán y la señora Lucrecia Valledor, cuyo hogar constituía una de las casas más visitadas de Santiago por las familias más distinguidas. La Lucrecia Valledor y su esposo poseían una cuantiosa fortuna, que les permitía mantener un alto rango. Regularmente acudía a sus salones lo más distinguido de la sociedad de Santiago, y en sus tertulias los amigos de Alberto no se sentían en realidad muy cómodos. Eran la mayor parte escritores, y les gustaba el calor de la intimidad y de la charla. En cambio, en aquellas tertulias nada casi podía hablarse con independencia. Pero un día, Alberto dijo a su mujer que era necesario tener una sala aparte, para recibir a sus amigos, y como su esposa lo quería mucho y acataba todos sus pareceres, se acondicionó un salón especial para las visitas de sus amigos, que constituían verdaderas tertulias literarias, esa misma tertulia que después se hizo en casa de los Amunátegui.

—¿Recuerda Ud. quiénes asistían a esas charlas de don Alberto?

Recapacita un instante ella, como haciendo caudal en sus recuerdos, y al fin nos dice:

—Iban a la tertulia, entre otros cuyos nombres no recuerdo, Santa María, Benjamín Vicuña, los Matta, José Antonio Donoso, Justo Arteaga, los Amunátegui.

—¿Y sus hermanos?

—Guillermo solía aparecerse, pero prefería, como poeta que era, el trato con las señoras. Así es que se iba al salón grande.

Por esos años Alberto era pobre de solemnidad y escasamente se preocupaba de las letras. Disfrutaba de un modesto empleo en el Ministerio de la Guerra, al que había pasado después de abandonar el Ejército. Sólo dos años más tarde daba a la estampa su primera novelita: «Engaños y desengaños». Seguramente en un cargo civil se encontraba más satisfecho y con mayor agrado para sus inclinaciones, él que tenía en verdad escaso temple de guerrero. ¿En aquella interesante carta dirigida a Lastarria no le mostraba esa su primera desilusión recogida en las filas de la milicia? «fué un engaño de niño del que más tarde el peso enorme de una ciega subordinación me hizo despertar».

Recuerda la señora Luz aquel nombramiento para una Intendencia que le concedió su amigo don José Joaquín Pérez y evoca su regreso a Santiago, poco más tarde, cansado de vivir en el aislamiento, en medio de gente poco amiga del estudio y del buen trato social, del que él gustaba por hábito tras su permanencia en Europa y de sus relaciones santiaguinas.

—¿Cuándo partió a Europa?

—El año 66, y desde aquel entonces no ha vuelto más a Chile. ¡Y cuánto ha servido y qué ingratos han sido con él! ¡Cuántos servicios no le hizo al país durante la guerra del Pacífico! Domingo Santa María, que era muy amigo suyo, le escribió en cierta ocasión para insinuarle que regresara al país. A pesar de su amistad, quería moverlo para colocar en su puesto a Aniceto Vergara; pero Balmaceda, que a la sazón era Ministro de Relaciones, lo disuadió, haciendo valer la situación y el prestigio alcanzado por Alberto.

Sin embargo, más tarde, el propio Balmaceda le propuso su jubilación, cuando tenía veintiun años de servicio como Ministro. Le preguntó a Francia qué pedía para darle curso a su jubilación y mi hermano le repuso que ésta fuera en oro. No accedió Balmaceda y sólo se le concedieron dos mil quinientos pesos, es decir una miseria. Más de una vez le oí a personas distinguidas que venían de Francia recordar las tertulias en los salones de Alberto, a las que concurría gente de alta notoriedad, pero en las que se advertían una modestia que rayaba en abierta pobreza. Durante la revolución del 91, se le quiso restituir en su cargo de Ministro, cosa que él rehusó con delicada dignidad. Más de una vez le escribí yo, cuando él me mandaba decir que pensaba volver al país, asegurándole que yo querría verle de todo corazón entre nosotros, pero que él no encontraría el Chile que había dejado.

Dice estas palabras con angustia contenida y acaso piensa la anciana dama en los buenos tiempos idos, días de sencillez y de holgura, cuando la civilización no había complicado la vida y movido ¡ah!, tan desenfrenadamente las ambiciones de los mediocres y de los serviles.

Cuando nosotros le pedimos algunas reminiscencias literarias de la obra de don Alberto y deseamos saber algo de los últimos años del novelista, ella se aleja un momento del saloncito y trae algunas cartas curiosas, de las postreras, entre las más interesantes recibidas del hermano ausente, desde ha ya más de medio siglo.

Leemos dichas cartas con vivo interés y he aquí que ella accede gentilmente a permitirnos hacer algunas transcripciones. En una de esas epístolas, acaso la última escrita de su puño y letra, don Alberto le dice a su hermana: «Como verás por la mala letra, tengo hoy el pulso muy malo y me cuesta mucho escribir, al grado de impedirme por el esfuerzo de la mano, coordinar las frases con alguna regularidad». Luego, en esa misma carta se refiere el novelista a su última obra: «Gladys Fairfield», en la que ha querido pintar el caso de su primo Florencio Blanco Gana, hijo del general Blanco Encalada, aquel don Juan, apuesto y varonil, que deslumbró los salones santiaguinos y que terminó, uniéndose en matrimonio con la princesa Olga Trouvestkoy: «Antes que la presente—le dice a su hermana—espero que habrás recibido un ejemplar de mi última novela, intitulada «Gladys Fairfield». Es una historia sencilla y sin pretensiones, que presenta un tipo de mujer interesante que sabe resistir a una pasión. El fondo del argumento es verdadero. En el joven héroe de la historia he pintado a nuestro primo Florencio Blanco, que por su excepcional belleza inspiraba esas pasiones violentas. Me proponía haber formado un tomo con esa novela y otra que tenía principiada. La muerte de mi adorada Carmelita apagó toda inspiración en mi alma y no he tenido valor para concluir el trabajo principiado. Las luces que el dolor apaga a mi edad no pueden volver a encenderse, hasta que el tiempo traiga de nuevo la serenidad al espíritu contristado».

En una de sus cartas de 1916, escrita no ya por su propia letra, recuerda don Alberto a su hermana que vive más del pasado que del presente. En efecto, él vivía con su espíritu eternamente en los años idos, en el viejo Santiago de promedios del pasado siglo: «Te agradezco los recuerdos de familia—le dice a su hermana—que me comunicas en tu carta. Con la imaginación vivo mucho más del pasado que del presente. No te figures pues que al pedirte esos recuerdos haya sido la causa

lo que tú llamas «carácter romántico», y puedes estar persuadida de que nunca me será indiferente el saber cualquiera cosa que toque a la familia de la que yo, por causa de mi destino, viví casi siempre alejado... La guerra, como vemos por la prensa, continúa cada día más bárbara, más cruel y más enigmática por lo que respecta a su duración. Yo, que soy pesimista, creo que durará mucho todavía. Como verás, te escribo dictando a Willy porque el hecho de escribir yo mismo me fatiga mucho la cabeza».

Cuando, antes de alejarnos del hogar de la amable dama, le preguntamos por el año de nacimiento de don Alberto, ella alude a las fechas frecuentemente equivocadas que se publican y nos dice que en la Capilla del Sagrario obra su fe de bautismo, la que tras cortos afanes logramos conseguir y que damos como un documento interesante para finalizar estas líneas. Dice así esa partida de bautismo:

«L. 40. Página 166. Parroquia Sagrario. Alberto Franco Xavier Blest. En la ciudad de Santiago de Chile en dieciseis de Junio de mil ochocientos treinta: Don José M. Ruiz Tente. Cura bautizó, puso óleo y crisma a Alberto Franco Xavier, nacido de dos días, hijo legítimo, del Dr. D. Guillermo Blest y de Da. María de la Luz Gana. Fueron padrinos: D. Angel Ortúzar, y Da. Xaviera Gandarillas; De que doy feé.—José de Espinosa. (Hay una rúbrica)».

Así, pues, don Alberto Blest Gana, había cumplido noventa años, hace cinco meses.

ARMANDO DONOSO.

**La parálisis gubernativa.**—No es la primera vez que lo observamos en circunstancias análogas: la falta de actividad legislativa y administrativa en el término de un período presidencial, particularmente señalada en 1915, y ahora, en el plazo que media entre la proclamación de nuevo Presidente y el principio de sus funciones. Parece como si la administración cuyo período termina se encontrara sin autoridad, o con la conciencia de que nada definitivo o útil puede hacer en el tiempo escaso de que dispone. Y la nueva administración aun no tiene el gobierno; se limita a prometer, a esperar. Es la diferencia de la expresión clásica, del sol que nace y del sol que muere—evidentemente excesiva aplicada a nuestros presidentes—; uno es abandonado; los interesados corren tras del otro; el gobierno del primero ha perdido su eficiencia; el gobierno del segundo aun no la alcanza. No debería ser así; pero así es. Se otorga un valor excesivo a la persona de los presidentes que en el régimen parlamentario tienen iniciativas limitadas. Debería existir

una mayor continuidad en la obra de gobierno, en su sentido más amplio, no sólo porque es natural que no se interrumpa jamás, sino porque ordinariamente debe existir una mayoría parlamentaria cuyo jefe, el primer ministro, gobierna. Es verdad que ahora no tenemos una mayoría parlamentaria—nos sucede a menudo—: hay una mayoría determinada en el Senado; y la Cámara de Diputados aparece partida por mitad. Pero al menos hay un gabinete de administración o algo semejante. A él le corresponde velar por la continuidad de la obra de gobierno y la legislativa. Debe encontrar facilidades en el Parlamento, ya que no existe una verdadera mayoría política que tome la dirección del Estado. Más, aun fuera del caso particular presente, se verifica de ordinario esta suspensión, relativa, al menos, de las actividades directivas del país. Se acude al Presidente electo; se espera y confía en él; se le otorga una autoridad a medias, que no tiene; y bien poco se hace. Así llegamos a cierta paralización del gobierno, como la que ahora vemos. A quien menos le conviene es al Presidente electo, porque se le acumulan el trabajo y las dificultades. Si no tenemos una verdadera mayoría política responsable, existe, como se ha dicho, un gabinete, semi-político, semi-administrativo, a cuya dirección, a falta de otra, debe cooperar el Parlamento.

Y nos encontramos con esta especie de parálisis en circunstancias excepcionalmente difíciles que deberían mover a que se aprovechara el tiempo con el mayor empeño, so pena de que se acumulen dificultades sobre dificultades. Probablemente jamás se ha encontrado el país en condiciones financieras más serias. El déficit de 1919, cuyas causas se conocen, fué de unos 77 millones, calculando en un 100% el premio del oro para la parte del déficit en esta moneda. El déficit probable para el ejercicio financiero actual, se calcula en 89 millones. Para el año venidero, también tendremos un grueso déficit, si no se arbitran nuevos considerables recursos de impuestos. Los ferrocarriles del Estado tienen acumulado ya un enorme déficit, que se piensa saldar con arbitrios de crédito que debe procurar el gobierno. Hay todavía demandas de auxilio de la beneficencia pública, de la Municipalidad de Santiago; la necesidad general de las Municipalidades de que se les creen rentas, proyectos de nuevos gastos y servicios etc. El gobierno se inclina a buscar todos los recursos que necesita en el aumento de contribuciones. He ahí un gran problema. Nosotros hemos dicho que también debe moderarse el tren de gastos; aunque difícil e ingrato, es necesario. He ahí otra parte del problema.

Y, sin embargo, las Cámaras apenas funcionan; se espera con fe ciega y candorosa la nueva administración, que no podrá

hacer más de lo que pueda hacerse ahora. Conviene, al contrario, activar el trabajo, si no se desea que la nueva administración fracase lastimosamente desde el principio. No esperemos demasiado de los presidentes; pueden hacer muy poco; son un simple rodaje de un mecanismo complicado; y en el régimen parlamentario, un rodaje de segundo orden. Parece que no nos diéramos cuenta de la evolución de nuestro sistema de gobierno, ni de las actuales circunstancias.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.

**La renovacion de la cirugía.**—La Cirugía, que se limitaba antes del siglo XVIII a la amputación o resección de las partes enfermas, se ha ido haciendo cada vez más conservadora, hasta el punto de que estas operaciones se ejecutan ahora raras veces, salvo en la Cirugía de guerra. En cambio, ha ido ganando cada vez más terreno la Cirugía plástica, o sea, la que no se limita a extirpar la parte enferma, sino que la vuelve a su forma normal, o aun la reemplaza por otra: es la nueva Cirugía constructiva, en oposición a la antigua, exclusivamente destructiva.

Este gran progreso se debe a los dos descubrimientos fundamentales del siglo XIX, la anestesia y la antisepsia: el primero permitió aumentar la duración de las operaciones, y el segundo aseguró su éxito. El problema de la desinfección de las heridas se pudo estudiar científicamente, basado en la bacteriología y en la química; y con ello se obtuvo la conservación de la mayor parte de los órganos lesionados. Pero, en los casos en que hay una pérdida de sustancia mayor que la que es capaz de regenerarse por sí sola, o en que la lesión es tal que los tejidos quedan inutilizados, se presenta el problema más interesante de la Cirugía moderna, y uno de los más estudiados en los últimos años: el de la reposición de las partes enfermas por otros tejidos. El cuerpo humano se puede considerar, desde este punto de vista, como una verdadera máquina, en la cual las partes en mal estado se reemplazan con repuestos. La principal dificultad que tenían que vencer los cirujanos que hacían estas operaciones, era la obtención del material que iban a emplear como «repuesto», o sea a injertar: en efecto, hasta hace poco, se creía indispensable la vitalidad del injerto, y se sabe que un injerto vivo prende tanto mejor cuanto más cercano al sujeto injertado es el dador: es preferible aun tomarlo del mismo enfermo. Por consiguiente, en la mayoría de los casos, la persona que se aprovechaba de un injerto, lo hacía a costa de una mutilación de otra parte de su cuerpo, o de la de un pariente cercano.

Esto basta para comprender las ventajas del método de Naegotte: este gran histólogo, profesor del Collège de France, descubrió en 1916, que era posible injertar en organismos vivos, tejidos muertos; que estos injertos «prendían» perfectamente; que no producían perturbación alguna, sino que, por el contrario, eran mejor tolerados que si estuvieran vivos; y, por último, que sufrían en el organismo en que eran introducidos, una lenta infiltración de células vivas venidas de los tejidos vecinos, hasta el punto de que se hacía imposible después de cierto tiempo distinguir el tejido vivo del tejido muerto, aun al microscopio. Ahora bien, como los tejidos así injertados no poseen vida, no es necesario preocuparse sino de que tengan el tamaño, la forma, la resistencia, etc., que sean convenientes; pero poco importa de donde se saquen: es indiferente hacer «auto injertos» (sacados del mismo enfermo) o «hetero-injertos» (sacados de un animal). Al mismo tiempo, como estas piezas se conservan en alcohol, se pueden tener siempre prontas, y así la operación no necesita alargarse con el tiempo que exige la extracción del trozo que se va a injertar. Además, cómo éste es sacado de un animal, se le puede obtener del tamaño que se quiera, y no hay que hacer «economías» como cuando se le saca del mismo enfermo.

Estas y otras ventajas nos parecen más que suficientes para decidir a todo cirujano progresista al empleo de los injertos muertos; y la sencillez de su técnica, junto con la simplificación de muchas operaciones, son otros tantos argumentos en su favor. (1)

GUILLERMO PUELMA.

---

(1) Las líneas precedentes forman la introducción de la *Memoria* que su autor presentó para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile. Es una pieza de considerable valor, que revela en su autor extensos conocimientos y dotes relevantes para el cultivo de la ciencia. Se intitula: *Injertos de tejidos conjuntivos muertos*.

N. DE LA D.

## BIBLIOGRAFIA

### L. Alfredo Arenas Aguirre.

—*Los tribunales militares.*—Santiago, 1920.—1 vol. de 40 págs.

Con razón sobrada, afirma el señor Arenas que el Código Militar Chileno es una «momia petrificada». En efecto, en tanto que durante largos años nos hemos preocupado de renovar y poner al día nuestra legislación civil, comercial, minera, penal y de procedimientos, hemos abandonado a su suerte, sin tocarla siquiera, la legislación militar, no obstante de que ella es un simple extracto, hecho hace ya cerca de un siglo, de la obra de don Félix Colón de Larrietegui intitulado *Juzgados Militares de España e Indias*, aprobado por el rey de España por real despacho de 10 de Mayo de 1788. Y el libro de Colón y Larrietegui estaba mui distante de ser una obra original. Como lo dice el señor Arenas, no pasaba de ser una compilación de las «instrucciones, órdenes, decretos, etc., dictados por la Corona, desde tiempo inmemorial, para mantener la disciplina en sus ejércitos».

Que legislación semejante, por el simple efecto del transcurso del tiempo, prescindiendo de cien otros factores, sea hoy inadecuada y hasta con harta frecuencia absurda, cosa es que razonablemente no puede extrañar a nadie. La ropa en que el infante se holgaba a sus anchas, quedará necesariamente estrecha al hombre en pleno desarrollo.

Los resultados de la inercia legislativa produjeron, como era lógico, sus fatales consecuencias. El señor Arenas las concreta de esta manera:

«Hemos visto que los principios

fundamentales de la jurisdicción militar, de la organización de sus tribunales, órbita de sus atribuciones y principios que reglan el funcionamiento de ellos, han sido materia de apreciaciones jurídicas tan variada y jurisprudencia tan contradictoria, que nada hay más difícil que llenar con acierto las funciones que, según Ordenanza, están obligados a desempeñar los militares, sea como defensores, fiscales o jueces de un Consejo.

«La resultante de este desconcierto entre las disposiciones de hace más de dos siglos que contiene la Ordenanza y la legislación moderna, contribuye al desprestigio de nuestras instituciones y a un marcado desaliento en las esferas militares que compromete día a día la disciplina, porque hay innumerables casos en que al amparo del desorden jurídico militar, por la misma causa que se aplicó a un reo todo el rigor de la Ordenanza, se ha eximido a otros de responsabilidad conforme a la ley común.

Fundado en estas consideraciones, termina el señor Arenas pidiendo a los poderes públicos que den al ejército «un Código Militar que, junto con consultar las disposiciones de rigor o severidad propias al cumplimiento de los sagrados deberes militares, garantice a sus miembros que serán juzgados por leyes concretas, definidas y de acuerdo con los principios de la legislación moderna».

Pero el señor Arenas no se limita en su meritisimo estudio a comentar los defectos de nuestra legislación militar y a pedir platóni-

camente a los poderes públicos que los remedien. Por el contrario, ya que en sus manos no está procurar el remedio radical de esos males, se esfuerza, por lo menos, en atenuarlos. ¿Cómo? De una manera bien sencilla: esforzándose por aclarar el dédalo intrincado de esa legislación y por armonizar sus preceptos contradictorios. Y es realmente admirable que barajando leyes, unas dictadas hace doscientos años, otras de ayer, interpretadas con los más distintos y aún puestos criterios por una jurisprudencia arbitraria y sin rumbos, haya logrado hacer una exposición clara, sobria y hasta precisa de algo que parecía ser la quintaesencia del caos. Incurriríamos en manifiesta exageración si dijéramos que el señor Arenas ha aclarado todos los numerosos enigmas que esa legislación presenta; pero lo cierto es que ha hecho luz en muchas materias en que antes reinaba una desconcertante obscuridad. Y eso, precisamente, constituye el mérito principal de su libro.

M.

**A. Mauret Caamaño.**—*El Confesionario bajo las Estrellas.*—Antofagasta.—Imprenta Skarnic.—1920.—4.º—159 pág.

Dos son las características de Mauret Caamaño en este su último libro de poesías: la sensualidad y la cuestión social con visos anarquistas y disolventes. Esta nota sensual se disimula, empero, en el hablar de desnudeces y en el cantar de las curvas sedefinas y ondulantes del cuerpo de una mujer, y si esta nota es honesta y virtuosa, al fin, en sus poesías, agotadas todas las formas de expresión, produce el cansancio y el hastío. El otro aspecto de su poesía, es más interesante y sirve para reconstituir la ideología del poeta. En ese orden, la suya no ha adquirido aún una forma precisa ni deja transparentar el pensamiento social que profesa: este es vago, impreciso, sin caracteres, sin nada que pueda definirlo. Así como

su nota sensual puede estar muy de acuerdo con las voluptuosidades del temperamento del poeta, este otro aspecto sociológico de sus poemas, se nos ocurre sencillamente un motivo que no alcanza transcendencia alguna. Pero destruye la forma de sus versos y es un serio obstáculo para el desarrollo de su concepción poética; le quita fuerza y belleza a sus estrofas y sobre todo hace de su poesía una constante languidez que embarga toda la frescura de la inspiración. En resumen, el poeta con esos dos motivos—la sensualidad y el problema social—ha traicionado su número.

G. F. y C.

**Francisco Contreras.**—*Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole.*—Paris—1920.—1 vol. de 185 pág.

Sin comulgar, ni cosa que se le parezca, con las ideas y tendencias que dominan en este libro, no podemos por menos que reconocer que él puede prestar útiles servicios en Europa y aún hasta entre nosotros. Allá, permitirá a los muy pocos que de letras hispano-americanas se cuidan orientarse en medio del dédalo pletórico y confuso de la literatura mundonovista. Y aquí, nos dará la ilusión, tan grata cuanto inexperada, de que pululan entre nosotros centenares, tal vez millares, de espíritus superiores, poetas, críticos, historiadores, novelistas, filósofos, de cuya existencia no teníamos siquiera sospechas...

Bromas aparte... El libro del señor Contreras, prescindiendo de su bondadoso entusiasmo, es una fuente abundante de informaciones, ordinariamente exactas, acerca de un gran número de escritores, más o menos, con más frecuencia menos que más, dignos de ser conocidos.

Es, en todo caso, la obra de un espíritu optimista y entusiasta, que, con fé de carbonero, está firmemente persuadido de que las letras hispano-americanas contemporáneas han alcanzado un esplendoroso gra-

do de perfección. ¡Dios lo haga buen profeta y permita que su creencia, harto problemática de hoy, se convierta mañana en una magnífica realidad!

Y, lo confesamos, entre su crítica llena de fé, que ve en cada poeta a un Horacio, un fray Luis de Leon, o un Vigny, en cada dramaturgo, a un Shakespeare, un Lope o un Schiller; en cada historiador a un Tácito, un Macaulay o un Taine; y los críticos adustos, azoñados, que, sin valer ellos mismos lo que un Villemain, un Lemaitre, o un Brunetiére, con nada se satisfacen y todo lo encuentran detestable, preferimos con mucho, particularmente en países jóvenes y de cultura incipiente, como el nuestro, a los primeros. Al fin y al cabo, aquéllos estimulan y mueven a producir, en tanto que los últimos, sin hacer ellos mismos labor útil, matan iniciativas que, convenientemente dirigidas, habrían talvez podido producir frutos opimos.

L. S.

**Enrique Molina.**—*Por las dos Américas.*—Santiago.—1920.—1 vol. de 219 págs.

Son de ordinario los libros de viajes simples amplificaciones de guías o Baedekers. Por eso su interés es tan escaso y su utilidad tan insignificante. No ocurre tal cosa con el libro del señor Molina. Está escrito por un hombre que supo observar y sabe referir lo que observó. Las ciento cincuenta páginas que dedica a Estados Unidos nos enseñan más sobre ese país que obras voluminosísimas; llenas de datos históricos, estadísticos, etc. Y la razón es sencilla. El señor Molina nos cuenta lo que vió, no lo que ha entresacado de otros libros. Son observaciones hechas en el terreno, vividas, si se nos permite la expresión, no extractadas de aquí y allá, de este y aquél otro autor. Por la misma razón, al revés de lo que ocurre con la generalidad de los relatos de viaje, se hace leer con sumo interés. La vida, que

abunda en sus páginas, siempre lo despierta.

Agreguemos todavía que el libro está escrito con sobria elegancia y liviana corrección.

S.

**Alfredo Rosendo Verdugo.**  
—*Estudio médico-legal del sonambulismo provocado o hipnotismo.*—Santiago.—1920.—1 vol. de VIII×176 páginas.

Monografía erudita, al día y llena de interés sobre tan interesante problema, que el autor aborda bajo todos sus aspectos. Comienza dando algunas noticias históricas sobre el hipnotismo y lo estudia después desde los puntos de vista científico, terapéutico, pedagógico, social y jurídico. El capítulo que dedica al aspecto jurídico de la hipnosis (págs. 118 a 176) nos ha parecido particularmente interesante. Dará una idea aproximada de la importancia que tiene, la transcripción de su sumario:

«Generalidades.—Delitos sugeridos: experiencias de laboratorio.—¿Son posibles estos crímenes en la vida real?—Casos judiciales.—Sugestiones de actos jurídicos.—Sugestiones de la memoria: falsos testimonios, etc.—Cuestiones jurídicas que suscita la sugestión.—Responsabilidad del sugestionado.—La responsabilidad en nuestro derecho positivo.—Responsabilidad del autor de la sugestión.—Valor jurídico de los actos del hipnotizado.—Los falsos testimonios ante nuestra legislación.—Atentados de que pueden ser víctimas los hipnotizados.—Casos judiciales.—Algunas disposiciones de nuestro derecho positivo ante estas situaciones.—La indagación médico-legal en todos estos casos.—Papel del perito y normas que debe tener presentes.—Simulaciones.—Descubrimiento del autor de la sugestión.—Empleo de la hipnosis en las investigaciones judiciales.—Algunas disposiciones de nuestra legislación en esta materia».

T. M.

**Dr. Octavio Maira.**—*Conferencias dadas en la Facultad de Medicina de Montevideo en Abril de 1919.*—1 vol. de 45+31+24 págs.—Santiago.—1920.

En Abril del año próximo pasado el Doctor Maira, por encargo de la Universidad de Chile, se trasladó a la ciudad de Montevideo, en cumplimiento del tratado de intercambio de profesores universitarios. Dió en dicha ciudad, en el Salón de Honor de la Facultad de Medicina, tres conferencias que ahora ha reunido en este folleto. Versa la primera sobre la enseñanza de la medicina en Chile. Es un resúmen claro y atrayente de la historia de esta enseñanza en el país, desde el período colonial hasta nuestros días. Recuerda en él a los doctores Chaparro, Grajales, Oliva, Tocornal, Sazie, Petit, Schneider, Ugarte Gutiérrez, Philippi, etc. Estudia no tan solo la Escuela de Medicina, sino también otros establecimientos como las Escuelas de Farmacia, de Enfermeras, de Puericultura y Matronas, de Dentística, etc.

Versa la segunda conferencia sobre las aguas termales de Chile. Comienza observando que las fuentes termales brotan numerosas en toda la extensión del territorio chileno, así en la cordillera de la costa como en el valle central y en los faldeos andinos, a alturas que varían entre 1000 y 3000 metros de elevación. Hasta las hay en regiones vecinas a la costa, particularmente en el sur del país «en donde el macizo de los Andes va a perderse en las aguas del Pacífico».

Recuerda en seguida a las personas que han estudiado esas fuentes, comenzando por los jesuitas Ovalle, Rosales y Molina hasta los sabios Fonk, Pissis, Gay, Domeyko, Darapsky.

Presenta, por último, datos someros; pero muy comprensivos, de algunas de esas fuentes, dando la preferencia «a las que por su situación geográfica, o su vecindad a las grandes poblaciones o su facilidad de acceso hasta ellas» constituyen

en el día centro frecuentado por chilenos y extranjeros. Así, se ocupa de las de Jahuel, Canquenes, Panimávida, Chillán y Tollhuaca.

La tercera conferencia trató del tratamiento del asma bronquial por la adrenalina en inyecciones hipodérmicas e intramusculares. Dado su carácter puramente técnico, no nos ocuparemos de ella.

Después de haber leído las dos primeras conferencias del Dr. Maira, perfectamente comprendemos que el Ministro de Chile en el Uruguay, don Enrique Cuevas, haya dicho al Gobierno, en oficio de 23 de Abril del año pasado: «Aparte del indiscutible triunfo académico obtenido por el Dr. Maira, su visita ha contribuido poderosamente a que en este país se estime nuestra cultura y a despertar simpatías e interés por nuestra patria».

P.

**Fray Apenta.**—*Serie de Historias.*—Año 1920.—Ilustraciones de Melendez.—Santiago de Chile.—Imprenta Universitaria.—Estado 63.—1920.—16.º—85 págs.

Después de un corto silencio que, a decir verdad, podemos creer dedicado a tomar impresiones de tipos sugerentes en ese simpático barrio del Portal Edwards, vuelve a aparecer en público el picarillo de Fray Apenta, acaso algun tanto cansado de su vida liviana con dejillos de discreteos románticos. Viene con algún hastío y rebosante de sátira maliciosa e intencionada. Las pinceladas en sus retratos y descripciones así nos lo demuestran. *Serie de Historias* abunda en esa cualidad. Salvo uno que otro reventón que se nos ocurre de mal tono, todo lo demás de este librito es de una amable lectura. Pero a veces la grosería, no obstante la viveza de las descripciones, sino hiere el pudor, hiere el olfato.

D. C. U. M.

**Paul Bourget.**—*El demonio del mediodía.*—Editores: Imprenta Universitaria y Librería Nascimen-

to. — Santiago. — 1920. — 2 vols, de 192 y 217 págs.

La Casa Editorial Nascimento ha realizado una obra oportuna y excelente, dando a la estampa, traducida al español, la mas famosa de las obras de Paul Bourget: «El demonio del mediodía», cuya aparición provocó en la crítica francesa más de una ardiente controversia.

Por la inversa de lo que habitualmente sucede con los traductores (traduttore, traditore), en el caso presente, el autor de la version de la novela es digno de un justo elogio: su traduccion es fiel, elegante y en nada hace desmerecer el estilo del original. Paul Bourget es un escritor preciso, sencillo y expresivo; su traductor chileno lo ha comprendido bien y ha interpretado su manera de sentir con acierto. Aunque el traductor ha ocultado su nombre, haciendo acto de modestia y sencillez, no vacilamos en reconocer que su trabajo importa un laudable esfuerzo artístico, de ejemplar honradez.

Por lo que a la obra en sí toca, casi nada cabe agregar despues de todo lo que ha dicho la crítica europea. Tras los libros insignificantes de la última época. Paul Bourget pareció renacer con esta novela fuerte, de honda anatomía psicológica y de profunda sinceridad. El Demonio del medio día, evoca el Andrés Cornelio, El discípulo, «La etapa»; es decir, las obras de la mejor época del novelista y aquellas en que, mas que ante el escritor mundano que después comenzó a hacer el regocijo de las señoritas, nos encontramos ante el recio novelista de la vida contemporánea que ha vivido en el seno de la alta sociedad francesa, y llega a pintarla con una dolorosa maestría.

Mas que la historia de una tragedia espiritual, en torno de la cual concurren circunstancias que el novelista aprovecha con segura i acertada intencion, la novela abarca el estudio de todo un cuadro social intensa, dolorosamente sentido, con esa amargura que resulta de un

análisis hecho con el escalpelo de diseccion de un psicólogo sutilísimo, avezado en las más hondas rebuscas en los subseñelos de los sentimientos humanos.

Bourget, discípulo de Stendhal y de Taine, ha llevado a la perfeccion la disciplica psicológica de sus maestros: «El demonio del mediodía», historia de escepticismo y de amargura; a pesar de sus escabrosidades, que lo hacen un libro que no puede ser colocado en todas las manos, es una historia edificante, una novela de honda penetración, que deja en el recuerdo la sensación de un sorbo amargo, largamente paladeado.

Bien ha hecho, pues, la Editorial Nascimento realizando su traduccion y entregándola al público en correcta edicion.

A. D.

**Juan C. O'Leary.**—*El mariscal López.* — Asunción. — Talleres Gráficos.—«La Prensa». — 1920. — 8.º—374 pgs.

O'Leary, el historiador y publicista paraguayo completa con esta obra una parte de sus estudios sobre la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza, formada por el Brasil, Argentina y Montevideo. En su anterior volumen, intitulado *Nuestra Epopeya*, expuso el desarrollo de la guerra durante los nueve años en que el Paraguay luchó crudamente por su independencia, y si bien cayó en manos de sus enemigos dignificó ante el mundo entero, según el decir de Reclus, la causa de la democracia y el valor cívico de aquella gran nación. Ahora con este otro volumen sobre la vida de Francisco Solano López, el alma de la resistencia nacional, O'Leary completa sus estudios sobre ese suceso histórico y agrega con él una valiosa contribución a la historiografía general de América. Su obra es un libro popular que lleva impregnado el sentimiento patriótico paraguayo, y como su estilo lo demuestra, es uno de esos escritos históricos en que a la manera de Vicuña Mackenna, se popu-

larizan los grandes sucesos nacionales. Sin embargo, y no obstante eso, el estudio de O'Leary contiene una abundante información nueva que vigoriza la idea ya arrojada por Nabuco de que aquella guerra de la Triple Alianza, fué sencillamente un atentado criminal contra el derecho internacional. Así, el perfil del célebre caudillo infamado por la diatriba argentina y brasilera, toma proyecciones colosales y llega a emularse con la figura de un Bolívar y de un Martí. En cuanto al heroísmo del pueblo paraguayo, ello pertenece más bien a un trozo de epopeya antigua, que no a un acontecimiento contemporáneo, que no es dable imaginar, y que fué con todo, un hecho, pero un hecho brutal de sacrificio.

G. V. y C.

**Eduvia Silva Salas.**—*Biografía de don Adolfo Ibáñez*—Memoria de prueba para optar el título de Profesora de Estado en la asignatura de Historia y Geografía.—Imprenta Universitaria.—Estado 63.—1920.—4.º—115 pgs.

Cualesquiera que sean los defectos de que adolezca este ensayo, no podemos dejar de reconocer que con mucho supera a la biografía que sobre el mismo personaje escribiera hace ya más de una veintena de años, aquel incorregible bohemio de Rómulo Mandiola. Precisamente todo el anhelo erudito que preside este ensayo, falta en la obra de Mandiola; y, por la inversa, todo el colorido, animación y fisonomía del personaje que falta en este estudio, está puesto de relieve en la otra. Así, las dos biografías se completan, y aún cuando el personaje sea difícil de tratar, por haberse extraviado en la Revolución de 1891 muchos de los papeles de su archivo, mediante un continuado esfuerzo y una tesonera labor que hay que reconocerle a la autora, ha podido poner de relieve la figura del gran estadista y del célebre Ministro de Relaciones Exteriores en la cuestión de límites con la Repú-

blica Argentina. Pero sin tiempo para extendernos como quisiéramos sobre varios aspectos del personaje, nos limitamos, empero, a anunciar de que en la Revista de Historia y Geografía, hablaremos detenidamente de este libro.

G. V. y C.

**Gabriel Amunátegui Jordán.**—*Tribunales para Niños*.—Santiago de Chile.—Imprenta Cervantes.—1920.—4.º—143 pgs.

Con esta y su anterior memoria histórica para optar al título de Profesor de Estado sobre Domingo y Justo Arteaga Alemparte, agrega Gabriel Amunátegui dos publicaciones de algún mérito a la bibliografía histórica y jurídica de la literatura chilena en el curso del año que termina; y con ellas demuestra también una rara capacidad para las tareas de la investigación, como del propio modo, un temperamento claro y metódico para la relación o exposición de sus estudios. Pero todas esas favorables condiciones nos llevan a pensar que, si como creemos, no hay en Amunátegui todavía las bondades que presentan a un escritor mientras no modifique la arquitectura de su prosa que disimula su fisonomía literaria, en el entretanto sus esfuerzos serán con mucho superiores y de más inmediato provecho que las delicadezas y cuidados de un buen prosador o de un preminente estadista.

Oriéntase su labor en este ensayo hacía el estudio de uno de esos problemas sociales actuales cuya resolución más urge y cuyas consecuencias para un cercano porvenir abonan suficientemente la veracidad del cálculo de la decadencia y degeneración colectiva de la raza. El plazo de tal fenómeno puede ser más o menos largo, pero en todo caso es necesariamente fatal; y así el problema de la infancia en Chile, no obstante los serios cuidados que él ha sugerido a las instituciones de beneficencia mantenidas por iniciativas particulares,

no es parte ni con mucho a poner un fuerte reparo al extraordinario avance de la delincuencia precoz. Sin embargo, es lo cierto que propiamente no es a aquellas tampoco a quienes corresponde esa labor, y que su misión se reduce a reconocer la verdad de un hecho, y ese es el de que existe una parte de la infancia sin protección, a la cual debe proteger; lo otro, es decir, la represión de los delitos de los menores, es una función del Estado encargado de mantener los principios morales adoptados por la nación. Acerca de los medios de que disponga para llevar a efecto esa tarea, ello depende de la modernidad de su legislación y del mayor o menor sentimiento de la caridad social. Empero, nuestras instituciones en tal sentido ni responden a los progresos de la ciencia, ni contemplan el caso de la psicología del niño, ni encuadran bien en el amplio concepto moral con que se estudia el delito de los menores. I la legislación chilena como los establecimientos penales donde se recluyen a los menores, verdaderos semilleros donde germinan los intintos más brutales y salvajes, están guiados por un espíritu de tan secular atraso que tomando como base esos hechos, toda reforma encaminada a la reparación de ese daño social, nos parece sencillamente pueril. Las condiciones del trabajo, de la desorganización de la familia, del ambiente, de la herencia, de la educación en el hogar, son también factores decisivos en el aumento de la delincuencia, y su reforma no ha de conseguirse con el noble concurso de algunos caballeros y algunas señoras de buena voluntad y mejores sentimientos, sino que ello requiere la acción enérgica del propio gobierno mediante una severa legislación social que determine la acción del niño ante los conflictos del industrialismo, de la desorganización de la familia y del trabajo. Por de pronto, cuando hay que modificar leyes, instituciones carcelarias y estable-

cer los sanatorios de menores, hablar de Tribunales para niños que es como si digéramos la coronación natural del vasto sistema de la legislación sobre la infancia, nos parece, aplicado a Chile, algo prematuro e infecundo; el tema si se le desea estrechar a nuestro país es largo y de gigantescas proyecciones retrospectivas, y así en la cuidada información que elabora el pensamiento de esta memoria no es propiamente el caso de nuestro país el que sugiere a Amunátegui las páginas de su obra. Hay observaciones que son aplicadas a Chile: hay también reflexiones tomadas de la realidad de lo que aquí ocurre, pero todo ello no se refiere a nosotros. Más acertado habría sido concretar el punto al estado de la infancia en el país, y el ensayo habría ganado considerablemente. Los primeros capítulos de la obra, que resumen la literatura europea y americana sobre la teoría que explica la delincuencia precoz y sus causas, es una exposición abundante y bien hecha que, en general, no deja traslucir el pensamiento del autor con relación al problema de Chile. Amunátegui por sus excepcionales condiciones de actuante entre los menores, de pedagogo, de ferviente servidor de los intereses menospreciados de la infancia y de profesor en algunas escuelas proletarias, estaba mejor capacitado que nadie para fundar sus observaciones en lo que ha visto y presenciado al contacto de la escuela y del hogar. Evidente es por lo tanto que pudo y debió extenderse sobre ese punto, propósito que en él hubiera sido fácil por las circunstancias en que el desempeño del magisterio le ha colocado. Un capítulo sobre la psicología del niño chileno, sobre el ambiente en que se desarrolla su sentido moral, sobre las fuerzas que actúan en él para desvirtuarle los sentimientos y, sobre todo, considerando eso, cuáles son las reformas que conviene plantear, habría ensamblado admirablemente con los prime-

ros capítulos, encontrando en los restantes, referentes al estudio de la legislación comparada de los países europeos y americanos, su necesario corolario, por decirlo así. Ello habría acrecentado considerablemente su importancia.

*Guillermo Feliú y Cruz.*

**Joseph Barthélemy.**—*Le vote des femmes.*—Alcan, editeur.—Paris—1920.

Es un grueso volumen de más de 600 páginas que Mr. Barthélemy ha consagrado al sufragio femenino y que con plena justicia la Academia de Ciencias Morales y Políticas ha consagrado con uno de sus prestigiosos premios. El problema del feminismo político está de palpitante actualidad y todos lo que por él se interesan leerán este libro, con verdadero placer y no escaso provecho.

¿Cómo han usado las mujeres de su derecho de voto? ¿Qué influencias ha tenido el ejercicio de ese voto sobre la condición de las mujeres y sobre las condiciones generales? A esas preguntas responde Mr. Barthélemy con exactitud y moderación.

«Borrad totalmente dice, todos los peores pronósticos de los adversarios del voto de las mujeres y haced en seguida una reducción de un 95% en las profecías optimistas de sus partidarios y tendréis un resultado muy próximo al verdadero».

En otros términos, el sufragio femenino no ha producido ningún inconveniente grave y tan sólo muy escasas y pequeñas ventajas.

¿No es cierto que para llegar a obtener tales resultados no han valido la pena las formidables campañas de opinión que en el mundo entero han dado las sufragistas?

X. X.

## INDICE DEL TOMO XI

	PAG.
Augusto Orrego Luco.—El 18 de Septiembre de 1810.—(Conclusión).....	5
Max Henríquez Ureña.—El ocaso del dogmatismo literario.....	31
Enrique González Martínez.—Como hermana y hermano.....	43
Nicolás de Berg-Poggenphol.—El asesinato del Czar y de la familia imperial rusa.....	47
Domingo de Oro.—La política boliviana en 1847 respecto de Chile y el Perú.....	54
Daniel Riquelme.—En tranvía.....	59
José del C. Gutiérrez F.—El Doctor Rodolfo Lenz.....	64
Antonio Pigafetta.—Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes.....	91
Notas y Documentos.—D., Don Manuel Antonio Román.—M. F., El Congreso Feminista de Ginebra.—S. A., ¿Pueden declararse en huelga los empleados públicos?—H., Rectores de la Universidad de Chile.—M, La población de Santiago y la intensidad de su tráfico.....	97
Bibliografía.—H Steffen, West Patagonien.—Juan Pablo Echagüe, Un teatro en formación.—Luis Montt, Bibliografía chilena.—Rubén Darío, Epistolario.—A. Rener y A. Castro, Vida de Lope de Vega.—Carmen Lira, Los cuentos de mi tía Panchita.....	105
Anselmo Blanlot Holley.—Un héroe de la Concepción: Luis Cruz Martínez.....	113
Guillermo Feliú Cruz.—Don Anselmo Blanlot Holley.....	124
Agustín Edwards.—La situación financiera de Gran Bretaña.....	128
Daniel Riquelme.—En tranvía.—(Conclusión).....	140
Pablo Délano.—La captura de la Esmeralda el 6 de Noviembre de 1820.....	152
Jorge Vidal de la Fuente.—Antofagasta.—Los derechos chilenos y las pretensiones de Bolivia.....	159
Carlos Villafañe.—Vía doloposa.....	180
Max Henríquez Ureña.—El ocaso del dogmatismo literario—(Conclusión).....	182
Antonio Pigafetta—Viaje desde Sevilla hasta el Estrecho de Magallanes—(Conclusión).....	189
José Hinojosa.—Mauricio Barrès.....	203
Notas y documentos.—Augusto Orrego Luco, Don Fernando Lázcano.—Armando Donoso, Don Alberto Blest Gana.—Alejandro Silva de la Fuente, La parálisis gubernativa.—Guillermo Puelma, La renovación de la cirugía.....	205
Bibliografía —L. Alfredo Arenas A., Los Tribunales militares.—A. Mauret Caamaño, El confesionario bajo la estrellas.—Francisco Contreras, Les écrivains contemporains de l'Amérique espagno-	

le.—Enrique Molina, Por las dos Américas.—Alfredo Rosende Verdugo, Estudio médico legal del sonambulismo provocado o hipnotismo.—Dr. Octavio Maira, Conferencias dadas en la Facultad de Medicina de Montevideo.—Fray Apenta, Serie de historias.—Paul Bourget, El demonio del mediodía.—Juan C. O'Leary, El Mariscal López.—Eludía Silva Salas, Biografía de don Adolfo Ibañez.—Gabriel Amunátegui Jordán, Tribunales para niños.—Joseph Barthélemy, Le vote des femmes.....	217
Guillermo Subercaseaux.—Los bancos extranjeros en Chile.....	225
Alberto Blest Gana.—Algunos matrimonios.....	235
A. del Campo.—¡Pobre viejol.....	243
Domingo Santa María.—Carta sobre la cuestión con España.....	248
Juan Luis Espejo.—El soldado de plomo.....	254
Juan de Hinojosa—Mauricio Barés.—(Conclusión).....	256
J. B.—El último libro de Veronoff.....	271
Alberto del Solar.—El histórico campo de Chacabuco.....	275
José Toribio Medina.—Colón y Magallanes.....	285
Carlos Pereyra.—Gabriela Mistral.....	292
A. D.—Una traducción chilena de la «Eneida».....	298
Andrés Silva Humeres.—Sugestión.....	309
Notas y documentos.—I. S. M., don Domingo Santa María y don Alberto Blest Gana.—Eliodoro Yáñez, Saludo a España.—S., Eça de Queiroz.—Andrenio, Una clínica literaria.—Ramón Pérez de Ayala, Antología del Vino.....	310
Bibliografía.—Christian Röeber, Poemas.—Julio Ramírez, El rancho.—Pedro Prado, Alsino.—José María Soto, La influencia del ambiente.—Víctor Bonifacino, Las alas de Ariel.—César Cascabel, Cosas de un año atrás.—Agustín J. Rivero, Anfora llena.—Carlos Obligado, Poemas.—Rafael Eliodoro Valle, El rosal del ermitaño.—Ernesto Quezada, Rafael Obligado.—Camille Flammarion, La mort et son mystère.—Gustave Le Bon, Psychologie des temps nouveaux.—José Toribio Medina, El Descubrimiento del Océano Pacífico.—Francisco Bilbao, Páginas selectas.....	323
Juan Agustín Barriga.—Discurso pronunciado en la recepción de don Enrique Mac Iver en la Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española.....	337
S. Estébanez Calderón.—Los filósofos en el figón.....	349
Matías Rojas D.—Lo que era Antofagasta en 1875.....	354
Enrique Banchs.—Balbuceo.....	358
Julio Radrigán.—Una de las primeras manifestaciones del parlamentarismo en Chile.....	359
Vicente Pérez Rosales.—De lo que cuesta a una Municipalidad comprar un bacía.....	363
Francisco Zapata Lillo.—Agonía.....	370
Aníbal Echeverría y Reyes.—La ocupación de Magallanes.....	372
Raúl Simon.—Contribución al estudio de nuestra crisis ferroviaria.....	380
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI.....	413
Notas i documentos.—E. L. Galéot, Un país organizado y un país democrático.—J. F. Carbonell, Lo más reciente sobre tuberculosis.—X., Escuela de Derecho Internacional.—B. Sanín Cano, Literatos hispanoamericanos y críticos españoles.—X. X. X., Una inscripción interesante.—G. H. S., El General Mitre y la guerra de Chile con España.....	423

Bibliografía.—G. Hanotaux, Histoire de la Nation Française.—R. Carnot, L'étatisme industriel.—José A. Alfonso, Los peregrinos del Mayflower y su influencia americana.—J. Sageret, La vague mystique.—F. Sanlaville, Socialisme et propriété.—Carlos Badia Malagrida, El factor geográfico en la política sudamericana.—C. H. Cunningham, The Audiencia in the Spanish Colonies.—H. A. Gibbons, France and ourselves.—Roberto Léveillier, Francisco de Aguirre y los orígenes del Tucumán.—Rafael María Baralt, Letras españolas.....	436
Alejandro Alvarez.—De la necesidad de una nueva concepción del derecho.....	449
Carlos Villafañe.—Infortunio.....	464
Enrique Romani.—Lo que debería ser la labor futura de los colegios.....	465
Enrique Bouquet.—¿Podemos vivir mil años?.....	478
Ramón Luis Irarrázaval.—La revolución de Roma de 1848.....	485
José Salgado.—¿Qué es la huelga?.....	494
V. Grez.—El traje de las santiaguinas en los siglos XVII y XVIII	502
Alberto Cruchaga.—Un gentilhomme sueco en Chile en 1819	511
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI.....	520
Notas y Documentos.—Roberto Abadie Soriano.—La Escuela de Rabindranath Tagore en Bolpur.—Julio C. Salas, El parasitismo social en nuestra América.—X., Las «Memorias» de von Tirpitz.—L. A. P., El general Mitre y la guerra de Chile con España.—J. Bhon, Los animales sabios.....	533
Bibliografía.—Dr. Aquinas Ried.—Diario del viaje efectuado desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue.—Carlos de Velasco, José Martí (Esbozo biográfico).—Clarence Henry Haring, Trade and navigation between Spain and the Indies in the times of the Hapsburgs.—Carlos Guido y Spano, Poesías escogidas.—The odes of Bello, Olmedo and Heredia, with an introduction by Elijab Clarence Hills.—Alejandro Abascal Brunet, De las obligaciones naturales en general, y del núm. 3.º del art. 1,470 del Código Civil en particular.—Edmundo González Blanco, Historia del periodismo desde sus comienzos hasta nuestros días.—J. L. Faure, L'ame du chirurgien.—A. I. Galéot, Les systèmes sociaux et l'organisation des nations modernes.	551
Índice del Tomo XI.....	558

